



Ciencia Ficción

Selección 28

Comentario [LT1]:

Comentario [LT2]:

CONTENIDO

Presentación: Arthur C. Clarke
Dentro del cometa, por Arthur C. Clarke
?, por Arthur C. Clarke
Sale Saturno, por Arthur C. Clarke
Crimen en Marte, por Arthur C. Clarke
Medida de seguridad, por Arthur C. Clarke
No habrá otro mañana, por Arthur C. Clarke
Aventura en la Luna, por Arthur C. Clarke
Viernes 13, por Isaac Asimov
El ataque del bebé gigante, por Kit Reed
Shakespeare de los monos, por Robert F. Young
Exilio, por Pamela Sargent

PRESENTACIÓN

Arthur C. Clarke

Nació en 1917 en Minehead, Somerset, Inglaterra, en el seno de una familia de agricultores.

Siendo aún un niño, mostró gran afición por la astronomía, y la SF ⁽¹⁾. Como el protagonista de uno de los relatos incluidos en esta selección, inició su exploración personal del espacio con un telescopio casero que construyó él mismo; y, como el propio Clarke señala, un hito memorable en su vida fue el día que recibió un gran paquete lleno de ejemplares de Wonder Stories, adquiridas a cinco centavos el ejemplar, que constituyó un estímulo fundamental para sus inquietudes tanto científicas como literarias.

Vinculado desde muy joven a la British Interplanetary Society, sería luego su presidente y principal impulsor, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, época en la que también comienza a afianzarse como escritor de SF de primera línea.

Su interés por el submarinismo le llevó a establecerse provisionalmente en Florida y a asociarse con el fotógrafo Mike Wilson. Ambos se instalarían luego en Ceilán, y Clarke adoptó la ciudadanía cingalesa.

El reconocimiento definitivo de Clarke como «grande» de la SF tuvo lugar en la XIV Convención Mundial de SF, celebrada en Nueva York en 1956, donde fue el invitado de honor y obtuvo el Hugo al mejor relato por The Star.

En 1962 la UNESCO le otorgó el premio Kalinga por su labor de divulgación científica, honor que comparte con autores de la talla de Julian Huxley, Bertrand Russell y George Gamow.

Desde entonces, su popularidad ha ido en aumento, principalmente debido a su participación en el filme 2.001, una odisea del espacio y a su galardonada novela Cita con Rama. Sus novelas más famosas, aparte de la citada, son El fin de la infancia y La ciudad y las estrellas.

Sí el mayor interés de Clarke reside en el brillante cientifismo de sus narraciones, a la vez riguroso y apasionado, la clave de su éxito hay que buscarla en su contenido filosófico, un tanto simplista, pero atractivo, en su exultante fe en la humanidad y su destino grandioso. Prescindiendo de la dudosa validez del contenido humanístico y filosófico de la obra de Clarke y de su optimismo visionario, no cabe duda de que en una época en que la mayor parte de la SF «seria» tiende hacia el pesimismo crítico, muchos aficionados encuentran en las esperanzadas narraciones de Clarke una lectura a la vez estimulante y tranquilizadora.

En cualquier caso, se trata de uno de los autores imprescindibles de la SF, además de uno de los más famosos, lo que justifica sobradamente esta selección en la que ofrecemos una visión sucinta, pero bastante completa de los temas y enfoques favoritos del autor británico.

Como contrapunto al carácter un tanto clásico de la selección clarkiana (los cuentos están fechados entre 1955 y 1961, y la SF es un género de evolución hiperacelerada), completan la antología los más recientes relatos de cuatro autores de prestigio. Y para

⁽¹⁾ Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona Science—Fiction para referirse a la literatura de ciencia ficción.

Ciencia Ficción - Selección 28

que el tránsito no sea demasiado brusco, el primero de los cuatro es nuestro viejo amigo Asimov, cuya afinidad con Clarke es notable en más de un sentido.

CARLO FRABETTI

DENTRO DEL COMETA

Arthur C. Clarke

Uno de los aspectos más característicos de la narrativa de Clarke es su confianza en el Hombre, can mayúscula, en sus recursos individuales y colectivos. Inside the Comet es un pequeño clásico, relato sencillo, sin embargo, poderosamente sugestivo, en la línea del humanismo optimista típico del autor. Además, es una excelente muestra de ese tipo de relatos de SF cuyo planteamiento-nudo-desenlace se basa en la exposición y resolución de un problema científico.

—No sé por qué grabo esto —dijo George Takeo Pickett, lentamente, hablando ante el micrófono—. No existe la menor probabilidad de que alguien lo escuche. Dicen que el cometa nos volverá a llevar a la Tierra dentro de dos millones de años, o sea, cuando dé la próxima vuelta al Sol. Me pregunto si entonces aún existirá la humanidad y si el cometa constituirá una vista tan magnífica para nuestros presuntos descendientes como lo ha sido para nosotros. Tal vez envíen una expedición, como hicimos nosotros, para ver qué descubren. Y nos encontrarán a nosotros...

»Pues la nave estará en perfectas condiciones, incluso al cabo de tantos milenios. Habrá combustible en los tanques, tal vez aire, ya que la comida se acabará primero, y moriremos de hambre antes que asfixiados. Supongo que no aguardaremos tanto; será más rápido abrir la escotilla y acabar de una vez.

»De niño, leí una obra sobre una expedición polar llamada *Un invierno entre los hielos*, del ingenioso Julio Verne. Bien, es lo que ahora nos ocurre a nosotros. Hay hielo a nuestro alrededor, flotando en poderosos icebergs. La *Challenger* está en medio de ellos, orbitando tan lentamente que ha de pasar algún tiempo antes de comprender que se mueven. Pero ninguna expedición a los polos de la Tierra se enfrentó con *nuestro* invierno. Durante la mayoría de estos millones de años, la temperatura será de doscientos setenta grados bajo cero. Estaremos tan alejados del Sol que nos enviará el mismo calor que las estrellas. ¿Y quién ha intentado nunca calentarse las manos con el calor de Sirio en una noche invernal?

Esta imagen absurda, asaltando de pronto su cerebro, le quebrantó por completo. No podía hablar de recuerdos de luz lunar sobre campos nevados, de campanas de Navidad sonando a través de una Tierra que estaba ya a ochenta millones de kilómetros de distancia. De repente, se echó a llorar como un chiquillo, destrozado su propio dominio ante el recuerdo de todas las bellezas familiares de la Tierra que había perdido para siempre.

Todo había empezado bien, en medio de un gran alarde de excitación y aventura. Recordaba (¿hacía sólo seis meses?) la primera vez que salió a contemplar el cometa, poco después de que Jimmy Randall, de dieciocho años, lo descubriese con su telescopio de construcción casera y enviara su famoso telegrama al observatorio de Monte Stromlo. En aquellos días, sólo era una débil mota de niebla moviéndose lentamente por la constelación de Eridano, al sur del Ecuador. Estaba mucho más allá de Marte, trasladándose hacia el Sol por su órbita inmensamente elíptica. Cuando había brillado por última vez en el cielo de la Tierra, no había aún ningún hombre, y tal vez tampoco los habría cuando volviera. La raza humana veía el cometa Randall por primera y quizá por última vez.

Al acercarse al Sol, fue creciendo, adornándose con plumas y surtidores, el menor de los cuales era tan grande como cien Tierras. Como un enorme penacho arrastrándose en medio de alguna brisa cósmica, la cola del cometa tenía ya una longitud de sesenta millones de kilómetros cuando pasó por la órbita de Marte. Fue entonces cuando los astrónomos comprendieron que podía tratarse de la visión más espectacular que había aparecido en el firmamento; la exhibición del cometa Halley, en 1986, no sería nada en comparación. Y fue entonces cuando los administradores de la Década Internacional de Astrofísica decidieron enviar la nave de investigación *Challenger* hacia el cometa, si podía terminarse a tiempo, ya que se trataba de una oportunidad que no volvería a ocurrir seguramente en mil años.

Durante interminables semanas, en las horas que preceden al amanecer, el cometa cruzaba el cielo como una segunda, pero más brillante, Vía Láctea. Al aproximarse al Sol, y volver a experimentar los fuegos desconocidos desde que los mamuts recorrían la Tierra,

se tornó más activo. Chorros de gas luminoso surgieron de su núcleo, formando grandes abanicos que giraban lentamente como faros a través de las estrellas. La cola, de ciento cincuenta millones de kilómetros de longitud, se dividió en franjas intrincadas y en chorros que cambiaban completamente de forma en una sola noche. Siempre señalaban al sur, como enviados allí por un gran vendaval que soplará hacia el exterior el calor del sistema solar.

Cuando le asignaron la *Challenger*, Georges Pickett apenas creyó en su suerte. A ningún periodista le había ocurrido algo parecido desde William Laurence y la bomba atómica. El hecho de poseer un diploma en ciencia, no estar casado, gozar de buena salud, pesar menos de setenta kilos y no tener el apéndice, ayudó indudablemente. Pero debía de haber otros en su mismo caso; bien, su envidia no tardaría en convertirse en alivio.

Como la reducida dotación de la *Challenger* no permitía incluir a un simple periodista, Pickett tuvo que doblar sus horas de trabajo como oficial administrativo. Esto significó, en la práctica, tener que redactar el diario de a bordo, actuar como secretario del comandante, llevar el control de lo almacenado y nivelar las cuentas. Era una suerte, pensaba, que en el mundo ingrávido del espacio sólo se necesitasen tres horas de sueño cada veinticuatro.

Mantener separadas sus obligaciones requería mucho tacto. Cuando no estaba escribiendo en su despachito, o comprobando los miles de artículos apilados en los almacenes, tenía que atender a su grabadora. Había tenido buen cuidado, alguna que otra vez, de entrevistar a cada uno de los veinte científicos e ingenieros que formaban la tripulación de la nave. No habían sido enviadas todas las grabaciones a la Tierra, ya que algunas eran demasiado técnicas y otras al contrario. Pero, al menos, no había mostrado favoritismos y, por lo que sabía, no había herido los sentimientos de nadie. Claro que esto ya no importaba.

Ignoraba qué pensaba el doctor Martens; el astrónomo había sido uno de los sujetos más difíciles, aunque uno de los que le habían dado más información. Con un impulso súbito, Pickett localizó las primeras cintas de Martens, insertándolas en el magnetófono. Sabía que trataba de escapar a la situación presente volviendo al pasado, pero el único efecto de aquel conocimiento personal era la esperanza de que el experimento tuviese éxito.

Todavía recordaba claramente aquella primera entrevista, ya que el micrófono ingrávido, balanceándose suavemente bajo la corriente de aire de los ventiladores, casi le había hipnotizado, tornándole incoherente. Pero nadie lo había observado, pues su voz continuó normal, con suavidad profesional.

Estaban a la sazón a treinta millones de kilómetros detrás del cometa, aunque acercándosele rápidamente, cuando atrapó a Martens en el observatorio y le disparó la primera pregunta:

—Doctor Martens, ¿de qué está compuesto el cometa Randall?

—De una mezcla —fue la respuesta del astrónomo—, y cambia constantemente a medida que nos apartamos del Sol. Pero la cola se compone principalmente de amoníaco, metano, anhídrido carbónico, vapor de agua, cianógeno...

—¿Cianógeno? ¿No es un gas venenoso? ¿Qué ocurriría si la Tierra quedase envuelta en esa cola?

—Nada. Aunque parezca tan espectacular, de acuerdo con nuestras normas, la cola de un cometa es casi un vacío absoluto. Para volumen tan grande como la Tierra, contiene tanto gas como una caja de cerillas llena de aire.

—¡Y sin embargo, esta insignificante cantidad de materia ofrece esa visión majestuosa!

—Lo mismo hace el gas en un letrero eléctrico, por el mismo motivo. La cola de un cometa brilla porque el sol la bombardea con partículas cargadas eléctricamente. Es un anuncio luminoso cósmico; algún día, me temo, los agentes de publicidad se darán cuenta de esto, y hallarán el modo de redactar anuncios a través del sistema solar.

—Una idea deprimente, aunque supongo que alguien afirmará que es un triunfo de la ciencia aplicada. Pero dejemos la cola. ¿Cuánto tardaremos en llegar al núcleo del cometa?

—Puesto que una caza siempre toma tiempo, pasarán otras dos semanas antes de penetrar en el núcleo. Iremos adentrándonos más y más en la cola, cruzando a través del cometa cuando lleguemos a él. Pero aunque el núcleo se halla a treinta millones de kilómetros al frente, ya hemos aprendido muchas cosas. Por ejemplo, que es extremadamente pequeño, menos de ochenta kilómetros de diámetro. Y ni siquiera es sólido, ya que probablemente está formado por millares de cuerpos más pequeños, todos dando vueltas en una nube.

—¿Podremos penetrar en el núcleo? —Lo sabremos cuando lleguemos. Tal vez nos limitaremos a estudiarlo con nuestros telescopios desde unos miles de kilómetros. Aunque, personalmente, me sentiré defraudado si no entramos en su interior.

Pickett cerró el magnetófono. Sí, Martens había estado en lo cierto. Se habría sentido defraudado, especialmente al no existir, al parecer, el menor peligro. El peligro no residía en el cometa, ya que había venido de dentro.

Habían navegado a través de las diversas y sucesivas cortinas de gas, enormes, pero increíblemente tenues, que el cometa Randall seguía expulsando al alejarse del Sol. Incluso ahora, cuando se acercaban a las regiones más densas del núcleo, se hallaban prácticamente en medio del vacío. La niebla luminosa que se extendía en torno a la *Challenger* durante tantos millones de kilómetros, apenas disminuía la luz de las estrellas; pero directamente al frente, donde se hallaba el núcleo del cometa, había un brillante trecho de luz resplandeciente, que les atraía como un fuego fatuo.

Las perturbaciones eléctricas tenían lugar a su alrededor con violencia creciente, habiendo cortado casi por entero sus comunicaciones con la Tierra. El principal transmisor de radio de la nave podía enviar una leve señal, y en los últimos días se habían visto obligados a enviar unos mensajes de «estamos bien» en morse. Cuando se apartasen del cometa, de vuelta a la Tierra, quedarían restablecidas las comunicaciones; pero ahora estaban casi tan aislados como los exploradores en la época anterior a la radio. Era un inconveniente, pero nada más. Pickett casi agradecía este corte de comunicaciones, ya que le concedía más tiempo para dedicarse a sus tareas administrativas. Aunque la nave viajaba ya por el corazón del cometa, en un rumbo que ningún comandante hubiera soñado antes del siglo XX, alguien tenía que comprobar las provisiones y demás artículos.

Lenta y cautelosamente, con la sonda radar captando toda la esfera de espacio que la rodeaba, la *Challenger* penetró en el núcleo del cometa. Y se había posado... en medio del hielo.

En los años 40, Whipple, de Harvard, ya adivinó la verdad, aunque era difícil de aceptar incluso teniéndola ante los ojos. El núcleo relativamente pequeño del cometa era un conjunto de icebergs a la deriva, que giraban entre sí, al moverse a lo largo de su órbita. Pero al revés de los icebergs que flotan en los mares polares, éstos no eran de blancura deslumbrante, ni compuestos de agua. Eran de color gris sucio y muy porosos, como nieve

pisoteada. Y estaban socavados por bolsas de metano y amoníaco helado, que de cuando en cuando se desprendían en gigantescos surtidores de gas, al absorber el calor del Sol.

Era una visión maravillosa, pero al principio Pickett tuvo poco tiempo para admirarla. Trabajaba en exceso.

Estaba dando la vuelta de rutina por los depósitos de la nave, cuando se enfrentó con la catástrofe... aunque tardó algún tiempo en darse cuenta, puesto que la situación de las provisiones había sido ampliamente satisfactoria, y poseían grandes reservas hasta volver a la Tierra. Las había comprobado personalmente y sólo tenía que confirmar los balances grabados en la sección de la memoria electrónica de la nave, donde se almacenaba toda la contabilidad.

Cuando aparecieron en la pantalla las primeras cifras absurdas, Pickett supuso que había presionado una palanca errónea. Borró los totales y volvió a alimentar la computadora con la información obtenida. 60 cajas de carne presionada para empezar: 17 consumidas; quedaban: 99.999.943.

Probó innumerables veces sin resultado. Luego, sintiéndose enojado aunque no alarmado, fue en busca del doctor Martens.

Halló al astrónomo en la «cámara de tortura», el diminuto gimnasio apretado entre los almacenes técnicos y la caja del principal tanque de combustible. Todos los miembros de la tripulación tenían que ejercitarse allí una hora diaria, de lo contrario sus músculos se distenderían a causa del ambiente falto de gravedad. Martens estaba luchando con una serie de muelles poderosos, con expresión determinada en su rostro. Pero la expresión se tornó más determinada cuando Pickett le explicó lo ocurrido.

Unas cuantas pruebas con la principal computadora les comunicó lo peor.

—La computadora se ha vuelto loca —confesó Martens—. Ni siquiera suma o resta.

—¡Pero seguramente podremos repararla! Martens meneó la cabeza. Había perdido su confianza habitual: parecía, según pensó Pickett, un muñeco de goma hinchado al empezar a perder gas.

—Ni los fabricantes podrían hacerlo. Es una masa sólida de microcircuitos, tan apretados como los del cerebro humano. Todavía funcionan las unidades de memoria, pero la sección calculadora se ha inutilizado. Sólo enreda las cifras vertidas en ella.

—Y esto ¿dónde nos deja? —preguntó el periodista.

—Significa que todos estamos muertos —respondió llanamente Martens—. Sin la computadora, estamos listos. Es imposible calcular una órbita de regreso a la Tierra. Se necesitaría todo un ejército de matemáticos trabajando varias semanas para resolverlo en un papel.

—¡Esto es ridículo! La nave está en perfectas condiciones, tenemos abundancia de comida y combustible... y usted dice que vamos a morir sólo por no poder realizar unas sumas.

—¡Una sumas! —repitió el astrónomo con sarcasmo—. Un cambio navegacional tan grande como es preciso para alejarnos del cometa y entrar en una órbita terrestre, necesita unos cien mil cálculos por separado. Incluso la computadora necesita varios minutos para llevarlos a cabo.

Pickett no era matemático, pero sabía lo suficiente de astronáutica para comprender la situación. Una nave viajando a través del espacio se halla bajo la influencia de muchos cuerpos celestes. La principal fuerza controladora es la de la gravedad del Sol, que mantiene a todos los planetas firmemente sujetos a sus respectivas órbitas.

Pero los planetas también se atraen, aunque en forma mucho menor, entre sí. Calcular estas atracciones mutuas (por encima de todo, aprovecharse de ellas para alcanzar en el instante preciso una meta situada a millones de kilómetros de distancia) era un problema fantásticamente complejo. Comprendía la desesperación de Martens; ningún hombre puede trabajar sin los instrumentos de su profesión, y ninguna profesión necesitaba unos instrumentos más complicados que la suya.

Incluso después de anunciarlo al comandante y de la primera conferencia de emergencia cuando toda la tripulación se reunió para discutir la situación, tardaron varias horas en asimilar los hechos. El final aún estaba a unos meses de distancia, y la mente humana no podía captarlo; pero estaban sentenciados a muerte, si bien no corría prisa la ejecución. Y el panorama seguía siendo soberbio...

Más allá de las brumas resplandecientes que les envolvían, y que sería su monumento celestial al final de los tiempos, podía divisar el gran faro de Júpiter, el más brillante de todos los cuerpos celestes. Algunos aún vivirían, si los otros estaban dispuestos a sacrificarse, cuando la nave pasara junto al más poderoso de los hijos del Sol. ¿Valía la pena vivir unas semanas más, se preguntó Pickett, para ver con tus propios ojos la visión que Galileo tuvo por primera vez con su tosco telescopio, varios siglos antes: los satélites de Júpiter, yendo y viniendo como cuentas en una sarta invisible?

Cuentas en una sarta. Con esta idea, un recuerdo largamente olvidado de su niñez surgió de su subconsciente. Debía de estar allí desde varios días atrás, esforzándose por salir a la luz. Y ahora al fin había llegado a su cerebro.

—¡No! —gritó—. ¡Es ridículo! ¡Se reiría de mí! ¿Y qué?, le dijo la otra mitad de su mente. No tienes nada que perder; si no para otra cosa, servirá para que todos trabajen mientras se consumen las provisiones y el combustible. Incluso la más mínima esperanza era mejor que nada en absoluto...

Dejó de jugar con el magnetófono; había superado el sentimiento de autoconmiseración. Soltando la cinta elástica que le ataba a la silla, se marchó a los almacenes técnicos en busca del material que necesitaba.

—Esta no es mi idea de una broma —gruñó el doctor Martens, contemplando con desprecio la tenue estructura de alambre y madera que Pickett sostenía en la mano.

—Supuse que diría eso —replicó Pickett, conservando la calma—. Pero, por favor, escuche un instante. Mi abuela era japonesa y siendo yo niño me contó una historia que olvidé por completo hasta esta semana pasada. Creo que puede salvarnos.

»Poco después de la segunda guerra mundial, hubo un concurso entre un americano con una computadora eléctrica y un japonés que usaba un abaco como éste. Y ganó el abaco.

—Entonces, debía tratarse de una computadora deficiente o de un ingeniero muy malo.

—Emplearon la mejor computadora del ejército de Estados Unidos. Pero no discutamos. Permítame una prueba: diga un par de cantidades de tres cifras para multiplicarlas.

—Pues... 856 por 437.

Los dedos de Pickett bailotearon sobre las cuentas, deslizándolas arriba y abajo de los alambres con increíble velocidad. Había doce alambres en conjunto, de modo que el abaco podía funcionar con cantidades de 999.999.999.999, o ser dividido en sectores separados donde podían llevarse a cabo simultáneamente cálculos independientes.

—374.072 —dijo Pickett, después de un intervalo increíblemente corto de tiempo—. Veamos ahora cuánto tiempo tarda usted en hacer la misma operación con un lápiz.

Transcurrió mucho más tiempo antes de que Martens, que como la mayoría de matemáticos estaba muy flojo en aritmética elemental, proclamase «375.072». Una prueba no tardó en confirmar que Martens había tardado al menos tres veces más que Pickett para obtener un resultado equivocado.

El rostro del astrónomo era un estudio de pesar, asombro y curiosidad.

—¿Dónde aprendió ese truco? —quiso saber—. Creí que estos aparatos sólo sumaban y restaban.

—Bueno, la multiplicación no es más que una suma repetida, ¿verdad? Sólo sumé siete veces 856 en la columna de las unidades, tres veces en la de las decenas, y cuatro en las centenas. Usted hace lo mismo al usar el papel y el lápiz. Claro está, existen varios atajos, pero si cree que yo soy rápido, hubiera debido ver a mi tío—abuelo. Trabajaba en un Banco de Yokohama, y cuando sumaba a gran velocidad no se le veían los dedos. Él me enseñó algunos trucos, pero casi los he olvidado todos en los últimos veinte años. Sólo practiqué un par de años, de modo que soy bastante lento. Es igual, espero convencerle de que esto puede servirnos.

—Sí, me ha dejado impresionado. ¿Sabe dividir con igual rapidez?

—Casi, sobre todo si adquiero más pericia.

Martens cogió el abaco y empezó a pasar las cuentas arriba y abajo. Luego suspiró.

—Ingenioso, aunque no creo que pueda ayudarnos. Aunque fuese diez veces más rápido que el hombre con papel y lápiz, cosa que no es así, la computadora era un millón de veces más veloz.

—Ya pensé en esto —replicó Pickett con impaciencia.

(Martens carecía de coraje, cedía al momento. ¿Cómo se las arreglaban los astrónomos cien años atrás, cuando no había computadoras?)

—Le propongo un plan, y dígame si ve algún fallo...

Cuidadosa y lentamente detalló el plan. Y al escucharle, Martens se fue relajando y profirió la primera carcajada que Pickett había oído a bordo de la nave en muchos días.

—Quiero ver la cara del comandante —rió el astrónomo—, cuando usted le diga que todos volveremos a la guardería, jugando con cuentas de cristal.

Al principio reinó un gran escepticismo, que se desvaneció muy pronto cuando Pickett realizó unas demostraciones. Para los hombres que se habían educado en un mundo electrónico, el hecho de que una simple estructura de alambres y madera pudiera ejecutar un milagro era una revelación. Y también un reto, y como del mismo dependía sus vidas, se apresuraron a aceptarlo.

Tan pronto como los ingenieros construyeron suficientes copias del tosco modelo de Pickett, empezaron las clases. Pickett sólo tardó unos minutos en explicar los principios básicos; lo que requería más tiempo era la práctica, hora tras hora, hasta que los dedos movían automáticamente las cuentas, colocándolas en la debida posición sin necesidad de la conciencia. Hubo algunos miembros de la tripulación que ni al cabo de varias semanas llegaron a adquirir rapidez o seguridad; pero otros pronto vencieron al mismo Pickett.

En sus sueños, soñaban con cuentas y columnas, con cuentas y alambres. Tan pronto como pasaron más allá del estado elemental, quedaron divididos por equipos que compitieron ferozmente entre sí, hasta alcanzar unos índices muy elevados de eficiencia.

Al fin, hubo hombres a bordo que podían multiplicar cantidades de cuatro cifras en quince segundos, durante interminables horas.

Aquella labor era puramente mecánica; requería destreza, pero no inteligencia. La tarea realmente difícil era la de Martens, en la que casi nadie podía ayudarle. Tuvo que olvidar todas las técnicas basadas en maquinarias y estudiar de nuevo cálculo, a fin de que los que debían efectuarse pudieran ser realizados automáticamente por individuos que no tenían la menor noción de las cantidades que manejaban. Les suministraría los datos básicos, y seguirían el programa trazado. Tras unas horas de trabajo paciente y rutinario, la respuesta surgiría del final de la línea de producción matemática... siempre que no se cometieran errores. Y la forma de precaverse contra tal cosa era hacer trabajar a dos equipos independientes, comprobando con regularidad los resultados.

—Lo que hemos logrado —murmuró Pickett, hablando para el magnetófono, cuando al fin tuvo tiempo de pensar en un público para el que no había esperado hablar nunca más—, es construir una computadora formada por seres humanos en lugar de circuitos electrónicos. Es miles de veces más lento, no es posible manejar a la vez muchos dígitos, y resulta muy pesado..., pero da buenos resultados. No es que toda la tarea de regresar a la Tierra, cosa sumamente complicada, vayamos a realizarla ahora, sino sólo la más sencilla de obtener una órbita que nos ponga dentro del radio de alcance terrestre. Una vez hayamos escapado a las interferencias eléctricas que nos rodean, podremos radiar nuestra posición y las grandes computadoras de la Tierra nos dirán qué hemos de hacer.

»Nos estamos alejando ya del cometa y nos salimos del sistema solar. Nuestra nueva órbita encaja con nuestros cálculos hasta el límite esperado. Todavía nos hallamos dentro de la cola del cometa, pero el núcleo se halla a un millón y medio de kilómetros de distancia y no vemos ningún iceberg de amoníaco. Estos corren alocadamente hacia las estrellas entre la noche helada, mientras regresamos a casa...

—Tierra... Tierra... Llamando la *Challenger*, llamando la *Challenger*. Contesten tan pronto como nos oigan... Nos gustaría comprobar nuestros cálculos... ¡antes de que se nos despellejen más los dedos!

?

Arthur C. Clarke

El signo de interrogación que hace las veces de título de este relato exige una aclaración, ya que no se trata de una alusión a un contenido especialmente enigmático, como podría interpretarse a primera vista. El relato fue publicado en su día en F&SF sin título, proponiendo a los lectores un concurso consistente en pensar el título más adecuado para él mismo. Hace años que el concurso fue convocado y fallado, por lo que en realidad el cuento ya tiene título. Pero puesto que así fue publicado en su versión original, así lo ofrecemos hoy a nuestros lectores, que tal vez se sientan tentados a aceptar el desafío de Clarke y descubran un título adecuado.

—Cuando suba a bordo —exclamó el capitán Saunders, aguardando a que la rampa se desplegara por sí misma— ¿cómo diablos he de llamarle?

Hubo un pensativo silencio, mientras el oficial de navegación y el piloto ayudante consideraban el problema de la etiqueta. Luego, Mitchell cerró el principal panel de control y los múltiples mecanismos de la nave cayeron en la inconsciencia, al ser retirada la energía de los mismos.

—El título correcto —gruñó lentamente— es Su Alteza Real.

—Hum... —rezongó el capitán—. ¡Que me aspen si lo llamo de este modo!

—En estos tiempos de progreso —terció Chambers—, creo que basta con Señor. Pero si se olvida de este título, no hay que preocuparse; hace ya mucho tiempo que no han enviado a nadie a la Torre de Londres. Además, este Enrique no es un tipo como aquel otro que tuvo tantas esposas.

—Al contrario —añadió Michell—, es un joven muy amable. E inteligente. A menudo le pregunta a la gente cuestiones técnicas, que ni siquiera pueden contestarle.

El capitán Saunders ignoró las implicaciones de esta observación, pensando que si el príncipe Enrique quería saber cómo funcionaba un generador del Impulso de Compensación Espacial, Mitchell podría darle todos los detalles. Se puso pesadamente en pie (habían estado operando a media gravedad durante el vuelo, y ahora, ya en la Tierra, parecían pesar como una tonelada de ladrillos), y se abrió paso por los corredores hacia la escotilla inferior. Con un leve ronroneo, la gran puerta curvada se corrió a un lado. Reajustando su sonrisa, salió al encuentro de las cámaras de televisión y del heredero del trono británico.

El joven que, presumiblemente, sería un día Enrique IX de Inglaterra, tenía poco más de veinte años. Era ligeramente más bajo que la mayoría, y poseía unas facciones finas y regulares, que realmente encajaban con todas las ideas genealógicas. El capitán Saunders, que venía de Dallas y no tenía intenciones de dejarse impresionar por el príncipe, se encontró inesperadamente conmovido por aquellos ojos grandes y tristes. Eran ojos que habían presenciado demasiados desfiles y recepciones, que habían contemplado infinidad de cosas carentes de interés, que jamás habían gozado de permiso para alejarse de las rutas oficiales cuidadosamente planeadas. Viendo aquel rostro orgulloso, pero cansado, el capitán Saunders tuvo un vislumbre por primera vez de la verdadera soledad de la realeza. Toda su repugnancia por esta institución resultó de pronto trivial ante su verdadero defecto: lo malo de la Corona era poner tanta carga sobre un ser humano.

Los pasadizos de la *Centauro* eran demasiado estrechos para permitir una vista general, por lo que no tardaron en comprender que al príncipe Enrique le interesaba adelantarse a su cortejo. Una vez empezaron a moverse por el interior de la nave, Saunders perdió su envaramiento y su reserva, y a los pocos minutos trataba al príncipe igual que a cualquier otro visitante. No sabía que una de las primeras lecciones que la realeza tiene que aprender es lograr que los demás le traten a uno con familiaridad.

—Capitán —exclamó el príncipe—, éste es un gran día para nosotros. Siempre pensé que un día sería posible que las naves espaciales despegasen de Inglaterra. Pero aún me parece extraño poseer un espacio—puerto nuestro, al cabo de tantos años. Dígame... ¿tuvo que volar mucho con los cohetes?

—Bien, me entrené con ellos, pero antes de graduarme ya estaban pasados de moda. Tuve suerte; algunos viejos tuvieron que volver a la academia y empezar de nuevo o abandonar por completo el espacio si no pudieron acostumbrarse a las nuevas naves.

—¿Es muy grande la diferencia?

—Oh, sí. Cuando se acabaron los cohetes, pasó lo mismo que cuando la navegación a vela se cambió por la de vapor. A propósito, existe una analogía que ya habrá oído otras veces. Los viejos cohetes poseían un encanto semejante al de los antiguos veleros. Estas naves modernas carecen del mismo. Cuando la *Centauro* despegaba, ascendía tan quedamente como un globo... y tan lentamente, si uno así lo desea. En cambio, el despegue de un cohete hacía temblar la tierra en muchas leguas a la redonda, y uno se quedaba sordo varios días si se hallaba demasiado cerca del área de lanzamiento. Claro que usted sabrá esto por las antiguas grabaciones de los noticiarios.

—Sí —sonrió el príncipe—. Las he pasado a menudo en palacio. Creo que he contemplado todos los incidentes de las expediciones pioneras. Y también me apenó asistir al final de los cohetes. Pero de no ser así, jamás hubiésemos podido construir un espacio—puerto aquí en la llanura de Salisbury. ¡Las vibraciones de los cohetes habrían derribado Stonehenge!

—¿Stonehenge? —repitió Saunders manteniendo abierta una escotilla para dejar pasar al príncipe al Sollado Número 3.

—Un monumento antiguo, uno de los más famosos círculos de piedra de todo el mundo. Es verdaderamente impresionante, con una antigüedad de tres mil años. Visítelo si puede. Sólo está a quince kilómetros de aquí.

El capitán Saunders reprimió una sonrisa con dificultad. ¡Qué país tan extraño! ¿En qué otro hallaría tantos contrastes? Le hacía a uno sentirse muy joven y tosco al recordar que en su patria, la de El Alamo era una historia antigua, y apenas había pasado nada en Texas que tuviera quinientos años de antigüedad. Por primera vez comprendió lo que significaba la tradición; le otorgaba al príncipe algo que él nunca poseería; empaque, confianza en sí mismo... sí, era esto. Y un orgullo libre de arrogancia, porque aceptaba gran cantidad de cosas.

Fue sorprendente el número de preguntas que el príncipe Enrique formuló en los treinta minutos que duró la vuelta a la nave de transporte. No eran preguntas rutinarias de las que la gente hace por cortesía, sin ningún interés por las respuestas. Su Alteza Real el príncipe Enrique sabía mucho respecto a naves espaciales, y el capitán Saunders se sintió totalmente agotado cuando devolvió a su distinguido invitado al comité de recepción, que aguardaba fuera de la *Centauro* con paciencia bien disimulada.

—Muchas gracias, capitán Saunders —le agradeció el príncipe, estrechándole la mano a la salida—. Hacía años que no había disfrutado tanto. Le deseo una feliz estancia en Inglaterra y un venturoso viaje.

Luego, su cortejo se lo llevó, y los oficiales del espacio—puerto, frustrados hasta entonces, subieron a bordo para comprobar los documentos de la nave.

—Bien —exclamó Mitchell cuando todo hubo terminado—, ¿qué os parece nuestro príncipe de Gales?

—Me ha sorprendido —confesó Saunders—. Jamás hubiera dicho que fuera un príncipe. Siempre pensé que los príncipes y reyes eran bastante tontos. Pero diantre, ¡si hasta conocía los principios del Impulso Compensador! ¿Ha estado alguna vez en el espacio?

—Una vez, creo. Sólo un salto más arriba de la atmósfera, en una nave de la Fuerza Espacial. Ni siquiera estuvo en órbita, ya que regresó al momento..., pero al primer ministro casi le dio un ataque. Hubo interrogatorios en ja Cámara y editoriales en *The*

Times. Todo el mundo decidió que el heredero del trono valía demasiado para que se arriesgase en estos malditos inventos. De modo que, aunque ostenta el grado de Comodoro en la Real Fuerza Espacial, nunca ha estado ni siquiera en la Luna.

—Pobre chico... —se compadeció Saunders.

Tenía tres días de libertad, puesto que no era tarea suya supervisar la carga de la nave ni el mantenimiento de antes del vuelo. Saunders conocía a capitanes que no hacían más que dar vueltas en torno a los ingenieros de servicio, pero él no era de éstos.

Además, quería visitar Londres. Había estado en Marte, Venus y la Luna, pero ésta era su primera visita a Inglaterra. Mitchell y Chambers le dieron informes útiles y lo dejaron en el monorraíl hacia Londres antes de ir a ver a sus propias familias. Regresarían al espacio-puerto un día antes que él para comprobar que todo estaba en orden. Era un gran alivio tener unos oficiales en quienes confiar por completo; carecían de imaginación, eran muy cautos, pero sumamente cuidadosos de todos los detalles. Si afirmaban que todo estaba bien, Saunders sabía que podía despegar sin temor alguno.

El cilindro esbelto, aerodinámico, silbaba a través del bien cuidado paisaje. Estaba tan cerca del suelo y viajaba tan de prisa que sólo podían captarse fugaces impresiones de las poblaciones y los campos por los que pasaban. Todo, pensó Saunders, era increíblemente compacto, a escala de Liliput. No había espacios abiertos, ni prados de más de una milla de longitud, en cualquier dirección. Esto podía infundirle a un tejano la sensación de claustrofobia, particularmente a un tejano que era también piloto espacial.

El borde definido de Londres apareció como los contrafuertes de una ciudad amurallada en el horizonte. Con escasas excepciones, los edificios eran muy bajos: tal vez de quince o veinte pisos de altura. El monorraíl pasó a través de un cañón estrecho, por encima de un parque atractivo, cruzó un río que debía de ser el Támesis, y se detuvo con un poderoso impulso desacelerador. Un altavoz anunció, con una voz modesta que parecía temer ser excesivamente oída:

—Esto es Paddington. Los pasajeros para el Norte permanezcan en sus asientos.

Saunders cogió su maleta y se encaminó a la estación.

Al entrar en el metro, pasó frente a un quiosco de periódicos, y miró las revistas exhibidas. Casi la mitad presentaban fotografías del príncipe Enrique y otros miembros de la familia real. Esto no estaba mal, pensó Saunders. También observó que los periódicos de la tarde ofrecían la imagen del príncipe entrando o saliendo de la *Centauro*, y compró varios para leerlos en el metro.

Los comentarios editoriales se parecían mucho entre sí. Al fin, se alegraban, Inglaterra no tenía ya que ocupar un puesto rezagado entre las naciones que ascendían al espacio. Era ya posible hacer maniobrar una flota espacial sin necesitar un millón de kilómetros cuadrados de zona desértica: las actuales naves silenciosas que desafiaban a la gravedad podían aterrizar, en caso de necesidad, en Hyde Park, sin molestar siquiera a los patos del río Serpentina. Saunders halló difícil que esta clase de patriotismo hubiese sobrevivido en la era espacial, pero supuso que a los ingleses no les había gustado tener que pedir prestadas rampas de lanzamiento a los australianos, los americanos y los rusos.

El metro de Londres era todavía, al cabo de siglo y medio, el mejor sistema de transporte del mundo entero, y dejó a Saunders en su destino en menos de diez minutos después de salir de la estación de Paddington. En diez minutos, la *Centauro* habría cubierto setenta mil kilómetros; pero el espacio, al fin y al cabo, no estaba tan poblado. Tampoco las órbitas espaciales eran tan tortuosas como las calles que Saunders tuvo que recorrer

para llegar a su hotel. Todos los intentos de enderezar Londres habían fracasado estrepitosamente, y pasaron quince minutos antes de que completase los últimos cien metros de su trayecto.

Se quitó la chaqueta y se dejó caer en la cama. Tres días de libertad y descanso sólo para él; demasiado bueno para ser verdad.

Así era. Apenas pudo respirar antes de que sonara el teléfono.

—¿Capitán Saunders?... Oh, me alegro de localizarle. Aquí, la BBC. Emitimos un programa titulado *Esta noche en la ciudad*, y nos gustaría que usted...

El sonido de la escotilla fue el más dulce que había oído Saunders en varios días. Ahora estaba a salvo; en esta fortaleza blindada nadie podía atraparlo, y pronto estaría de nuevo en el espacio. No le habían tratado mal; al contrario, le habían tratado demasiado bien. Había aparecido cuatro (¿o eran cinco?) veces en televisión, en diversos programas; había estado en más fiestas de las que podía recordar; había trabado un centenar de nuevas amistades y (según le parecía ahora) se había olvidado de las antiguas.

—¿Quién inició el rumor —le preguntó a Mitchell cuando se encontraron en el espacio puerto— de que los ingleses eran reservados y orgullosos? Que el diablo me ayude si alguna vez vuelvo a conocer a un inglés *representativo*.

—Supongo que se habrá divertido —sonrió Mitchell.

—Pregúntamelo mañana —replicó Saunders—. Estaré en casa descansando.

—Anoche le vi en aquel programa —observó Chambers—. Parecía un poco pálido.

—Gracias, un buen consuelo, el que ahora necesitaba. Me gustaría que pensara usted un sinónimo de *jeune* después de estar levantado hasta después de las tres de la madrugada.

—Falto de animación —dijo Chambers rápidamente.

—Insípido —añadió Mitchell, para no ser menos.

—Ustedes ganan. Bien, sepamos qué tal va la carga y qué han hecho los ingenieros.

Una vez sentado ante el cuadro de mandos, el capitán Saunders volvió a recuperar el dominio de sí mismo. Estaba otra vez en su ambiente, y su adiestramiento le dominaba. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, y lo haría con precisión automática. A su derecha y a su izquierda, Mitchell y Chambers comprobaban sus instrumentos y llamaban a la torre de control.

Tardaron una hora en llevar a cabo todas las operaciones de rutina. Cuando la última firma quedó agregada a la última hoja de las instrucciones, y la última luz roja del cuadro de mandos se hubo cambiado en verde, Saunders se retrepó en su asiento y encendió un cigarrillo. Faltaban diez minutos para el despegue.

—Un día vendré a Inglaterra de incógnito —murmuró— para descubrir qué hace palpitar a este país. No comprendo cómo es posible albergar a tanta gente en una isla tan pequeña sin que se hunda.

—Hum... —gruñó Chambers—. Tendría que ver Holanda. Hace que Inglaterra parezca tan inmensa como Texas.

—Luego, tenemos el problema de la familia real. Adonde quiera que iba me preguntaban qué me había parecido el príncipe Enrique, y de qué habíamos conversado, si creía que era un chico listo, y otras preguntas similares. Francamente, acabé harto. No comprendo cómo los ingleses lo han aguantado tanto tiempo.

—No piense que la familia real haya sido siempre popular —replicó Mitchell—. ¿Recuerda lo que le sucedió a Carlos I? Y algunas de las cosas que decían de los primeros Jorges eran tan rudas como las que los americanos hicieron más tarde.

—Pero nos gusta la tradición —agregó Chambers—. No tememos cambiar cuando llegue el momento, pero respecto a la familia real... bueno, es algo único y nos agrada. Como a ustedes la estatua de la Libertad.

—No es un buen ejemplo. No creo que sea justo colocar a los seres humanos sobre un pedestal y tratarlos como... bueno, como si fuesen deidades menores. Miren al príncipe Enrique, por ejemplo. ¿Creen que alguna vez tendrá ocasión de realizar las cosas que quisiera hacer? Le vi tres veces por televisión, en Londres. La primera, inauguraba una escuela no sé dónde; después, pronunció un discurso en la Compañía de Pescadores en el Guildhall (juro que no exagero), y finalmente estaba escuchando un discurso de bienvenida, ofrecido por el alcalde de Podunk, o cualquiera que sea el equivalente. Antes preferiría estar en la cárcel que llevar esa vida. ¿Por qué no dejan tranquilo al pobre muchacho?

Por una vez, ni Mitchell ni Chambers pudieron objetar nada. Mantuvieron un silencio casi helado.

«Ya lo sabía —se dijo Saunders—. Debí cerrar el pico; ahora, he herido sus sentimientos. Debí recordar el consejo que oí no sé dónde: "Los ingleses poseen dos religiones: el cricket y la familia real. No intentes nunca criticarlas."»

La pausa fue interrumpida por la radio del controlador del campo.

—Control a *Centauro*. La pista de vuelo está despejada. Listos para el despegue.

—Iniciamos el programa de despegue... *jahora!* —contestó Saunders, apretando la palanca principal.

Luego, se inclinó hacia atrás, vigilando con la mirada todo el cuadro de mandos, separadas del mismo sus manos aunque dispuestas a una acción instantánea.

Estaba tenso, pero confiado. Un cerebro mejor que el suyo, un cerebro de metal y cristal, y de corrientes de centelleantes electrones, estaban ya a cargo de la *Centauro*. En caso necesario, él podía hacerse cargo del mando, pero nunca había tenido que elevar una nave manualmente, y esperaba no tener que hacerlo jamás. Si fallaban los mandos automáticos, cancelarían el despegue y se quedaría en tierra hasta que reparasen la avería.

El campo principal actuó, y la *Centauro* perdió peso. Hubo gruñidos de protesta en la estructura de la nave y en el casco al redistribuirse las presiones. Los brazos curvos del tren de aterrizaje ya no llevaban carga, y la brisa más ligera podía elevar a la nave hacia el cielo.

Desde la torre llamó el controlador:

—Su peso ahora es cero. Comprueben el calibre.

Saunders consultó los instrumentos. El impulso ascendente del campo debía ser igual al peso de la nave, y las lecturas de medición debían estar de acuerdo con los totales de los programas de carga. Al menos en un caso, esta comprobación reveló la presencia de un polizón a bordo de la nave. Así eran de sensibles los calibradores.

—Un millón quinientos sesenta mil cuatrocientos veinte kilogramos —leyó Saunders en los indicadores de impulsión—. Muy bien... comprobado con un margen de quince kilos de diferencia. Aunque la primera vez he notado exceso de peso. Hubieras podido llevar más caramelos para tu amiguita regordeta de Port Lowell, Mitchell.

El ayudante de piloto sonrió tristemente. No había podido olvidar una cita a ciegas en Marte, y ello le había dado la fama de preferir las rubias estatuarias.

No había la menor sensación de movimiento, pero la nave estaba trepando por el cielo de verano, ya que su peso no sólo estaba neutralizado sino revertido. Para los mirones de abajo, era como una estrella que ascendía rápidamente, cómo un globo plateado que huía por entre y más allá de las nubes. A su alrededor, el azul de la atmósfera se agudizaba, convirtiéndose en la negrura eterna del espacio. Como una cuenta moviéndose a lo largo de un alambre invisible, la nave de transporte seguía el trazado de las ondas de radio que la conducirían de un mundo a otro.

Este, pensó el capitán Saunders, era su vigésimo sexto despegue de la Tierra.

Pero la admiración nunca cesaba, jamás dominaría la sensación de poder que le daba estar allí sentado, ante el cuadro de mandos, amo de unas fuerzas superiores a todos los sueños de los antiguos dioses de la humanidad. Nunca eran iguales dos despegues: unos se hacían al amanecer, otros al anochecer; algunos encima de una Tierra cubierta de nubes, y varios a través de un cielo brillante, despejado. El espacio no cambiaba nunca, pero en la Tierra jamás se repetía la misma pauta, y nadie veía por dos veces el mismo paisaje, el mismo cielo. Abajo, las olas del Atlántico marchaban eternamente hacia Europa, y allá en lo alto, aunque muy por debajo de la *Centauro!*, las bandas de nubes avanzaban impulsadas por los mismos vientos. Inglaterra empezó a fundirse con el continente, y la costa europea se encogió y quedó envuelta en nieblas, al hundirse más allá de la curvatura del mundo. En la frontera occidental, una mancha fugitiva en el horizonte, se hallaba la primera insinuación de América. De una sola mirada, Saunders podía captar todas las millas marinas a través de las cuales había navegado Cristóbal Colón quinientos años antes.

Con el silencio de la fuerza ilimitada, la nave se liberó de los últimos lazos con la Tierra. Para un observador exterior, la única señal de las energías desprendidas sería el resplandor rojizo de las aletas de radiación en torno al ecuador de la nave puesto que la pérdida de calor de los convertidores de masa se diseminaba por el espacio.

«14,03,45 —escribió Saunders en el diario de a bordo—. Velocidad de escape lograda. Desviación de rumbo mínima.»

Apenas servía de nada esta nota. Los modestos cuarenta mil kilómetros por hora que habían sido la primera meta casi inalcanzable de los astronautas ya no tenían significación práctica, puesto que la nave estaba aún acelerando y durante horas seguirían ganando en velocidad. Pero sí poseía un profundo significado psicológico. Hasta aquel momento, si fallaba la fuerza habrían caído a la Tierra. Ahora, la gravedad ya no podía atraparles; habían alcanzado la libertad del espacio, y podían escoger el planeta donde aterrizar. En la práctica, claro está, tendrían que correr muchos peligros si no iban hacia Marte para entregar la mercancía, de acuerdo con lo previsto. Pero el capitán Saunders, como todos los astronautas, era fundamentalmente un romántico. Incluso en un vuelo tan sencillo como éste, soñaba a veces con la gloria de los anillos de Saturno, con las tierras áridas del sombrío Neptuno, iluminadas por los fuegos distantes del empequeñecido Sol.

Una hora después del despegue, según el sacrosanto ritual. Chambers abandonó la computadora del rumbo a sus propios esfuerzos y exhibió los tres vasos que había debajo de la mesa cartográfica. Mientras bebían tras el tradicional brindis a Newton, Oberth y Einstein, Saunders se preguntó cuál sería el origen de tal ceremonia. Las tripulaciones

espaciales llevaban efectuando aquel brindis más de sesenta años; tal vez podía deberse al legendario ingeniero de cohetes que hizo la siguiente observación:

—He quemado más alcohol en sesenta segundos del que usted ha vendido jamás en este apestoso bar.

Dos horas más tarde, la última corrección del rumbo que las estaciones de rastreo les habían enviado desde la Tierra, estaba alimentando la computadora. A partir de ahora, hasta que apareciera Marte, estarían abandonados a sí mismos. Era un pensamiento solitario, aunque curiosamente gracioso. Saunders lo saboreó mentalmente. Aquí estaban los tres solos... sin nadie más en un millón de kilómetros a la redonda.

En tales circunstancias, la detonación de una bomba atómica apenas habría hecho otra cosa que producir un golpe modesto en la puerta de la cabina.

El capitán Saunders nunca se había asustado tanto en su vida. Con un alarido surgido de su garganta antes de poder reprimirlo, saltó de su asiento y se elevó un metro antes de que la gravedad residual de la nave lo arrastrase hacia abajo. Chambers y Mitchell, por su parte, se comportaron con la tradicional flema británica. Giraron en sus asientos, contemplaron la puerta y aguardaron a que el capitán hiciera algo.

Saunders tardó unos segundos en recobrar la calma. De haberse enfrentado con lo que podría denominarse una emergencia normal, ya habría estado metido casi dentro del traje espacial. Pero una llamada tímida a la puerta de la cabina, cuando no podía haber nadie más dentro de la nave, no era una prueba sencilla.

Era imposible que se tratase de un polizón. El peligro, desde el comienzo de los vuelos espaciales mercantiles, había sido tan obvio que se habían adoptado las mayores precauciones contra tal incidente. Uno de sus oficiales, según sabía Saunders, siempre estaba de servicio durante las operaciones de carga. Nadie podía entrar en la nave sin ser visto. Además, había la detallada inspección antes del vuelo, llevada a cabo por Mitchell y Chambers. Finalmente, pasaban por la comprobación del peso en el momento del despegue; cosa concluyente. No, un polizón estaba fuera de toda...

Volvió a repetirse la llamada a la puerta. Saunders apretó los puños y cuadró la mandíbula. Dentro de unos minutos, pensó, un romántico idiota lo lamentaría muy de veras.

—Abra la puerta, Mitchell —gruñó Saunders.

De una sola zancada, el ayudante de piloto cruzó la cabina y abrió la escotilla.

Durante un siglo, nadie habló. Luego, el polizón, tambaleándose ligeramente por la escasa gravedad, entró en la cabina. Se mostraba muy confiado y contento de sí mismo.

—Buenas tardes, capitán Saunders —saludó—. Le ruego perdone esta intrusión.

Saunders tragó saliva. Luego, a medida que las piezas del rompecabezas se iban conjuntando, miró primero a Mitchell y después a Chambers. Los dos oficiales le devolvieron la mirada con expresión de inefable inocencia. —Conque era esto... —masculló con amargura.

No había necesidad de explicaciones; todo estaba claro. Era fácil imaginarse las complicadas negociaciones, las reuniones a medianoche, la falsificación de los archivos, la descarga de las mercancías no esenciales que su fieles colegas habían llevado a cabo a espaldas suyas. Estaba seguro de que la historia era interesante, pero ahora no quería escucharla. Estaba demasiado ocupado recordando qué decía el *Manual de leyes espaciales*

sobre una situación semejante, aunque estaba ya seguro de que tal recuerdo no le serviría de mucho.

Era demasiado tarde para regresar; los conspiradores no habían olvidado este detalle. Bien, tendría que ingeniárselas como pudiera para realizar el vuelo más difícil de su carrera.

Todavía pensaba qué debía decir cuando la señal de PRIORIDAD empezó a destellar en la radio de a bordo. El polizón consultó su reloj.

—Lo esperaba —murmuró—. Probablemente será el primer ministro. Será mejor que hable con el pobre hombre.

Saunders opinaba lo mismo.

—Muy bien, Alteza —rezongó.

Sí, era el primer ministro, que parecía muy trastornado. Empleó varias veces la frase «vuestrs deberes para con vuestro pueblo», y en una ocasión hubo una nota nueva en su garganta, como si dijera algo respecto a «la devoción de vuestros súbditos a la Corona».

Mientras estaba en curso esta arenga emocional, Mitchell se inclinó hacia Saunders y le susurró al oído:

—El viejo está en un aprieto y lo sabe. El pueblo apoyará al príncipe cuando se entere de lo ocurrido. Todo el mundo sabe que hace años deseaba volar al espacio.

—¡Chist! —le hizo callar Chambers.

El príncipe estaba contestando y sus palabras cruzaban el abismo que ahora le separaba de la isla en la que un día reinaría.

—Lo siento, señor primer ministro, si he provocado tanta alarma. Volveré tan pronto como lo crea conveniente. Alguien tenía que hacerlo por primera vez, y pensé que había llegado el momento de que un miembro de mi familia abandonara la Tierra. Mis bisabuelos fueron marineros antes de ser reyes de una nación marítima. Esto formará una parte muy valiosa de mi educación, y me dispondrá a cumplir mejor mis deberes. Adiós.

Soltó el micrófono y se acercó a la ventana de observación, el único mirador de toda la nave. Saunders le vio allí de pie, orgulloso y solo..., pero contento.

Nadie habló en largo tiempo. Luego, el príncipe desvió la mirada del resplandor cegador que había al otro lado del cristal, miró al capitán Saunders y sonrió.

—¿Dónde está la cocina, capitán? —inquirió—. Tal vez me falte práctica, pero en mis tiempos de *boy—scout* era el mejor cocinero de mi patrulla.

Saunders se relajó y devolvió la sonrisa. La tensión abandonó la cabina de mandos. Marte aún estaba muy lejos, pero Saunders sabía ya que el viaje no iba a ser del todo malo.

SALE SATURNO

Arthur C. Clarke

Otra entrañable muestra del «humanismo optimista» de Clarke (con vagas referencias autobiográficas), centrada en uno de sus temas favoritos; la expansión del hombre por el universo y su justificación poético—filosófica.

Sí, esto es exacto. Conocí a Morris Perlman cuando yo tenía veintiocho años. En aquellos días conocí a miles de personas— de presidentes para abajo.

Cuando volvimos de Saturno, todo el mundo deseaba vernos, y la mitad de los tripulantes empezaron a dar conferencias. A mí siempre me ha gustado hablar (no digan que no lo saben), pero algunos colegas míos dijeron que preferirían irse a Plutón que enfrentarse con otro auditorio. Y algunos lo hicieron.

Yo recorrí el oeste medio, y la primera vez que tropecé con el señor Perlman (nadie lo llamaba jamás de otro modo, y ciertamente jamás «Morris») fue en Chicago. La agencia siempre me alojaba en hoteles buenos, aunque no lujosos. Y esto me convenía, pues me gustaba estar en lugares donde pudiera entrar y salir a mis anchas sin encontrar a un grupo de atildados caballeros, y donde vestir a mi antojo sin tener la impresión de haber caído en una trampa. Veo que sonríen; bien, a la sazón era sólo un chiquillo, y desde entonces han cambiado las cosas.

Ya hace mucho tiempo, pero debió de ser en una conferencia dada en la Universidad. Y recuerdo que me sentí defraudado porque no pudieron enseñarme el lugar donde Fermi inició la construcción del primer ciclotrón, pues dijeron que habían derribado el edificio cuarenta años atrás, y sólo una placa indicaba el sitio. La estuve contemplando algún tiempo, pensando en todo lo ocurrido desde aquel lejano día de 1942. Por un lado, yo había nacido; y la fuerza atómica me había llevado a Saturno y de vuelta a la Tierra. Probablemente, esto era algo que Fermi y Compañía no habían previsto cuando construyeron aquel primitivo modelo de grafito y uranio.

Estaba desayunando en la cafetería cuando un individuo de mediana edad, no muy corpulento, se dejó caer en el asiento al otro lado de la mesa.

—Buenos días —me saludó cortésmente, y al reconocerme lanzó un respingo de sorpresa.

(Naturalmente, aquel encuentro era planeado, pero entonces yo lo ignoraba.)

—¡Es un placer! —exclamó—. Oí su conferencia de anoche. ¡Cómo le envidio!

Forcé una sonrisa; a la hora del desayuno no soy muy sociable y había aprendido a ponerme en guardia contra los chiflados, los molestos y los entusiastas que parecían considerarme como su presa personal. El señor Perlman, no obstante, no era molesto..., aunque sí un entusiasta, y supongo que también un chiflado.

Era como cualquier hombre de negocios próspero, y supuse que se alojaba en el hotel. El hecho de que hubiera asistido a mi conferencia no era sorprendente, ya que ésta fue popular, abierta al público y profusamente anunciada por la prensa y la radio.

—Desde niño —empezó mi compañero de ocasión—, Saturno me fascina. Sé exactamente cuándo y cómo empezó esto. Debía contar yo diez años de edad cuando vi uno de esos maravillosos cuadros de Chesley Bonestell, mostrando el planeta como se vería desde sus nueve lunas. Supongo que usted conoce esos cuadros.

—Naturalmente —asentí—. Aunque tienen una antigüedad de medio siglo, nadie ha logrado superarlos. Teníamos un par a bordo del *Endeavour*, clavados en el cuadro de mandos. A menudo los miraba para compararlos con la realidad.

—Entonces ya sabe lo que sentía yo en los años cincuenta. Estar sentado horas y horas, tratando de captar el hecho de que aquel increíble objeto, con sus anillos circundantes a su alrededor, no era el sueño de un artista sino que existía realmente..., que, en efecto, era un mundo diez veces mayor que la Tierra.

»En aquella época no me imaginaba que pudiera verlo por mí mismo, y daba por descontado que sólo los astrónomos con sus gigantescos telescopios podían ver tales cosas. Hice otro descubrimiento a los quince años... un descubrimiento tan excitante que apenas podía creerlo.

—¿Cuál? —pregunté.

Empezaba ya a reconciliarme con la idea de compartir mi desayuno; mi compañero parecía un individuo inofensivo, y su entusiasmo resultaba pegadizo.

—Descubrí que cualquier tonto podía construir un telescopio de alto poder en su cocina, con unos cuantos dólares y un par de semanas de trabajo. Fue una revelación; como millares de niños, pedí prestado un ejemplar de *Construyendo un telescopio casero*, de Ingalls, en la biblioteca pública y empecé a trabajar. Dígame, ¿ha construido usted algún telescopio?

—No; soy ingeniero, no astrónomo. No sabría ni cómo empezar.

—Es muy sencillo, si uno sigue las reglas. Se cogen dos discos de cristal, de unos tres centímetros de espesor. Yo compré los míos por cincuenta centavos en una tienda de lámparas; eran cristales de ojos de buey, fuera de uso porque estaban astillados por los bordes. Luego, se pega un disco a algo firme, a una superficie lisa. Yo usé un barril viejo, sostenido por un extremo.

»Luego hay que comprar polvo de esmeril de diversos grados, empezando por el más grueso, para acabar con el más fino. Se coloca un poco del polvo más grueso entre los dos discos y se empieza a frotar con el de arriba atrás y adelante con pases regulares. Al mismo tiempo, hay que hacer rodar el disco.

«¿Comprende lo que ocurre? El disco superior se ahueca por la acción del polvo de esmeril. Y al rodar, obtiene una forma cóncava, una superficie esférica. De cuando en cuando hay que pasar a un polvo de grado más fino, y efectuar pruebas ópticas para comprobar la curvatura.

«Más tarde, se deja el esmeril y se pasa al pulido, hasta que la superficie quede tan lisa y pulimentada que uno apenas cree lo que ve. Sólo queda otra cosa, aunque sea muy nimia. Hay que platear el espejo para convertirlo en un buen reflector. Esto significa emplear algunos productos químicos, y hacer exactamente lo que ordena el libro.

»Aún recuerdo el deleite que experimenté cuando el plateado empezó a extenderse como algo mágico por la superficie de mi espejito. No era perfecto, pero estaba bastante bien y no lo habría cambiado por ninguno de Monte Palomar.

»Lo fijé a un extremo de una tabla de madera, pues no era necesario un tubo de telescopio, aunque coloqué medio metro de cartulina en torno al espejo para impedir la difuminación de la luz. Como ocular utilicé una pequeña lupa que encontré en una chatarrería por unos centavos. En conjunto, el telescopio sólo me costó unos cinco dólares..., aunque, siendo un chiquillo, para mí era una buena cantidad.

»A la sazón vivíamos en un hotel de segunda categoría que poseía mi familia en la Tercera Avenida. Cuando ensamblé el telescopio subí al tejado y lo probé, instalándolo entre la selva de antenas de televisión que en aquella época cubría todos los edificios. Tardé bastante en tener alineados el ocular y el espejo, pero no cometí errores y el aparato funcionó. Probablemente, como instrumento óptico resultaba muy feo, al fin y al cabo era mi primer ensayo, pero ampliaba unas cincuenta veces los objetos, por lo que apenas logré aguardar la llegada de la noche para estudiar las estrellas.

»Miré en el calendario y supe que Saturno estaría alto en el este después de ponerse el Sol. Tan pronto como oscureció subí de nuevo al tejado con mi aparato de cristal y madera apoyado entre dos chimeneas. Estábamos a fines de otoño, pero no sentía el frío, puesto que el firmamento estaba cuajado de estrellas... y todas eran mías.

»Tardé algún tiempo en enfocar el aparato lo mejor posible, utilizando la primera estrella que apareció en mi campo visual. Luego, empecé a buscar Saturno y pronto descubrí lo difícil que es localizar algo con un telescopio reflector mal montado. Por fin, el planeta pasó por mi campo visual, moví el instrumento unos centímetros a este lado y al otro... y lo enfoqué sobre Saturno.

»Era pequeño, pero la vista resultó perfecta. Creo que estuve varios segundos sin respiración; apenas daba crédito a mis ojos. Después de los grabados, lo veía en la realidad. Era como un juguete colgado en el espacio, con los anillos ligeramente abiertos e inclinados hacia mí. Aun ahora, cuarenta años después, recuerdo haber pensado: "¡Parece artificial... como un adorno de un árbol de Navidad!" A su izquierda sólo había una estrella brillante, y comprendí que era Titán.

Calló, y por un instante compartimos el mismo pensamiento. Para los dos, Titán no era solamente la mayor luna de Saturno, un punto luminoso sólo conocido de los astrónomos. Era el mundo ferozmente hostil sobre el que había aterrizado el *Endeavour*, el lugar donde tres de mis compañeros de viaje estaban en tumbas solitarias, más lejos de su patria que cualquier otro ser humano muerta hasta entonces.

—Ignoro cuánto tiempo lo estuve mirando, aguzando la vista y moviendo el telescopio a medida que Saturno se elevaba por encima de la ciudad. Se hallaba a mil quinientos millones de kilómetros de Nueva York, pero Nueva York lo alcanzaba conmigo.

»Ya le hablé de nuestro hotel; pertenecía a mi madre, pero mi padre lo regentaba..... no muy bien.

Llevaba años perdiendo dinero, y durante toda mi niñez hubo continuas crisis financieras. No quiero censurar a mi padre por la bebida, ya que debía estar medio loco por sus preocupaciones. Y yo había olvidado que debía ayudar al empleado de la recepción...

»De modo que papá me buscó, sumamente inquieto, sin saber nada de mis ensueños. Y me encontró mirando las estrellas en el tejado.

»No era malo... ni podía entender el estudio, la paciencia y el trabajo que se llevaba mi telescopio, ni las maravillas que me había mostrado en el corto tiempo que me serví de él; pero toda mi vida recordaré la rotura de mi primero y último espejo cuando fue aplastado contra el suelo.

No sabía qué decir. Mi inicial resentimiento por aquella interrupción de mi desayuno se había trocado en curiosidad. Presentía que en aquel relato había mucho más de lo que había escuchado; y aún observé algo más. La camarera nos trataba con una deferencia exagerada... y sólo una mínima parte de la misma iba dedicada a mí.

Mi compañero jugueteaba con el azucarero mientras yo esperaba en silenciosa simpatía. Por entonces, experimentaba ya la sensación de que existía un lazo entre nosotros, aunque sin saber exactamente cuál.

—No volví a construir ningún otro telescopio —continúo—. Aparte del espejo, se había roto algo más... algo en mi corazón. Por otra parte, tenía mucho trabajo. Mi vida estaba trastornada por dos hechos. Papá nos había abandonado, dejándome como cabeza de familia. Y habían quitado el Elevado de la Tercera Avenida.

Debió observar mi extrañeza porque sonrió.

—Oh, claro, usted lo ignora. Cuando yo era un niño, había un Metro elevado que pasaba por la Tercera Avenida, entre los edificios, con un ruido terrible, ensuciándolo todo; aquella Avenida era un conjunto de bares, tiendas de préstamo y hoteles baratos... como el nuestro. Todo cambió con la desaparición del Elevado; los solares aumentaron de valor y de repente todos ganamos dinero. Papá no tardó en volver, pero ya era tarde; yo regentaba el negocio. Poco después empecé a extenderme por la ciudad... y después por la nación. Ya no era un soñador, y le cedí a papá uno de mis hoteles más pequeños, donde no podía causar muchos perjuicios.

»Han pasado cuarenta años desde que contemplé Saturno, pero no he olvidado aquella visión, y anoche, sus fotografías volvieron a traerlo a mi memoria. Bien, sólo quería hacerle presente mi agradecimiento.

Hurgó en su cartera y exhibió una tarjeta.

—Espero que me visite cuando vuelva por aquí; y puede estar seguro de que si da otra conferencia asistiré sin falta. Buena suerte... y espero no haberle molestado demasiado.

Se marchó, casi antes de que pudiera decirle adiós. Miré la tarjeta, me la metí en el bolsillo y terminé de desayunar pensativamente.

Cuando firmé la nota al salir de la cafetería, pregunté:

—¿Quién era el caballero que estuvo a mi mesa? ¿El jefe?

La cajera me miró como si yo fuese un retrasado mental.

—Supongo que puede llamarle así, señor —contestó—. Es el propietario de este hotel, aunque nunca lo habíamos visto por aquí. Siempre para en el Ambassador, cuando está en Chicago.

—¿Y posee esto? —indagué sin gran ironía, puesto que ya adivinaba la respuesta.

—Pues sí... Y también —acto seguido enumeró una larga lista de hoteles, incluyendo dos de los mejores de Nueva York.

Me quedé impresionado y algo divertido, ya que era obvio que el señor Perlman había tenido la intención deliberada de conocerme. Aunque de un modo bastante retorcido; naturalmente, a la sazón yo no estaba al corriente de su notable timidez y retraimiento. Desde el principio, nunca se mostró tímido conmigo.

Luego, durante cinco años no volví a verle. (¿O debo mencionar que cuando pedí la cuenta del hotel me respondieron que no debía nada?) En aquellos cinco años realicé mi segundo viaje.

Esta vez sabíamos lo que nos aguardaba, no íbamos a enfrentarnos con algo completamente desconocido. No hubo inquietudes por el combustible, puesto que todo el que podíamos necesitar se hallaba ya en Titán; sólo teníamos que bombear la atmósfera de metano en nuestros tanques y todo saldría bien. Uno tras otro, visitamos los nueve satélites; y luego, fuimos hacia los anillos...

El peligro era escaso, si bien se trataba de una experiencia enervante. El sistema de anillos es muy tenue, con sólo unos treinta kilómetros de espesor. Descendimos hacia él lentamente, con suma prudencia, tras haber armonizado con su ritmo de giro a fin de movernos exactamente a la misma velocidad. Fue como subir a un tiovivo de doscientos cincuenta mil kilómetros de diámetro...

Sin embargo, era un tiovivo fantasmagórico, porque los anillos no son sólidos y es posible mirar a su través. En realidad, desde muy cerca son invisibles; los billones de partículas individuales que los forman se hallan tan espaciadas que lo único que se distingue en su proximidad son ocasionales grupos que van lentamente a la deriva.

Únicamente al mirar a lo lejos, esos innumerables fragmentos se funden en una capa continua, como una tormenta de granizo abatiéndose constantemente sobre Saturno.

Esta frase no es mía, pero es buena. Puesto que cuando introducimos un pequeño fragmento de anillo en la nave, se fundió a los pocos segundos, convirtiéndose en un charco de agua sucia. Algunas personas opinan que estropea la magia saber que los anillos (o el noventa por ciento de ellos) se componen de hielo ordinario. Pero ésta es una actitud estúpida; resultarían lo mismo de maravillosos, igualmente bellísimos, si fuesen de diamante.

Cuando regresé a la Tierra, en el primer año del nuevo siglo, emprendí otra gira de conferencias... más breve, ya que tenía familia y quería estar con ella lo más posible. Esta vez encontré al señor Perlman en Nueva York, cuando di una conferencia en la Universidad de Columbia, para presentar nuestra película: *Explorando Saturno*. (Un título engañoso, puesto que lo más cerca que habíamos estado del planeta eran unos treinta mil kilómetros. Nadie soñaba en aquella época que los hombres descenderían al torbellino que en Saturno es lo más semejante a una superficie planetaria.)

El señor Perlman me aguardaba después de la conferencia; no le reconocí, porque desde nuestra primera entrevista yo había conocido a un millón de personas. Pero cuando se presentó me acordé de todo con tanta claridad que comprendí que me había causado una profunda impresión.

No sé cómo me apartó del gentío; aunque le desagradaban las aglomeraciones de gente, poseía una habilidad extraordinaria para dominar a cualquier grupo cuando lo juzgaba necesario... y después marcharse antes de que sus víctimas intuyesen lo sucedido. Aunque le vi en acción docenas de veces, nunca supe cómo lo hacía.

Bien, media hora más tarde estábamos gozando de una excelente cena en un restaurante exclusivo (suyo, naturalmente). Fue una comida maravillosa, especialmente después del pollo y helado de la gira de conferencias; pero tuve que pagarla a buen precio. Metafóricamente, claro está.

Todas las fotos y los datos recogidos en las dos expediciones a Saturno estaban ya al alcance de todo el mundo, en centenares de reportajes, libros y artículos. El señor Perlman había leído todo el material que no era técnico; pero deseaba algo diferente. Aun entonces, consideré que su interés se debía al hecho de ser un hombre solitario, ya maduro, que intentaba revivir un sueño perdido en su juventud. Estaba acertado, pero esto era sólo una fracción de la verdad.

Deseaba conocer algo que ningún reportaje o artículo había dado. Quería saber cuál era la sensación al despertarse por la mañana y divisar aquel globo enorme y dorado con sus anillos neblinosos dominando el cielo. Y los anillos en sí..., ¿qué impacto causaban en la mente humana, cuando estaban tan cerca que llenaban el cielo de un extremo a otro?

—Usted necesita un poeta, no un ingeniero —dije—. Pero le diré una cosa; por mucho que se contemple Saturno, por mucho que se vuele entre sus satélites, uno nunca acaba de creerlo. Frecuentemente, uno piensa: «Todo es un sueño..., una cosa que *no puede* ser real.» Y uno acude al mirador más próximo... y se queda sin respiración.

«Porque hay que recordar que, aparte de nuestra proximidad, nosotros podíamos distinguir los anillos desde ángulos y posiciones imposibles desde la Tierra, donde siempre se les ve vueltos hacia el Sol. Podíamos trasladarnos a su sombra, desde donde ya no relucen como la plata, sino que forman como una neblina resplandeciente, como un puente de humo a través de las estrellas.

»Y casi constantemente veíamos la sombra de Saturno a través de toda la extensión de los anillos, eclipsándolos tan por completo que parecía como si les hubieran arrancado un enorme bocado. También podía considerarse de otro modo: en el lado del planeta iluminado por el Sol, siempre se veía la sombra de los anillos corriendo como una franja polvorienta y paralela al ecuador, no muy lejos del mismo.

»Por encima de todo, aunque esto sólo lo hicimos algunas veces, podíamos elevarnos más arriba de los polos del planeta y contemplar el maravilloso sistema que estaba desplegado ante nosotros. Luego, podíamos ver cómo, en vez de los cuatro anillos visibles desde la Tierra, había al menos una docena, fundiéndose unos en otros. Al divisar esta maravilla, el comandante de la nave hizo una observación que nunca olvidaré:

»—Este lugar —y en sus palabras no había el menor rastro de sarcasmo— es donde los ángeles han aparcado sus halos.

Todo esto y mucho más le conté al señor Perlman en aquel pequeño, pero sumamente costoso restaurante situado al sur del Central Park. Cuando terminé pareció muy complacido, aunque permaneció callado unos minutos. Luego, de forma tan casual como si preguntase a qué hora sale un tren, preguntó:

—¿Cuál sería el mejor satélite para fundar una estación turística?

Cuando comprendí el significado de la pregunta estuve a punto de ahogarme con mi coñac centenario.

—Oiga, señor Perlman —contesté con paciencia y cortesía (al fin y al cabo, la comida había sido deliciosa)—, sabe tan bien como yo que Saturno está a mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra, aproximadamente; a muchos más cuando ambos planetas se hallan en oposición con respecto al Sol.

Alguien calculó que el viaje de ida y vuelta costaría siete millones y medio de dólares por barba... y, créame, ni en el *Endeavour I* ni en el *II* hay billetes de tercera. Además, por mucho dinero que posea, nadie adquirirá un billete para ir a Saturno. Sólo los científicos y las tripulaciones espaciales irán allí, al menos durante mucho tiempo.

Comprendí que mis palabras no le causaban efecto; se limitó a sonreír, como si estuviese enterado de un secreto ignorado por mí.

—Lo que usted dice es verdad *ahora* —repuso—, pero yo he estudiado la historia. Y comprendo a la gente... Claro, es mi oficio. Bien, permítame recordarle algunos hechos.

»Hace dos o tres siglos, casi todos los grandes centros turísticos, los bellos lugares, se hallaban tan lejos de la civilización como hoy día Saturno lo está de nosotros. ¿Qué sabía, por ejemplo, Napoleón, del Gran Cañón, las cataratas del Victoria en África, Hawái, el Monte Everest? Y piense en el Polo Sur... Cuando mi padre era niño llegó allí la primera expedición... y ahora, hace ya años, hay un gran hotel.

»Todo empieza de nuevo. Usted sólo puede apreciar los problemas y las dificultades, porque está demasiado cerca de ellos. Pero los hombres los vencerán, como hicieron siempre.

»Donde hay algo nuevo o extraño, la gente quiere conocerlo. Los anillos de Saturno son el mayor espectáculo del universo conocido; siempre lo he creído, y usted ha acabado de convencerme. Hoy día cuesta una fortuna llegar allá, y los que vayan ponen sus vidas en peligro. Lo mismo hicieron los primeros hombres que volaron... y actualmente hay en el aire millones de pasajeros cada segundo del día y de la noche.

»Lo mismo ocurrirá con el espacio. No sucederá en diez años ni tal vez en veinte. Pero recuerde que sólo tardaron veinticinco años en iniciar los vuelos comerciales a la Luna. No creo que con Saturno tarden tanto...

»Yo ya no viviré para verlo..., pero cuando suceda, quiero que la gente me recuerde. De modo que..., ¿dónde podría construir?

Seguía pensando que estaba loco, pero al menos empezaba a comprender su objetivo. Y no había ningún mal en seguirle la corriente, de modo que medité el caso.

—Mimas está muy cerca —reflexioné—, lo mismo que Enceladus y Tetis... —No me importa confesar que esos nombres resultaban difíciles después de tanto coñac—. Saturno llena el cielo, y parece que se vaya a desplomar sobre uno. Además, no son bastante sólidos, sólo son grandes bolas de nieve. Dione y Rhea son mejores, y desde ambos satélites la vista es magnífica. Pero todas estas lunas interiores son muy pequeñas; incluso Rhea sólo tiene mil doscientos kilómetros de diámetro, y las otras son menores.

»Creo que no hay donde escoger; tendría que ser en Titán. Es el satélite más terrestre, es un poco mayor que nuestra Luna, y casi tan grande como Marte. También posee una gravedad razonable, casi un quinto de la terrestre, de forma que los huéspedes no flotarían constantemente. Y además sería un buen punto para repostar el combustible a causa de su atmósfera de metano, factor de importancia en sus cálculos. Toda nave con destino a Saturno tendrá que recalar allí.

—¿Y las lunas exteriores?

—Oh Hiperión, Yapeto y Foebe están demasiado lejos. Hay que aguzar la vista para divisar los anillos desde Foebe. Olvídense de ellas. Y quédese con el viejo Titán. Aunque la temperatura sea de doscientos grados bajo cero y la nieve amoniacal no resulte práctica para el deporte del esquí, es el único satélite con posibilidades.

Me escuchó con suma atención, y si pensó que me estaba burlando de sus ideas anticientíficas y nada prácticas, no lo demostró. Poco después nos separamos (no recuerdo nada más de aquella comida), y al menos transcurrieron quince años antes de volver a encontrarnos. En todo aquel tiempo no me necesitó, al parecer; pero cuando tuvo precisión de mí, me llamó.

Ahora sé lo que esperaba; su visión fue mucho más clara que la mía. No pudo adivinar, claro está, que el cohete tendría una vida más efímera que el barco a vapor, y que se extinguiría antes de un siglo de su nacimiento..., pero sabía que se inventaría algo mejor, y creo que fue él quien financió los primeros ensayos de Saunderson sobre el Impulso Paragravital. Pero hasta que empezaron a construir las plantas de fusión no se logró calentar doscientos kilómetros cuadrados de un mundo tan helado como Plutón, y fue entonces cuando me llamó.

Era entonces un hombre riquísimo, moribundo. Me contaron cuál era su fortuna y apenas pude creerlo. No lo creí, en efecto, hasta que me enseñó los elaborados planes y los bellísimos modelos que sus expertos habían preparado con tan lamentable falta de publicidad.

Estaba sentado en un sillón de ruedas, como una momia arrugada, estudiando mi rostro mientras yo examinaba los modelos y sus copias.

—Capitán —murmuró—, tengo un empleo para usted...

Y aquí estoy. Es como gobernar una nave espacial, claro..., pues muchos de los problemas técnicos son idénticos. Y a la sazón era ya demasiado viejo para mandar una nave, de modo que, como es natural, le estoy muy agradecido al señor Perlman.

Ciencia Ficción - Selección 28

Ahora suena el gong. Si las damas están dispuestas, sugiero que bajemos al comedor a través del Salón de Observación.

Aun al cabo de tantos años, me sigue gustando contemplar la salida de Saturno... y esta noche estará casi en su fase llena.

CRIMEN EN MARTE

Arthur C. Clarke

Se ha señalado a menudo la afinidad entre Clarke y Asimov: ambos son divulgadores científicos de renombre tanto o más que autores de SF, y a menudo tratan temas similares con planteamientos parecidos. Crimen en Marte es un relato de SF policíaca que muy bien podría estar firmado por Asimov y servir de tema de conversación en uno de los banquetes mensuales de los Viudos Negros.

—En Marte hay poca delincuencia —observó el inspector Rawlings con tristeza—. En realidad, éste es el motivo principal de que regrese al Yard. De quedarme aquí más tiempo, perdería toda mi práctica.

Estábamos sentados en el salón del observatorio principal del espacio puerto de Phobos, mirando las grietas reseca por el sol de la diminuta luna de Marte. El cohete transbordador que nos había traído desde Marte se había marchado diez minutos antes y ahora iniciaba la larga caída hacia el globo color ocre que colgaba entre las estrellas. Media hora más tarde, subiríamos a la nave espacial en dirección a la Tierra..., planeta en el que la mayoría de pasajeros nunca habían puesto los pies, si bien aún lo llamaban, «su patria».

—Al mismo tiempo —continuó el inspector—, de vez en cuando se presenta un caso que presta interés a la vida. Usted, señor Macear, es tratante en arte, y estoy seguro que habrá oído hablar de lo ocurrido en la Ciudad del Meridiano hace un par de meses.

—No creo —dijo el individuo regordete y de tez olivácea al que había tomado por otro turista de regreso.

Por lo visto, el inspector ya había examinado la lista de pasajeros; me pregunté qué sabría de mí y traté de tranquilizar mi conciencia, diciéndome que estaba razonablemente limpia. Al fin y al cabo, todo el mundo pasaba algo de contrabando por la aduana de Marte...

—La cosa se acalló —prosiguió el inspector—, pero hay asuntos que no pueden mantenerse en secreto largo tiempo. Bien, un ladrón de joyas de la Tierra intentó robar del Museo de Meridiano el mayor de los tesoros... la Diosa Sirena.

—¡Eso es absurdo! —objeté—. Naturalmente, no tiene precio, pero no es más que un pedazo de roca arenisca. Lo mismo podrían querer robar *La Monna Lisa*.

—Eso ya ha ocurrido también —sonrió sin alegría el inspector—. Y tal vez el motivo fuese el mismo. Hay coleccionistas que pagarían una fortuna por tal objeto, aunque sólo fuese para contemplarlo en secreto. ¿No está de acuerdo, señor Macear?

—Muy cierto —aseguró el experto en artes—. En mi profesión, hallamos a toda clase de chiflados.

—Bien, ese individuo, que se llama Danny Weaver, debía recibir una buena suma por el objeto. Y a no ser por una fantástica mala suerte, habría llevado a cabo el robo.

El sistema de altavoces del espacio puerto dio toda clase de excusas por un leve retraso debido a la última comprobación del combustible, y pidió a varios pasajeros que se presentasen en Información. Mientras esperábamos que callase la voz, recordé lo poco que sabía de la Diosa Sirena. Aunque no había visto el original, llevaba una copia, como la mayoría de turistas, en mi equipaje. El objeto llevaba el certificado del Departamento de Antigüedades de Marte, garantizando que «se trata de una reproducción a tamaño natural de la llamada Diosa Sirena, descubierta en el mar Sirenium por la Tercera Expedición, en 2012 después de Cristo (23 D. M.).»

Era raro que un objeto tan pequeño causara tantas discusiones. Medía poco más de veinte centímetros de altura, y nadie miraría el objeto dos veces de hallarse en un museo de la Tierra. Se trataba de la cabeza de una joven, de rasgos levemente orientales, con el cabello rizado en abundancia cerca del cráneo, los labios entreabiertos en una expresión de placer o sorpresa... y nada más.

Pero se trataba de un enigma tan misterioso que había inspirado un centenar de sectas religiosas, haciendo enloquecer a varios arqueólogos. Ya que una cabeza tan perfectamente humana no podía ser hallada en Marte, cuyos únicos seres inteligentes eran crustáceos...

«langostas educadas», como los llamaban los periódicos. Los aborígenes marcianos nunca habían inventado el vuelo espacial, y su civilización desapareció antes de que el hombre apareciera sobre la Tierra.

Sin duda, la Diosa es ahora el misterio Número Uno del sistema solar. Supongo que la respuesta no la obtendrán durante mi existencia..., si llegan a obtenerla.

—El plan de Danny era sumamente simple —prosiguió el inspector—. Ya saben ustedes lo muertas que quedan las ciudades marcianas en domingo, cuando se cierra todo y los colonos se quedan en casa para ver la televisión de la Tierra. Danny confiaba en esto cuando se inscribió en el hotel de Meridiano Oeste, la tarde del viernes. Tenía el sábado para recorrer el museo, un domingo solitario para robar, y el lunes por la mañana sería otro de los turistas que saldrían de la ciudad...

»A primera hora del domingo cruzó el parque, pasando al Meridiano Este, donde se alza el museo. Por si no lo saben, la ciudad se llama del Meridiano porque está exactamente en el grado 180 de longitud; en el parque hay una gran losa con el Primer Meridiano grabado en ella, para que los visitantes puedan ser fotografiados de pie en los dos hemisferios a la vez. Es asombroso cómo estas niñerías divierten a la gente.

»Danny pasó el día recorriendo el museo como cualquier turista decidido a aprovecharse del valor de la entrada. Pero a la hora de cierre no se marchó, sino que se escondió en una de las galerías no abiertas al público, donde estaban disponiendo una reconstrucción del período del Último Canal, que por falta de dinero no habían terminado. Danny se quedó allí hasta medianoche, por si todavía había en el edificio algún investigador entusiasta. Luego abandonó el escondite y puso manos a la obra.

—Un momento —le interrumpí—. ¿Y el vigilante nocturno?

—¡Mi querido amigo! En Marte no existen esos lujos. Ni siquiera hay señal de alarma en el museo porque, ¿quién quiere robar trozos de piedra? Ciertamente, la Diosa estaba encerrada en una vitrina de metal y cristal, por si algún cazador de recuerdos se entusiasmaba con ella. Pero aun en el caso de ser robada, el ladrón no podría ocultarla en ninguna parte, y, claro está, todo el tranco de entrada y salida de Marte sería registrado.

Esto era exacto. Yo había pensado en términos de la Tierra, olvidando que cada ciudad de Marte es un pequeño mundo cerrado por debajo del campo de fuerzas que la protege del casi vacío congelador. Más allá de las protecciones electrónicas existe sólo el vacío altamente hostil del exterior marciano, donde un hombre sin protección moriría en pocos segundos.

Y esto facilita las leyes de seguridad.

—Danny poseía una serie de herramientas excelentes, tan especializadas como las de un relojero. La principal era una microsierra no mayor que un soldador, con una hoja sumamente delgada, impulsada a un millón de ciclos por segundo, gracias a un motor ultrasónico. Cortaba el cristal o el metal como mantequilla... y sólo dejaba el corte del espesor de un cabello. Lo importante para Danny era no dejar rastro de su labor.

»Ya habrán adivinado cómo pensaba operar. Cortaría la base de la vitrina y sustituiría el original por una de las copias de la Diosa. Tal vez transcurriesen un par de años antes de que un experto descubriera la verdad, y entonces el original ya estaría en la Tierra, disimulado como una copia, con un certificado de autenticidad. Listo, ¿en?

»Debió ser algo espantoso trabajar en aquella galería a oscuras, con todos aquellos pedruscos de millones de años de antigüedad, todos aquellos inexplicables artefactos a su alrededor. En la Tierra, un museo ya es bastante siniestro de noche, pero... es *humano*.

Y la Galería Tres, donde está la Diosa, resulta especialmente inquietante. Está llena de bajorrelieves con animales increíbles luchando entre sí; parecen avispas gigantes, y la mayoría de paleontólogos niegan que hayan existido alguna vez. Pero, imaginarios o no, pertenecieron a este mundo, y no trastornaron tanto a Danny como la Diosa, que le miraba a través de las edades, desafiándole a que explicara la presencia de ella allí. Y esto le daba escalofríos. ¿Cómo lo sé? El me lo confesó.

«Danny empezó a trabajar con la vitrina con el mismo cuidado con que un diamantista se dispone a cortar una gema. Tardó casi toda la noche en rajarse la trampilla, y amanecía cuando descansó, guardándose la microsierra. Aún faltaba mucho que hacer, pero la parte más penosa había terminado. Colocar la copia en la vitrina, comprobar su aspecto con las fotos que llevaba consigo y ocultar todas las huellas le ocuparía gran parte del domingo, pero esto no le inquietaba en absoluto. Le quedaban otras veinticuatro horas y recibiría con agrado la llegada de los primeros visitantes del lunes, momento en que podría mezclarse con ellos y salir de allí.

»Fue un tremendo golpe para su sistema nervioso, por tanto, cuando a las ocho y media abrieron las enormes puertas y el personal del museo, ocho en total, se dispusieron a iniciar el día de trabajo. Danny corrió hacia la salida de emergencia, abandonándolo todo: herramientas, la Diosa..., todo.

»Y se llevó otra enorme sorpresa al verse en la calle; a aquella hora debía estar completamente desierta, con todo el mundo en casa leyendo los periódicos dominicales. Pero he aquí que los habitantes de Meridiano Este se encaminaban hacia las fábricas y oficinas, como en cualquier día normal de trabajo.

»Cuando el pobre Danny llegó al hotel ya le aguardábamos. No hacía falta ser un lince para comprender que sólo un visitante de la Tierra, y uno muy reciente, había pasado por alto el hecho que constituye la fama de la Ciudad del Meridiano. Y supongo que ustedes ya lo habrán adivinado.

—Sinceramente, no —objeté—. No es posible visitar todo Marte en seis semanas, y nunca pasé del Syrtis Mayor.

—Pues es sumamente sencillo, aunque no podemos censurar excesivamente a Danny, puesto que incluso los habitantes del planeta caen ocasionalmente en la misma trampa. Es una cosa que no nos preocupa en la Tierra, donde hemos solucionado el problema con el océano Pacífico. Pero Marte, claro está, carece de mares; y esto significa que *alguien* se ve obligado a vivir en la Línea de Fecha Internacional...

»Banny planeó el robo desde Meridiano Oeste... Y allí era domingo, claro... y seguía siendo domingo cuando lo atrapamos en el hotel. Pero en el Meridiano Este, a menos de un kilómetro de distancia, sólo era sábado. ¡El pequeño cruce del parque era toda la diferencia! Repito que fue mala suerte.

Hubo un largo momento de silencio.

—¿Cuánto le largaron? —inquirí al fin.

—Tres años —repuso el inspector.

—No es mucho.

—Años de Marte..., casi seis de los nuestros. Y una multa que, por exacta coincidencia, es exactamente el precio del billete de regreso a la Tierra. Naturalmente, no está en la cárcel..., pues en Marte no pueden permitirse tales gastos. Danny tiene que trabajar para vivir, bajo una vigilancia discreta. Les dije que el museo no podía pagar a un vigilante nocturno, ¿verdad? Bien, ahora tiene uno. ¿Adivinan quién?

—¡Todos los pasajeros dispónganse a subir a bordo dentro de diez minutos! ¡Por favor, recojan sus maletas! —ordenó el altavoz.

Cuando empezamos a avanzar hacia la puerta, me vi impulsado a formular otra pregunta:

—¿Y la persona que contrató a Danny? Debía respaldarle mucho dinero. ¿Le atraparon?

—Aún no; la persona, o personas, han borrado las huellas completamente, y creo que Danny dijo la verdad al declarar que no podía darnos ninguna pista. Bien, ya no es mi caso. Como dije, regreso al Yard. Pero un policía siempre tiene los ojos bien abiertos... como un experto en arte, ¿eh, señor Macear? Oh, parece haberse puesto un poco verde en torno a las branquias. Tómese una de mis tabletas contra el mareo espacial.

—No, gracias —repuso el señor Macear—, estoy muy bien.

Su tono era desabrido; la temperatura social parecía haber descendido por debajo de cero en los últimos minutos. Miré al señor Macear y al inspector. Y de pronto comprendí que la travesía sería muy interesante.

MEDIDA DE SEGURIDAD

Arthur C. Clarke

Para quien no lo sepa, la anécdota sobre un escritor de SF y la bomba atómica que se cita en este relato es absolutamente cierta. Así que no se sorprendan demasiado por lo que van a leer a continuación.

Se dice a menudo que en nuestra época de líneas de ensamblaje, cintas de montaje y producción en masa no hay sitio para el artesano individual para el artista en madera o metal que fabricó tantos tesoros de tiempos pasados. Como la mayoría de las generalizaciones, ésta simplemente no es verdad. Dicho artista es más raro hoy, pero no está extinguido. A menudo tiene que cambiar su vocación, pero, de manera modesta, todavía existe. Incluso se le puede encontrar en la isla de Manhattan, si se le sabe buscar. Donde los alquileres son bajos y no existen las regulaciones contra incendios, puede descubrirse su diminuto y atestado taller en los sótanos de las casas de apartamentos o en las plantas superiores de tiendas abandonadas. Tal vez no construya ya violines, relojes de cuco o cajitas de música, pero emplea la misma destreza de siempre, y nunca crea dos objetos exactamente iguales. No desprecia la mecanización, por lo que debajo de los restos de su banco de trabajo pueden encontrarse varias herramientas eléctricas. El artesano ha progresado con la época: el hombre que ejecuta extrañas labores, el hombre universal que nunca sabe cuándo fabrica una obra de arte, siempre está presente por doquier.

El taller de Hans Muller era una amplia sala situada al fondo de un almacén abandonado, a poco más de un tiro de piedra del puente de Queensborough. La mayor parte de edificio había sido vallado en espera de la demolición, y más pronto o más tarde Hans tendría que trasladarse. Sólo se podía entrar allí atravesando un patio lleno de hierbajos, que durante el día utilizaban como aparcamiento y por la noche era frecuentado por delincuentes juveniles. Estos nunca le habían causado molestias a Hans, ya que jamás los denunciaba a la policía cuando los agentes efectuaban sus búsquedas periódicas. La policía comprendía la posición de Hans y no le presionaba, de manera que el artesano se llevaba bien con todo el mundo. Como era un ciudadano pacífico, esto le convenía mucho.

El trabajo en que Hans se hallaba ocupado en aquellos momentos habría intrigado profundamente a sus antepasados bávaros. Y todo empezó porque un cliente arruinado le entregó un televisor en pago a unos servicios prestados...

Hans aceptó el televisor de mala gana, no porque fuese un individuo anticuado a quien no gustaba la televisión, sino porque sabía que le faltaba tiempo para contemplar los programas. Sin embargo, pensó que siempre le quedaba el recurso de vender el aparato por cincuenta dólares. Pero antes, quiso saber qué tal eran los programas...

Su mano se dirigió al botón; la pantalla se llenó con figuras móviles... y, como millones de hombres antes que él, Hans estuvo perdido. Entró en un mundo que ignoraba existiese, un mundo de naves espaciales de combate, de planetas exóticos, de razas extrañas...; en resumen: el mundo del Capitán Zipp, comandante de la Legión Espacial.

Sólo cuando el aburrido parlamento sobre *Crunche*, el Cereal Maravilloso, hubo dado paso a un combate de boxeo casi igual de aburrido entre dos tipos musculosos que parecían haber firmado un pacto de no agresión, se desvaneció la magia. Hans era un hombre simple. Siempre le habían entusiasmado los cuentos de hadas... y éste era un cuento de hadas moderno, con unos detalles que los hermanos Grimm ni siquiera habían soñado. De modo que Hans no vendió el televisor.

Transcurrieron varias semanas antes de que se esfumase su gozo ingenuo, falto de críticas. Lo primero que empezó a molestar a Hans fue el mobiliario y el decorado general del mundo del futuro. El era, como se ha indicado, un artista, y se negaba a creer que en cien años escasos el gusto se deteriorase tanto como los fabricantes del *Crunche* parecían creer. También le asqueaban las armas que usaban el Capitán Zipp y sus enemigos. Cierto

que Hans no pretendía entender los principios en que se fundaba el Desintegrador de Protones Portátil, pero, si bien funcionaba, no existía el menor motivo para que fuese tan *feo*: Tampoco eran convincentes las ropas y los interiores de la nave espacial. ¿Cómo lo sabía? Siempre había poseído un sentido altamente desarrollado de la armonía de las cosas, y el mismo podía incluso extenderse al campo de la novela.

Ya se ha dicho que Hans era un hombre simple. También era listo y sabía que en la televisión se gana dinero. De modo que se sentó y empezó a dibujar.

Aunque el productor del Capitán Zipp no hubiese perdido la paciencia con su escenógrafo, las ideas de Hans Muller ciertamente le habrían interesado. Poseían una autenticidad y un realismo fuera de serie. Estaban totalmente libres del elemento de falsedad que incluso empezaba a fastidiar a los seguidores más juveniles de las aventuras del Capitán Zipp. Y el productor contrató a Hans en el acto.

Sin embargo, el artista impuso sus condiciones. Trabajaba en ello por afición, a pesar de que ganase más dinero del que había visto en toda su vida. No quería ayudantes, y continuaría en su pequeño taller. Lo único que deseaba era producir modelos, es decir, los dibujos básicos. La producción en masa debía tener lugar en otra parte; él era un artífice, no una fábrica.

Este arreglo surtió efecto. El Capitán Zipp se había modificado hacía más de seis meses y era la preocupación primordial de todas las obras rivales sobre el espacio. Este, según opinaban sus televidentes, no era un simple serial del futuro. *Era* el futuro, respecto a esto no había discusión. Incluso los actores parecían inspirados por el nuevo ambiente, y fuera del plato solían comportarse como los viajeros del tiempo del siglo xx extraviados en la época victoriana, situación denigrante porque ya no tenían acceso a los aparatos que siempre habían formado parte de su existencia.

Pero Hans no estaba enterado de esto. Trabajaba completamente recluido, negándose a ver a nadie, exceptuando al productor, ejecutando todos sus negocios por teléfono... y contemplando el resultado final para asegurarse de que no habían mutilado sus ideas. La única señal de su relación con el mundo levemente fantástico de la televisión comercial era un cajón de *Crunches* en un rincón del taller. Había recibido aquel regalo para el desayuno de parte del agradecido presentador del producto y afortunadamente Hans había recordado a tiempo que no le pagaban para comerse aquella bazofia.

Un domingo por la noche trabajaba hasta tarde, haciendo los últimos retoques a un nuevo casco espacial, cuando de pronto comprendió que no estaba solo. Se volvió lentamente, de cara a la puerta. Había estado cerrada... entonces, ¿cómo se había abierto con tanto silencio? En el umbral se hallaban dos individuos de pie, inmóviles, contemplándole. Hans sintió que el corazón le subía a la garganta, y trató de reunir todo su valor para enfrentarse con ellos. Al menos, pensó, por suerte tenía muy poco dinero en el taller. Luego se preguntó si, bien pensado, esto sería conveniente. Tal vez se enfadasen...

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. ¿Qué hacen aquí?

Uno de los hombres avanzó hacia él, mientras el otro continuaba de vigilancia a la puerta. Los dos recién llegados llevaban abrigos nuevos, con los sombreros bajados hasta la frente, de forma que Hans no lograba ver sus rostros. Pensó que iban muy bien vestidos para ser ladrones.

—No se alarme, señor Muller —dijo el que se acercaba, leyendo sus pensamientos sin dificultad—. No se trata de un atraco. Esto es oficial. Pertenece a... la Seguridad.

—No comprendo.

El otro sacó una cartera que llevaba debajo del abrigo y extrajo un mazo de fotografías.

—Ah, nos ha causado graves trastornos, señor Muller. Hemos tardado dos semanas en localizarle. Eran tan reservados sus clientes... Sin duda estaban ansiosos por ocultarle los rivales. Sin embargo, aquí estamos ya y nos gustaría que contestase a algunas preguntas.

—¡No soy ningún espía! —se indignó Hans, al comprender el significado de aquellas palabras—. ¡Ustedes no pueden obligarme! ¡Yo soy un leal ciudadano de Estados Unidos!

El otro ignoró el estallido. Le entregó una foto a Hans.

—¿Reconoce esto?

—Sí, es el interior de la nave espacial del Capitán Zipp.

—¿Lo dibujó usted?

—Sí.

De la cartera salió otra fotografía.

—¿Y esto?

—Es la ciudad marciana de Paldar, vista desde el aire.

—¿Y esto?

—Oh, es el cañón de protones. Me siento orgulloso del mismo.

—Diga, señor Muller..., ¿son tuyas estas ideas?

—Sí, no se las he copiado ni quitado a nadie.

Su inquisidor se volvió hacia su acompañante y ambos hablaron en voz tan baja que Hans no oyó nada.

—Lo siento —continuó el intruso—. Pero se ha producido una grave filtración. Puede ser accidental..., hum..., hasta inconsciente, pero esto afecta al resultado. Por favor, acompañenos.

Había tal fuerza y autoridad en la voz del desconocido que Hans empezó a ponerse el abrigo sin rechistar. No dudaba de las credenciales de sus visitantes, ni pensó siquiera en pedir pruebas de su identidad. Estaba preocupado, aunque no seriamente alarmado. Claro está, era obvio lo ocurrido. Recordaba el caso de un escritor de ciencia ficción durante la guerra, que describió la bomba atómica con una exactitud desconcertante. Cuando todo se hacía con el mayor sigilo, podían ocurrir estos accidentes. Y ahora se preguntaba qué habría dado a conocer.

Ya en el umbral, se volvió a contemplar su taller.

—Todo es un ridículo error —declaró—. Si presenté algún secreto en el programa, fue una coincidencia. Jamás haría nada que molestara al FBI.

Fue entonces cuando el segundo hombre habló al fin, con un acento inglés pésimo y peculiar.

—¿Qué es el FBI? —preguntó.

Pero Hans ya no le oyó. Se hallaba dentro de la nave espacial.

NO HABRÁ OTRO MAÑANA

Arthur C. Clarke

De vez en cuando Clarke, generalmente muy unitario en su producción narrativa, nos sorprende con un relato sarcástico y/o desenfadado que no parece suyo. En esta sucinta muestra de su obra, no podía faltar una de estas travesuras literarias.

—¡Esto es terrible! —exclamó el Científico Supremo—. ¡Seguramente podremos hacer algo!

—Sí, Su Conocimiento, pero será sumamente difícil. El planeta se halla a más de quinientos años luz, y es difícil mantener el contacto. Sin embargo, creemos poder establecer una cabeza de puente. Por desgracia, no es éste el único problema. Hasta ahora no hemos logrado comunicarnos con esos seres. Sus poderes telepáticos son sumamente rudimentarios... tal vez inexistentes. Y si no podemos hablar con ellos, no podremos ayudarles.

Hubo un largo silencio mental mientras el Científico Supremo analizaba la situación y llegaba, como siempre, a la respuesta correcta.

—Una raza inteligente ha de poseer algunos individuos telepáticos —murmuró—. Tendremos que enviar a cientos de observadores, sintonizados para captar el primer atisbo de pensamiento. Cuando hallen una sola mente sintonizada, que concentren en ella todos sus esfuerzos. Hemos de transmitirles nuestro mensaje.

—Muy bien, Su Conocimiento. Así se hará.

Al otro lado del abismo, al otro lado del golfo que la misma luz tardaba quinientos años en cruzar, los intelectos inquisitivos del planeta Taar extendieron sus tentáculos del pensamiento, buscando desesperadamente a un solo ser humano cuya mente pudiera percibir su presencia. Y, afortunadamente, encontraron a William Cross.

Al menos, en el primer momento lo consideraron una suerte, aunque después ya no estuvieron tan seguros. De todos modos, no les quedaba otra elección. La combinación de circunstancias que abrieron la mente de Bill a ellos sólo duró unos segundos, y no es fácil que vuelvan a ocurrir en este lado de la eternidad.

El milagro constó de tres ingredientes, y es difícil decir si uno fue más importante que el otro. El primero fue el accidente de posición. Un frasco lleno de agua, al incidir encima la luz del sol, puede convertirse en una lente tosca, concentrando la luz en una pequeña zona. A escala muchísimo mayor, el núcleo denso de la Tierra hacía converger las oleadas procedentes de Taar. En la forma ordinaria, la radiación del pensamiento no queda afectada por la materia, ya que aquélla pasa a su través con la misma facilidad con que la luz atraviesa el cristal. Pero en un planeta hay mucha materia, y toda la Tierra actuó como una lente gigantesca. Al parecer, esto situó a Bill en su foco, allí donde los débiles impulsos mentales de Taar se concentraban a centenares.

No obstante, otros millones de hombres estaban igualmente bien situados, pero no recibieron ningún mensaje. Claro que no eran ingenieros de cohetes ni habían pasado años pensando y soñando con el espacio, hasta formar esta idea parte de su propio ser.

Ni estaban, como Bill, totalmente borrachos, vacilando ya en el último borde de la conciencia, tratando de escapar de la realidad a un mundo de ensueños donde no existiesen desalientos ni fracasos.

Naturalmente, comprendía la opinión del Ejército.

—A usted le pagan, doctor Cross —había señalado el general Potter con un énfasis inútil—, para planear cohetes, no... ah... naves espaciales. Haga lo que quiera en sus horas libres, pero he de rogarle que no utilice los instrumentos de nuestro establecimiento para sus caprichos. A partir de ahora, yo mismo comprobaré todos los proyectos de la sección de cálculo. Nada más.

Naturalmente, no podían despedirle; era demasiado importante. Pero él no estaba seguro de querer quedarse. En realidad, no estaba seguro de nada, salvo del trabajo que le

habían asignado y de que Brenda se había largado definitivamente con Johnny Gardner... para poner los sucesos en su orden de importancia.

Tambaleándose ligeramente, Bill apoyó la barbilla entre sus manos y miró la pared de ladrillos encalados al otro lado de la mesa. El único intento de adorno era un calendario de la Lockheed, y una foto seis por ocho de un *aeroplan* mostrando el «Li'l Abner Mark I» efectuando un atrevido despegue. Bill miraba tristemente el espacio comprendido entre ambos adornos y vació su mente de todo pensamiento. Las barreras cayeron...

En aquel momento; los intelectos de Taar lanzaron un inaudible grito de triunfo, y el muro que Bill tenía delante se disolvió lentamente en una arremolinada niebla. A Bill le pareció estar mirando dentro de un túnel que se alargaba hasta el infinito. Y esto es lo que hacía en realidad.

Bill estudió el fenómeno con escaso interés. Era una novedad, aunque no llegaba a la altura de alucinaciones anteriores. Y cuando la voz empezó a hablar en su mente, resonó algún tiempo antes de que entendiera algo. Incluso bebido, Bill poseía un prejuicio anticuado respecto a conversar consigo mismo.

—Bill —murmuró la voz—, oye atentamente. Tenemos grandes dificultades para contactar con vosotros y esto es extremadamente importante.

Bill dudaba de esta declaración sobre principios generales. No hay nada tremendamente importante.

—Te hablamos desde un planeta muy distante —prosiguió la voz en tono amistoso—. Tú eres el único ser humano con el que hemos logrado entrar en contacto, de modo que has de comprender lo que decimos.

Bill se sintió algo inquieto, aunque de manera impersonal, puesto que ahora la resultaba más difícil concentrarse en sus propios problemas. A veces uno está muy grave si empieza a oír voces. Bueno, era mejor no excitarse. «Doctor Cross, se dijo, puedes tomarlo o dejarlo. Lo tomaré hasta que resulte molesto.»

—De acuerdo —repuso con indiferencia—. Adelante, hálame. Aunque sea largo, siempre que resulte interesante.

Hubo una pausa. Luego, la voz continuó en forma algo preocupada.

—No entendemos. Nuestro mensaje no es sólo interesante. Es vital para toda vuestra raza y debes notificarlo inmediatamente a tu gobierno.

—Estoy esperando —asintió Bill—. Esto me ayuda a pasar el tiempo.

A quinientos años luz de distancia, los taars conferenciaron apresuradamente entre sí. Parecía pasar algo intempestivo, pero ignoraban exactamente qué era. No había duda de que habían establecido contacto, mas no era ésta la reacción que esperaban. Bien, no tenían más remedio que proseguir y esperar lo mejor.

—Escucha, Bill. Nuestros científicos han descubierto que vuestro sol está a punto de estallar. Esto sucederá dentro de tres días a partir de hoy... dentro de setenta y cuatro horas, para ser exactos. Nada puede impedirlo. Pero no tenéis que alarmaros. Nosotros podemos salvaros, si hacéis lo que diremos.

—Adelante —repitió Bill.

La alucinación era ingeniosa.

—Podemos crear lo que se llama un puente... una especie de túnel a través del espacio, como éste por el que ahora miras. Es difícil explicar una teoría tan complicada, incluso para uno de tus matemáticos.

—¡Un momento! —protestó Bill—. Yo soy matemático, terriblemente bueno, incluso cuando estoy sereno. Y he leído todas estas cosas en las revistas de ciencia ficción. Supongo que te refieres a cierta clase de atajo a través de una dimensión más elevada del espacio. Esto ya era viejo, en la época anterior a Einstein.

En la mente de Bill se introdujo una sensación de enorme sorpresa.

—No sabíamos que estuvierais tan avanzados científicamente —respondieron los taars—. Pero ahora no hay tiempo para discutir esa teoría. Sólo esto importa: si te introdujeses por la abertura que hay delante de ti, instantáneamente te hallarías en otro planeta. Como dijiste, es un atajo, en este caso, a través de la dimensión treinta y siete.

—¿Y esto conduce a vuestro mundo?

—Oh, no, no podrías vivir aquí. Pero en el universo hay muchos planetas como la Tierra, y hemos hallado el que os conviene. Estableceremos cabezas de puente como ésta en toda la Tierra, de modo que la gente sólo tendrá que entrar en ellas para salvarse. Claro está, tendrán que volver a forjar una civilización en su nueva patria, pero ésta es su única esperanza. Tienes que transmitir este mensaje y decirles qué han de hacer.

—Ya les veo escuchándome —rezongó Bill—. ¿Por qué no habláis vosotros con el Presidente?

—Porque sólo hemos podido entrar en contacto con tu mente. Las otras están cerradas para nosotros, aunque no entendemos por qué.

—Yo podría contároslo —repuso Bill mirando la botella vacía que tenía delante.

Ciertamente, valía lo que costaba. ¡Qué notable era la mente humana! Naturalmente el diálogo no era original, y era fácil ver de dónde procedía la idea. La semana anterior había leído un relato sobre el fin del mundo, y todos estos pensamientos respecto a puentes y túneles a través del espacio era sólo una compensación para todo aquel que llevaba cinco años luchando con los recalcitrantes cohetes.

—Si el sol estalla —preguntó Bill bruscamente, tratando de pillar por sorpresa a su alucinación—, ¿qué sucederá?

—Vuestro planeta se fundirá instantáneamente. En realidad, todos los planetas hasta Júpiter.

Bill tuvo que admitir que ésta era una concepción grandiosa. Dejó que su cerebro jugara con la idea y, cuanto más la consideraba, más le gustaba.

—Mí querida alucinación —observó piadosamente—, si te creyese, ¿sabes qué diría?

—¡Tienes que creernos! —fue el grito desesperado a través de quinientos años luz.

Bill ignoró el grito. Estaba gozando con el tema.

—Te diré una cosa. *Sería lo mejor que podría ocurrir*. Sí, ahorraría muchos pesares. Nadie tendría que preocuparse por los rusos, la bomba atómica o el elevado índice de la vida. ¡Oh, sería maravilloso! Es justamente lo que todos anhelan. Gracias por habérselo dicho, y ahora vuélvete a casita y llévate ese puente.

En Taar reinó la consternación. El cerebro del Científico Supremo, flotando como una gran masa de coral en su tanque de solución nutritiva, amarilleó ligeramente por los bordes... cosa que no había ocurrido desde la invasión Xantil, cinco mil años atrás. Al menos quince psicólogos sufrieron desquiciamientos nerviosos, y jamás se recuperaron. La principal computadora de la Facultad de Cosmofísica empezó a dividir cada número de sus circuitos de memoria por cero, y no tardó en estropear todos sus fusibles.

Y en la Tierra, Bill Cross exponía sus puntos de vista.

—Mírame —decía apuntando su pecho con un dedo vacilante—. He pasado muchos años intentando construir cohetes que fuesen útiles para algo, y ahora me dicen que sólo puedo diseñar proyectiles dirigidos, a fin de poder destruirnos unos a otros. El Sol podrá, entonces, hacerlo mejor y más de prisa, y si nos entregaras otro planeta, volveríamos a empezar con el mismo afán destructor.

Hizo una triste pausa, acariciando sus morbosos pensamientos.

—Y Brenda se ha marchado de la ciudad sin dejarme ni una nota. De modo que has de perdonar mi falta de entusiasmo por tu amable oferta.

Bill comprendió que no podía pronunciar la palabra «entusiasmo», en voz alta. Pero aún podía pensarla, lo cual era un interesante descubrimiento científico. A medida que se emborrachara tal vez sólo acertase a pensar palabras monosílabas.

En un intento final, los taars enviaron sus pensamientos por el túnel formado entre las estrellas.

—¡No puedes hablar en serio, Bill! ¿Todos los seres humanos son como tú?

Vaya, una pregunta filosófica muy interesante. Bill la consideró atentamente... o al menos con la atención de que era capaz en vista del cálido y rosado resplandor que empezaba a envolverle. Al fin y al cabo, las cosas podrían ser peores. Podía hallar un nuevo empleo, aunque sólo fuese por el placer de decirle al general Potter lo que podía hacer con sus tres estrellas. Y en cuanto a Brenda... bueno, las mujeres eran como los tranvías: cada minuto pasa uno.

Pero lo mejor era que había una segunda botella de whisky en el cajón de MAXIMO SECRETO. ¡Oh, maravilloso día! Se puso en pie con dificultad y se tambaleó por la habitación.

Por última vez, los intelectos de Taar se comunicaron con la Tierra.

—¡Bill! ¡Todos los seres humanos no pueden ser como tú!

Bill se volvió hacia el túnel del tiempo. Era extraño... parecía iluminado por puntos estrellados... y era realmente magnífico. Se sintió orgulloso de sí mismo; pocas persona podían imaginar tal cosa.

—¿Como yo? —repitió—. No, no lo son.

Sonrió a través de los años luz, al tiempo que la marea creciente de euforia apagaba su desaliento.

—Pensándolo bien —añadió—, hay muchos individuos mucho peores que yo. Sí, creo que, a pesar de todo, yo aún soy uno de los felices.

Parpadeó levemente sorprendido, ya que el túnel acababa de replegarse sobre sí mismo y allí estaba de nuevo la pared encalada, exactamente igual que siempre. Los taars sabían que estaban derrotados.

—Adiós, alucinación —musitó Bill—. Veamos cómo será la próxima.

En realidad, no hubo ninguna más porque cinco segundos más tarde perdió el conocimiento, mientras estaba marcando la combinación del cajón del archivo.

Los dos días siguientes resultaron vagos e inyectados en sangre, y Bill olvidó todo lo referente a la alucinación.

Al tercer día algo empezó a atosigarle la mente, y hubiera recordado la advertencia de los taars de no haber vuelto Brenda, pidiéndole perdón.

Naturalmente, no hubo un cuarto día.

AVENTURA EN LA LUNA

Arthur C. Clarke

El primer alunizaje del hombre es uno de tantos temas que han salido del dominio de la SF para pasar al de la historia, Pero el hecho de que la primera expedición a la Luna no haya sido como la describe Clarke no resta ni un ápice de su encanto a este relato donde se alternan la poesía y un humor típicamente británico.

I. LA LÍNEA DE SALIDA

El relato de la primera expedición lunar se ha escrito tantas veces que algunas personas dudarán de que quede algo nuevo por decir. Sin embargo, todos los informes oficiales y las versiones de los testigos presenciales, las grabaciones *in situ* y las emisiones radiadas, jamás han dado, en mi opinión, un retrato exacto. En conjunto, explican muchas cosas respecto a los descubrimientos hechos..., pero muy poco sobre los hombres que efectuaron tales descubrimientos.

Como capitán del *Endeavour* y por tanto comandante del equipo inglés, pude observar muchas cosas que no se encuentran en los libros de historia, y algunas (aunque no todas) pueden contarse ya ahora. Espero que algún día mis colegas del *Goddard* y el *Ziolkovski* darán a conocer sus puntos de vista. Pero como el comandante Vandenburg aún está en Marte, y el comandante Krasnin en el interior de la órbita de Venus, habrá que aguardar unos años a que escriban sus memorias.

Se afirma que la confesión es buena para el alma. Ciertamente, me sentiré mucho más dichoso cuando haya contado la verdadera historia del horario del primer vuelo lunar, respecto al cual siempre ha girado un gran misterio.

Como sabe todo el mundo las naves espaciales americana, británica y rusa fueron montadas en la órbita de la Tercera Estación Espacial a setecientos kilómetros sobre la Tierra y sus componentes llegaban mediante relevos de cohetes mercantes. Aunque todas las piezas eran prefabricadas, el montaje y las pruebas de las naves tomaron dos años, tiempo durante el cual muchas personas que no comprendían la complejidad de la tarea empezaron a impacientarse. Había visto docenas de fotos y telefotos de las tres naves flotando en el espacio al lado de la Tercera Estación, aparentemente completas y a punto de alejarse de la Tierra a la primera señal. Lo que las fotos no mostraban era el cuidadoso y aburrido trabajo aún en progreso, a medida que los tubos, los cables, los motores y otros instrumentos eran ajustados y sometidos a todas las pruebas concebibles.

No había fecha fijada para el despegue; como la Luna siempre se halla aproximadamente a la misma distancia, es posible dirigirse a ella en cualquier momento... una vez todo preparado. Prácticamente no existe diferencia, desde el punto de vista del consumo de combustible, entre efectuar un despegue hacia una luna llena o una nueva, o en cualquier momento entre estas dos fases. Todos pusimos mucho empeño en no hacer predicciones sobre el despegue, aunque todo el mundo nos tiraba de la lengua al respecto. Fallan tantas cosas en las naves espaciales, que no queríamos abandonar la Tierra hasta haber comprobado hasta el último detalle.

Siempre recordaré la última conferencia de comandantes a bordo de la Estación Espacial, cuando anunciamos que todos estábamos listos. Como era una aventura en cooperativa, con cada equipo especializado en una tarea particular, se había acordado que todos alunizaríamos dentro de un período de veinticuatro horas, en el sitio preseleccionado del Mare Imbrium. Los detalles del viaje, no obstante, se hallaban a cargo de cada comandante, esperando seguramente que uno no repetiría los errores de los demás.

—Yo estaré dispuesto —declaró el comandante Vandenburg— para efectuar el falso despegue mañana a las 9,00. ¿Y ustedes, caballeros? ¿Debemos pedir al Control terrestre que esté a punto para los tres?

—Por mí, es *O.K.* —asintió Krasnin, que nunca se convenció de que su jerga americana había pasado de moda veinte años atrás.

Asentí a mi vez. Ciertamente que una serie de calibradores de combustible aún no funcionaba debidamente, pero esto no importaba; ya se repararían cuando llenasen los tanques.

El falso despegue era una réplica exacta de uno verdadero, y se llevaba a cabo tal como lo haríamos cuando llegase el momento de la verdad. Naturalmente, ya habíamos hecho lo mismo varias veces en la Tierra, pero ahora se trataba de una imitación perfecta de lo que nos sucedería cuando finalmente nos lanzásemos hacia la Luna. Lo único que faltaría era el rugido de los motores que significaría que el viaje había empezado.

Efectuamos seis simulacros de despegue completos, registramos las partes pieza a pieza para eliminar todo lo que no hubiese funcionado a la perfección, y ejecutamos seis falsos despegues más. La *Endeavour*, la *Goddard* y la *Zolkovski* estaban las tres en el mismo estado de servicio. Ya sólo faltaba llenar los tanques de combustible y todo estaría listo para el viaje.

La expectativa de las últimas horas es algo por lo que no quisiera pasar otra vez. Los ojos del mundo estaban fijos en nosotros; se había fijado el momento de la partida, con un margen de sólo unas horas. Se habían realizado todas las pruebas finales y estábamos convencidos de que nuestras naves estaban a punto dentro de lo humanamente posible.

Fue entonces cuando tuve una llamada por radio urgente y personal, hecha por un alto dirigente, con la sugerencia de que sus palabras estaban apoyadas por una autoridad mucho más alta, por lo que quedó bien claro que la sugerencia era en realidad una orden. Me recordó el dirigente que el primer vuelo a la Luna era una aventura en cooperativa..., pero tenía que pensar en el gran prestigio que supondría el que *nosotros* llegásemos los primeros. Sólo necesitaba llegar con un par de horas de ventaja...

Me asombró esta sugerencia y así lo dije. Por entonces, Vandenburg y Krasnin eran buenos amigos míos, y todos estábamos muy unidos. Di tantas excusas como pude, alegando que puesto que ya se habían computado nuestras travesías de vuelo no era posible introducir ninguna modificación. Cada nave debía hacer el viaje por la ruta más recta a fin de conservar combustible. Si despegábamos juntos llegaríamos juntos, con una diferencia de segundos.

Por desgracia, ya tenían prevista la respuesta a esta objeción. Nuestras tres naves, repostadas y con las dotaciones a bordo, orbitarían la Tierra durante varias horas, a fin de precalentarse, antes de abandonar sus órbitas y encaminarse a la Luna. A nuestra altitud de setecientos cincuenta kilómetros tardábamos noventa y cinco minutos en dar una vuelta a la Tierra, y sólo un instante de cada revolución sería el indicado para iniciar el viaje. Si nosotros emprendíamos el viaje en una sola revolución, los demás tendrían que esperar noventa y cinco minutos más antes de poder seguirnos. Y de esta manera, alunizarían una hora y media más tarde que nosotros...

No contaré toda la discusión y aún me siento un poco avergonzado de haber cedido y accedido a burlar a mis dos colegas. Estábamos en la sombra de la Tierra, en eclipse momentáneo, cuando llegó el momento calculado cuidadosamente. Vandenburg y Krasnin, chicos honrados, pensaban que yo iba a efectuar otro círculo con ellos antes de desviarme hacia la Luna. Pocas veces me he sentido tan avergonzado en toda mi vida que cuando presioné la palanca de disparo y sentí el súbito impulso de los motores que me alejaban de mi planeta madre.

Durante los diez minutos siguientes apenas tuvimos tiempo más que para vigilar los instrumentos, comprobando que la *Endeavour* volaba por la órbita precomputada. Casi en el momento en que finalmente escapábamos de la atracción de la Tierra y pudimos parar

los motores, salimos de la zona en sombra al resplandor del Sol. Ya no tendríamos noche hasta que llegásemos a la Luna, tras cinco días de vuelo fácil y silencioso por el espacio.

La Tercera Estación Espacial y las otras dos naves estarían mil quinientos kilómetros detrás. En ochenta y cinco minutos, Vandenburg y, Krasnin llegarían de nuevo al punto de salida y despegarían, tal como estaba proyectado. Pero nunca podrían adelantarme, y sólo cabía esperar que no estuvieran demasiado enojados cuando nos reuniéramos de nuevo en la Luna.

Hice funcionar la cámara posterior y miré hacia el distante brillo de la Estación Espacial, que emergía de la sombra de la Tierra. Pasaron unos instantes antes de comprender que la *Goddard* y la *Ziolkovski* no estaban flotando donde las había dejado.

No; se hallaban a menos de un kilómetro de distancia, casi a mi misma velocidad. Las contemplé con enorme estupefacción durante un segundo antes de comprender que los tres habíamos tenido la misma idea.

—¡Vaya par de tunantes! —exclamé.

Después me eché a reír tanto tiempo que tardé un poco en llamar al inquieto Control Terrestre, advirtiéndoles que todo se había realizado de acuerdo con el plan. Aunque en modo alguno se trataba del plan anunciado primitivamente.

Todos nos mostramos un poco cohibidos cuando nos interradiamos las mutuas felicitaciones. Aunque creo que, al mismo tiempo, los tres estábamos contentos de que la cosa hubiera tenido este desenlace. Durante el resto del viaje apenas estuvimos separados unos kilómetros, y las maniobras de alunizaje se ejecutaron de forma tan bien sincronizada que nuestros cohetes de freno tocaron la Luna simultáneamente.

Bueno, casi simultáneamente. Por mi parte, podría hacer hincapié en el hecho de que la cinta grabadora demuestra que yo alunicé dos quintos de segundo antes que Krasnin. Pero es mejor no insistir en ello, ya que Vandenburg lo hizo antes que yo exactamente por el mismo margen.

En un viaje de cuatrocientos mil kilómetros, opino que a esto se le puede llamar empate.

2. ROBIN DE LOS BOSQUES EN LA LUNA

Alunizamos al amanecer del largo día lunar, y las oblicuas sombras se extendían en torno a nosotros durante kilómetros a través de la llanura. Se acortarían lentamente cuando el Sol ascendiese más en el cielo, hasta mediodía en que casi se desvanecerían..., pero el mediodía aún estaba a cinco días de distancia, contando en términos de la Tierra, y la noche llegaría siete días más tarde. Nos quedaban casi dos semanas de luz antes de que se ocultara el Sol y la Tierra, azul y reluciente, fuese de nuevo la señora del cielo.

En los primeros y ajetrechos días hubo poco tiempo para explorar. Tuvimos que descargar las naves, acostumbrarnos a las extrañas condiciones de nuestro nuevo ambiente, aprender a manejar nuestros tractores y velomotores de tracción eléctrica y erigir los igloos que servirían de hogar, oficinas y laboratorios, hasta la hora de marcharnos. En caso de emergencia, podíamos vivir en las naves, pero esto sería incómodo y estaríamos muy apretados. Los igloos no resultarían idealmente cómodos, pero sí eran un lujo después de estar cinco días en el espacio. Hechos de plástico flexible y resistente, se hinchaban como globos, y los interiores estaban tabicados en cuartitos separados. Las escotillas a presión daban acceso al mundo exterior, y gran cantidad de tubos unidos a las plantas de

purificación de aire existentes en las naves mantenían respirable la atmósfera. No hay que decir que el igloo americano era el mayor, e *incluía* un fregadero de cocina. Sin mencionar una lavadora que nosotros y los rusos siempre teníamos que pedir prestada.

Fue a última hora de una «tarde», unos diez días después de alunizar, cuando estuvimos debidamente organizados y pudimos pensar en dedicarnos a tareas científicas. Los primeros equipos efectuaron nerviosas visitas a las tierras áridas que rodeaban la base lunar, familiarizándose con el territorio. Naturalmente, ya poseíamos mapas minuciosamente detallados y fotografías de la región en la que habíamos alunizado, pero resultó sorprendente lo engañosos que eran los mismos. Lo que en un mapa estaba marcado como una colina a menudo le parecía una ladera montañosa al individuo embutido en un engorroso traje espacial, y en las aparentemente lisas— llanuras nos hundíamos en el polvo hasta las rodillas, lo que dificultaba penosamente las excursiones.

Sin embargo, éstas eran las dificultades menores, y la baja gravedad, que a todos los objetos les proporcionaba sólo un sexto de su peso terrestre, era una compensación. Cuando los científicos empezaron a acumular sus resultados y sus muestras, los circuitos de radio y televisión con la Tierra se vieron cada vez más utilizados, hasta llegar a operar constantemente. No corríamos riesgos; aunque nosotros no regresásemos a la patria, nuestros conocimientos sí llegarían.

El primero de los cohetes automáticos de aprovisionamiento alunizó dos días antes de ponerse el Sol, de acuerdo con el plan. Observamos sus cohetes de freno llamear brillantemente contra las estrellas, y después fulgurar de nuevo unos segundos antes de tocar la Luna. El alunizaje quedó oculto a nuestra vista, ya que por razones de seguridad la zona de caída estaba a cinco kilómetros de la Base. Y en la Luna, cinco kilómetros es estar detrás de la curva del horizonte.

Cuando llegamos a la nave robot, vimos que estaba erguida, ligeramente inclinada, sobre su trípode de amortiguadores, pero en perfectas condiciones. Lo mismo que cuanto iba a bordo, desde los instrumentos a la comida. Llevamos todo lo encontrado a la Base en triunfo, y celebramos el suceso tal vez un poco excesivamente. Los hombres habían trabajado de un modo agotador, y necesitábamos un descanso.

Fue toda una fiesta; opino que la estrella fue el comandante Krasnin tratando de ejecutar una danza cosaca con traje espacial. Luego, nos dedicamos a los deportes competitivos, pero vimos que, por motivos obvios, las actividades en el exterior quedaban muy restringidas. Hubiésemos podido practicar partidos de croquet o bolos, de haber poseído lo necesario; pero el cricket y el fútbol quedaban definitivamente desterrados. Con la gravedad lunar, incluso una pelota de fútbol saltaría un kilómetro con una certera patada... y la pelota de cricket no volveríamos a verla.

El profesor Trevor Williams fue la primera persona en pensar en un deporte lunar práctico. Era nuestro astrónomo, y también uno de los individuos más jóvenes pertenecientes a la Real Sociedad, ya que sólo contaba treinta años cuando le concedieron tal distinción. Su labor sobre los métodos de navegación interplanetaria le había convertido en una celebridad mundial; sin embargo, era menos conocida su habilidad como toxofilista. Durante dos años sucesivos fue campeón arquero de Gales; no me sorprendí, por tanto, cuando le hallé disparando contra un blanco apoyado sobre un montón de escoria lunar.

El arco era muy curioso: cable de acero del control como cuerda y una barra de plástico laminado formado el arco propiamente dicho. Me pregunté de dónde habría sacado Trevor los materiales, y recordé que el cohete mercante robot había sido canibalizado, y en los

lugares más inesperados aparecían fragmentos del mismo. Las flechas, no obstante, eran lo más interesante. Para darle estabilidad en la Luna falta de aire, donde, claro está, las plumas serían inútiles, Trevor había conseguido estriarlas. En el arco había un pequeño mecanismo que hacía girar las flechas, como balas al ser disparadas, y así mantenían el rumbo al salir del arco.

Incluso con un equipo tan rudimentario era posible, si se quería, tirar a más de un kilómetro de distancia. Sin embargo, Trevor no deseaba malgastar flechas, no muy fáciles de fabricar, estando más interesado en ver cuál era su puntería. Era fascinante contemplar la trayectoria casi plana de las flechas, ya que parecían viajar paralelamente al suelo. Alguien le advirtió a Trevor que, si no tenía cuidado, sus flechas podían convertirse en satélites lunares y pegarle por la espalda cuando completasen su órbita.

Al día siguiente llegó el segundo cohete de suministros, pero esta vez las cosas no fueron de acuerdo con el plan. El cohete efectuó un alunizaje perfecto, pero, por desgracia, el piloto automático controlado por radio cometió uno de esos errores que las máquinas de mente sencilla suelen deleitarse en hacer. Descubrió el único pico realmente inaccesible de la región, atarugó su poste en la cima, y se quedó allí como un águila sobre su misteriosa montaña.

Nuestros suministros, de tanta precisión, se hallaban a ciento cincuenta metros por encima de nosotros, y al cabo de unas horas empezaría la noche. ¿Qué hacer?

Al momento, unas quince personas hicieron la misma sugerencia, y durante varios minutos reinó una gran actividad mientras enrollábamos toda la cuerda de nylon de la Base. No tardamos en tener más de mil metros enrollados a los pies de Trevor, mientras aguardábamos sumamente expectantes. Trevor ató un extremo de la cuerda a una flecha, tensó el arco y lo apuntó, a modo de experimento, directamente a las estrellas. La flecha subió hasta más de la mitad del promontorio; luego, el peso de la cuerda lo hizo caer.

—Lo siento —masculló Trevor—. No puedo. Y no lo olviden... tendríamos que enviar cierta clase de peso si queremos que el extremo se fije allí.

En los minutos siguientes hubo gran desánimo, a medida que veíamos caer lentamente los rollos de cuerda. La situación era absurda. En nuestras naves poseíamos energía suficiente para llevarnos a cuatrocientos mil kilómetros de la Luna... y ahora nos veíamos impotentes ante un pico escarpado. De tener tiempo, probablemente habríamos logrado encontrar un sendero hasta la cima al otro lado de la colina, pero esto suponía viajar varios kilómetros. Sería peligroso, y quizá imposible, en las escasas horas de luz que quedaban.

Los científicos nunca se desaniman largo tiempo, y varias mentes ingeniosas (a veces, superingeniosas) se ocupaban de los problemas. Pero éste era más difícil, y sólo tres personas obtuvieron la solución simultáneamente.

—Bien —exclamó Trevor, después de larga meditación—, vale la pena intentarlo.

Costaron bastante los preparativos, y todos mirábamos con ansiedad como los rayos del Sol iban ascendiendo cada vez más altos por el pico que nos dominaba. Aunque Trevor consiguiera enganchar allí una cuerda con un peso, pensé, no sería fácil realizar la ascensión con el obstáculo del traje espacial. Yo no resisto las alturas, por lo que me alegré cuando varios escaladores entusiastas se ofrecieron para aquella misión.

Al fin todo estuvo a punto. La cuerda estaba tan bien dispuesta que se elevaría desde el suelo con el mínimo impedimento. Había atado un pedrusco a la cuerda, a cosa de un metro detrás de la flecha; esperábamos que se engancharía entre las rocas de la cumbre y no nos decepcionaría cuando iniciásemos el ascenso.

Esta vez, sin embargo, Trevor no utilizó una sola flecha. Ató cuatro a la cuerda, a doscientos metros de intervalo. Y jamás olvidaré el incongruente espectáculo de la figura con el traje espacial, reluciendo bajo los últimos rayos del Sol poniente, en tanto tensaba el arco contra el firmamento.

La flecha fue disparada contra las estrellas y antes de que se hubiese elevado quince metros, Trevor ya había colocado la segunda en su improvisado arco. Voló hacia su predecesora, llevando el otro extremo del largo lazo que estaba siendo lanzado al espacio. Casi al momento siguió la tercera, elevando su sección de cuerda... y juro que la cuarta flecha estaba en camino antes de que la primera hubiera aflojado su primer impulso.

De este modo no fue difícil llegar a la altura deseada. En los dos primeros intentos, el pedrusco cayó; mas después se enganchó firmemente en algún accidente de la meseta escondida... y el primer voluntario empezó a izarse por la cuerda. Cierto que sólo pesaba quince kilos en aquella gravedad lunar, pero hubiera sido grave una caída hasta el fondo.

No cayó. Las provisiones del cohete mercante empezaron a bajar desde el promontorio al cabo de una hora, y cuando llegó la noche había descendido todo lo esencial. Debo confesar, no obstante, que mi satisfacción se vio considerablemente menguada cuando uno de los ingenieros me enseñó con orgullo una armónica que habían enviado desde la Tierra. Tuve la plena seguridad de que todos estaríamos hartos de aquel instrumento antes de que terminara la larga noche lunar...

Aunque, claro está, esto no era culpa de Trevor. Mientras regresábamos juntos a la nave, por entre los grandes charcos de sombra que se instalaban sobre la llanura, me hizo una proposición que estoy seguro ha intrigado a miles de personas desde que se publicaron los mapas detallados de la Primera Expedición Lunar.

Al fin y al cabo, parece un poco extraño que una llanura plana y sin vida, sólo interrumpida por una única montaña, sea marcada en los mapas de la Luna como *Bosque de Sherwood*⁽¹⁾.

3. DEDOS VERDES

Siento mucho, ahora que es tarde, no haber conocido a Vladimir Surov. Tal como le recuerdo, era un individuo sosegado que entendía el inglés, pero no lo hablaba lo bastante como para seguir una conversación. Creo que incluso para sus colegas era un enigma; cuando yo subía a bordo de la *Ziolkovski*, él estaba sentado en un rincón ocupado en sus notas o mirando por el microscopio; era un hombre que se aferraba al aislamiento aun en las apreturas del diminuto mundo de una nave espacial. Al resto de la tripulación no parecía importarle su retraimiento, y cuando hablaban de él se veía que le consideraban con tolerancia afectuosa y con respeto. Esto no era extraño, puesto que su labor en el desarrollo de plantas que florecían en el interior del Círculo Ártico le había convertido en el botánico más famoso de Rusia. El hecho de que la expedición rusa llevara un botánico a la Luna provocó muchas burlas, si bien esto no fuese más raro que la presencia de biólogos en las naves americana y británica. En los años anteriores al primer alunizaje, se había acumulado gran evidencia insinuando que en la Luna podía existir alguna vegetación, a pesar de la falta de atmósfera y de agua. El presidente de la Academia de Ciencias de la URSS fue uno

⁽¹⁾ Todos los amantes de las aventuras de Robin de los Bosques, saben que éste realizó la mayor parte de sus hazañas en la región de Inglaterra conocida como Bosque de Sherwood. (Nota del traductor.)

de los principales promotores de esta teoría, y como era demasiado viejo para realizar el viaje, delegó en Surov.

La ausencia completa de vegetación, viva o fósil, en los kilómetros y kilómetros cuadrados explorados por nuestro diversos equipos fue el primer desaliento que la Luna nos reservaba. Incluso los escépticos que estaban seguros de que en la Luna no existía ninguna forma de vida se habrían alegrado de que su teoría resultara falsa... como ocurrió cinco años más tarde, cuando Richards y Shannon efectuaron su asombroso descubrimiento en el interior de la gran llanura amurallada de Eratóstenes. Pero *esa* revelación aún pertenecía al futuro; en aquella época del primer alunizaje, parecía como si Surov hubiese ido a la Luna en vano.

No parecía muy deprimido estando tan ocupado como los demás estudiando las muestras del suelo y cuidando la pequeña granja hidropónica cuyos tubos transparentes y presurizados formaban una red reluciente en torno a la *Ziolkovski*. Ni nosotros ni los americanos criábamos nada calculando que era mejor servirse de la comida enviada desde la Tierra que producirla allí... al menos hasta que se instalase una base permanente. Teníamos razón en términos económicos pero estábamos equivocados en términos de moral. Los invernaderos estancos en cuyo interior Surov criaba sus vegetales y sus árboles frutales enanos eran un oasis en el que a menudo fijábamos nuestras miradas cuando estábamos hartos de la inmensa desolación que nos rodeaba.

Una de las diversas desventajas de ser comandante era que apenas tenía ocasión de realizar una exploración; me hallaba demasiado ocupado preparando los informes para la Tierra, comprobando las existencias, disponiendo programas y listas de servicio, conferenciando con mis colegas de las naves rusa y americana y tratando, no siempre con éxito, de adivinar qué fallaría a continuación. Como resultado de esto, a veces estaba dos o tres días sin salir de la base, y era ya una broma general decir que mi traje espacial era un buen alimento de la polilla.

Tal vez por esto recuerdo más vividamente todas mis salidas; y ciertamente me acuerdo de mi único encuentro con Surov. Era casi mediodía, con el Sol muy alto sobre las montañas del sur y la Tierra nueva apenas visible como una hebra de plata a unos grados más abajo del mismo. Henderson, nuestro geógrafo, quería tomar unas mediciones magnéticas en una serie de puntos de observación a unos tres kilómetros al este de la Base. Todos los demás estaban atareados, y yo, que momentáneamente estaba libre de obligaciones, me dispuse a acompañarle.

El trayecto no era lo bastante largo como para ir en velomotor, especialmente porque las baterías estaban un poco bajas. Además, siempre me gustó caminar por la superficie lunar. No era sólo el paisaje, al que, incluso con su temible majestuosidad, uno llega a acostumbrarse. No; de lo que jamás me cansaba era del modo fácil y lento con que cada paso me hacía saltar sobre el suelo, otorgándome la libertad de movimientos que antes de la era espacial los hombres sólo conocían en sueños.

Habíamos efectuado las mediciones y regresábamos a la Base, cuando divisé una figura que se movía por la llanura a cosa de un kilómetro al sur de nosotros... no muy lejos de la base rusa. Enfoqué mis prismáticos de campaña dentro de mi casco y examiné atentamente al explorador. Aun a corta distancia no es posible identificar a un individuo dentro de un traje espacial, pero esto no importa porque los trajes siempre se diferencian por un color especial y una numeración individual.

—¿Quién es? —quiso saber Henderson por la radio de onda corta a la que ambos estábamos sintonizados.

—Traje azul, número 3... Surov, seguro. Pero no lo entiendo... ¡solo!

Una de las reglas fundamentales de la exploración lunar es que nadie debe aventurarse solo por la superficie del satélite. Pueden ocurrir muchos accidentes, triviales si uno va acompañado... que serían fatales yendo solo. ¿Cómo solucionar, por ejemplo, el caso de que el traje espacial se rasgue un poco en la espalda, sin poder aplicar un parche? Esto podría parecer gracioso, pero ya ha ocurrido.

—Tal vez su compañero haya sufrido un accidente y va en busca de ayuda —sugirió Henderson—. Será mejor que le llamemos.

Negué con el gesto. Surov no tenía prisa. Había salido solo y regresaba lentamente a la *Zilkovski*. No era cosa mía si el comandante Krasnin dejaba que sus hombres se arriesgaran solos por la Luna, aunque parecía una práctica deplorable. Y si Surov quebrantaba las reglas, tampoco era obligación mía dar parte.

Durante los dos meses siguientes, mis hombres avistaron a menudo a Surov caminando solo por la Luna, pero siempre evitó que se le acercasen demasiado. Efectué unas pesquisas discretas y descubrí que Krasnin se había visto obligado, por falta de hombres, a relajar un poco las reglas de seguridad. Pero no logré averiguar cuáles eran los propósitos de Surov, aunque estuve seguro de que Krasnin sí los conocía.

Fue con la sensación de «ya se lo había advertido» que contesté a la llamada de socorro de Krasnin. Todos habíamos tenido ya a hombres en apuros y habíamos pedido auxilio, pero ésta era la primera vez que alguien se había extraviado, sin contestar a las señales de la nave. Hubo una conferencia apresurada por radio, trazamos una línea de acción, y de las tres naves partieron equipos de socorro, abriéndose en abanico.

Una vez más iba con Henderson, y fue el sentido común lo que nos impulsó hacia la ruta tomada cuando vimos por primera (y última) vez a Surov. Estábamos en lo que considerábamos nuestro territorio, a cierta distancia de la nave del ruso, en tanto íbamos recorriendo las faldas de la colina, cuando se me ocurrió que el ruso podía haber estado haciendo algo que deseaba ocultar incluso a sus colegas. Aunque no llegaba a imaginar qué podía ser.

Henderson lo encontró, y pidió socorro por medio de su radio. Pero ya era tarde; Surov yacía, boca abajo, con el traje espacial desinflado a su alrededor. Estaba arrodillado cuando algo destrozó el globo de plástico del casco; era fácil comprender que había caído hacia delante, falleciendo instantáneamente.

Cuando el comandante Krasnin se reunió con nosotros, todavía contemplábamos la increíble cosa que Surov examinaba al morir. Tenía alrededor de un metro de altura, y era verdosa, como de cuero y ovalada, enraizada a las rocas con una amplia red de tentáculos. Sí: enraizada, porque era una planta. Unos metros más allá había otras dos, más pequeñas y muertas al parecer, ya que estaban ennegrecidas y mustias.

«¡De manera que hay vida en la Luna!», fue mi primera reacción.

Hasta que la voz de Krasnin resonó en mis oídos no capté toda la maravilla de la verdad.

—¡Pobre Vladimir Ilyich! —exclamó—. Sabíamos que era un genio, aunque nos reímos de él cuando nos contó su sueño. Y así, conservó en secreto su magna labor. Conquistó el Ártico con su trigo híbrido, pero aquello sólo fue el principio... Trajo la vida a la Luna... y también la muerte.

Mientras estaba allí, en aquel primer instante de la asombrosa revelación, aún me parecía un milagro. Hoy, todo el mundo conoce la historia del «cactus Surov», como llegó a ser conocido inevitablemente, y ha perdido ya parte de su impacto. Sus notas contaban ya toda la historia, describiendo los años de experimentación que finalmente le condujeron a una planta cuyo pellejo apergaminado le permitiese subsistir en el vacío, y cuyas raíces de largo alcance, segregando ácidos, le permitirían crecer en las rocas donde apenas los líquenes podrían medrar. Y hemos asistido a la realización de la segunda fase del sueño de Surov, puesto que el cactus que eternamente llevará su nombre crece ya en vastas zonas de las rocosidades lunares, preparando el camino para que aparecieran las plantas más especializadas que ahora alimentan a todos los seres humanos que viven en la Luna.

Krasnin se inclinó junto al cadáver de su colega y lo levantó sin esfuerzo, gracias a la escasa gravedad. Palpó los fragmentos destrozados del casco de plástico y movió la cabeza con perplejidad.

—¿Qué pudo ocurrirle? —preguntó—. Parece culpa de la planta, lo cual es ridículo.

El enigma verde estaba erguido en la llanura, ya no totalmente árida, tentándonos con su promesa y misterio. Luego, Henderson, callado hasta entonces, pronunció lentamente, como pensando en voz alta:

—Creo tener la respuesta; acabo de recordar una lección de botánica del instituto. Si Surov proyectó esta planta para las condiciones lunares, ¿cómo dispuso su propagación? Las semillas tendrían que esparcirse por una amplia zona con la esperanza de hallar algunos sitios convenientes donde arraigar. Aquí no hay pájaros ni animales que transporten las semillas, como sucede en la Tierra. Y sólo se me ocurre una Solución... que algunas de nuestras plantas terrestres han utilizado ya.

Mi grito le interrumpió. Algo acababa de chocar con un ruido resonante contra la cintura metálica de mi traje. No lo había dañado, pero el choque fue tan súbito e inesperado que me pilló de sorpresa.

La segunda semilla yacía a mis pies, del tamaño y forma de una ciruela grande. A unos metros más allá, encontramos la que había destrozado el casco de Surov, al estar éste agachado. Debía saber que la planta ya estaba madura, pero en su afán por examinarla se olvidó de lo que ello implicaba. Yo he visto un cactus arrojar su semilla a medio kilómetro con la gravedad lunar. Surov fue alcanzado a boca—jarro por su propia creación.

4. TODO LO QUE RESPLANDECE

En realidad, ésta es la historia del comandante Vandenburg, pero se halla a demasiados millones de kilómetros de distancia para contarla. Se refiere a su geofísico, el doctor Paynter, del que se dice que se marchó a la Luna para huir de su esposa.

Creo que, más o menos, todo el mundo supone (y más que nadie nuestras mujeres) que todos hemos hecho lo mismo. Sin embargo, en el caso de Paynter había bastante de verdad en la murmuración.

No era que estuviera harto de su mujer; casi podría afirmarse lo contrario. Habría hecho cualquier cosa por ella, pero por desgracia las cosas que ella deseaba costaban demasiado. Era una dama de gustos extravagantes, y tales damas no deben casarse con científicos... ni siquiera con científicos que vayan a la Luna.

La debilidad de la señora Paynter eran las joyas, especialmente los diamantes. Como era de esperar, era una debilidad que a su marido le producía muchas preocupaciones.

Como era un esposo consciente y afectuoso, no sólo se preocupaba por esto..., sino que hizo algo más. Se convirtió en uno de los mejores expertos en diamantes del mundo, más desde el punto de vista científico que del comercial, y probablemente sabía más respecto a su composición, orígenes y propiedades que ningún otro ser humano de su época. Desdichadamente, es posible saber mucho de diamantes sin poseer ninguno, y la erudición de su esposo era algo que la señora Paynter no podía lucir en torno a su garganta en las fiestas.

La geofísica, como mencioné, era la verdadera profesión del doctor Paynter; los diamantes eran algo secundario. Había inventado muchos instrumentos de exploración que podían sondear el interior de la Tierra mediante impulsos eléctricos y ondas magnéticas, dando una especie de radiografía de los estratos ocultos bajo la superficie. Por consiguiente, no fue ninguna sorpresa que le escogiesen para investigar en el interior de la Luna.

Estaba afanoso por formar parte de la expedición, aunque al comandante Vandenburg le pareció que en aquellos momentos le disgustaba abandonar la Tierra. Muchos individuos presentan estos síntomas; a veces se deben a un temor imposible de desterrar, y el hombre más prometedor tiene que quedarse. En el caso de Paynter, no obstante, la repugnancia era completamente impersonal. Se hallaba en medio de un gran experimento (algo a lo que había dedicado su vida entera), y no quería dejar la Tierra hasta terminarlo. Pero como la Primera Expedición Lunar no podía esperarle, tuvo que abandonar el proyecto en manos de sus ayudantes. Continuamente intercambiaba mensajes por radio con aquellos, con gran enojo de la sección de señales de la Tercera Estación Espacial.

Ante la maravilla de un nuevo mundo que explorar, el doctor Paynter no tardó en olvidar sus preocupaciones. Recorría el paisaje lunar sobre uno de los pequeños velomotores traídos por los americanos, acarreando sismógrafos, magnetómetros, contadores de gravedad y la gama de instrumentos esotéricos empleados por un geofísico. Intentaba saber en unas semanas lo que los hombres han tardado centenares de años en descubrir respecto a su propio planeta.

Cierto era que sólo tenía que explorar un pequeño fragmento de los treinta millones de kilómetros cuadrados de la Luna, pero trataba de ejecutar una labor fecunda.

De cuando en cuando recibía mensajes de sus colegas en la Tierra, así como breves pero cariñosas señales de su esposa. Ninguna de ambas cosas parecía interesarle mucho; incluso sin estar tan atareado como para no tener tiempo de dormir, cuatrocientos mil kilómetros presentan los asuntos personales bajo una perspectiva diferente. Creo que en la Luna el doctor Paynter fue realmente feliz por primera vez en su vida; y en este aspecto, no fue el único.

No lejos de nuestra Base había un magnífico cráter, un gran agujero de la superficie lunar de unos tres kilómetros de diámetro. Aunque estaba muy cerca, se hallaba fuera del radio normal de nuestras operaciones conjuntas, y llevábamos ya seis semanas en la Luna antes de que Paynter mandase un equipo de tres hombres en uno de los minitractores para echar una ojeada al cráter. Desaparecieron del alcance de la radio por el reborde de la Luna, pero no nos inquietamos porque si les pasaba algo siempre podrían llamar a la Tierra, a fin de que a su vez nos transmitieran su llamada.

Paynter y sus hombres llevaban ya fuera cuarenta y ocho horas, que es el tiempo límite para trabajar continuamente en la Luna, incluso con drogas excitantes. Al principio, su pequeña exploración no dio resultado, por lo que no despertó ninguna excitación; todo

sucedía de acuerdo con el plan. Llegaron al cráter, inflaron su igloo presurizado y desempaquetaron las provisiones, cogieron los instrumentos de lectura e instalaron una taladradora portátil para recoger muestras. Mientras aguardaba que el taladro le sirviese una pequeña sección de la Luna, Paynter hizo su segundo gran descubrimiento. Ya había efectuado el primero diez horas antes, aunque aún lo ignoraba.

En torno al borde del cráter, yaciendo donde habían sido arrojados por las grandes explosiones que millones de años antes convulsionaron el paisaje lunar, había inmensas pilas de rocas que debían proceder de muchos kilómetros hacia el interior del satélite. Todo lo que pudiera realizar la taladradora, pensó Paynter, no podía compararse con *aquello*. Por desgracia, las muestras geológicas, del tamaño de las montañas, que le rodeaban no estaban dispuestas en orden correcto, ya que se habían diseminado sobre la superficie, hasta mucho más lejos de adonde alcanzaba la vista, según la arbitraria violencia de las erupciones que las habían enviado al exterior.

Paynter trepó por aquellos inmensos montones de escoria, tanteando con el martillo las muestras más prometedoras. De pronto, sus compañeros le oyeron gritar, y le vieron transportando lo que parecía un pedazo de cristal de baja calidad. Transcurrió cierto tiempo antes de que lograra explicar de manera coherente todo lo ocurrido... y más tiempo aún antes de que la expedición se acordase de su verdadera misión y reanudase el trabajo.

Vandenburg vio el regreso de la partida hacia la nave. Los tres hombres no parecían tan cansados como era de esperar, considerando el hecho de que llevaban dos días de pie. En realidad, sus movimientos eran bastante animados, cosa que ni siquiera lograban disimular los trajes espaciales. Era fácil comprender que la expedición había sido un éxito. En cuyo caso, Paynter tenía dos causas para felicitarlo. El mensaje en prioridad que acababa de llegar de la Tierra era enigmático, pero quedaba claro que la labor de Paynter allí, fuese cual fuese, había llegado a una brillante conclusión.

El comandante Vandenburg casi se olvidó del mensaje cuando vio lo que Paynter tenía en la mano. Sabía cómo era un diamante en bruto, y aquél era el segundo en magnitud que hubiese visto nunca nadie. Sólo el Cullinan, con sus 3.032 quilates, le ganaba por un estrecho margen.

—Debíamos esperarlo —tartamudeó dichosamente Paynter—. Los diamantes siempre van asociados con los túneles volcánicos. Pero nunca creí que esta analogía se diese también en la Luna.

De repente, Vandenburg se acordó del mensaje y se lo entregó a Paynter. Este lo leyó rápidamente y se quedó boquiabierto. Nunca en su vida, me contó Vandenburg, había visto a un hombre tan rápidamente abatido por un mensaje de felicitación. El mensaje decía:

«Lo hemos logrado. Prueba 541 con contenedor de presión modificado completo éxito. Sin límites prácticos al tamaño. Costos mínimos.»

—¿Qué pasa? —se interesó Vandenburg, al observar la estupefacción de Paynter—. No creo que sea una mala noticia.

Paynter tragó dos o tres veces como un pez atrapado, y luego contempló tristemente el gran cristal que casi llenaba su mano. Lo arrojó al aire y la piedra flotó en aquel movimiento lento que tiene todo objeto bajo la gravedad lunar.

Finalmente, Paynter recobró la voz:

—En mi laboratorio hemos trabajado muchos años tratando de sintetizar los diamantes. Ayer este pedrusco valía un millón de libras. Hoy apenas si vale doscientas. Creo que ni me molestaré en llevármelo a la Tierra.

Bueno, sí se lo llevó; era una lástima dejarlo allí. Durante unos tres meses, la señora Paynter lució el collar de diamantes más maravilloso del mundo; cada cristal costaba quinientas libras, especialmente por el costo de cortarlo y pulirlo. Luego, el Proceso Paynter se comercializó, y un mes más tarde la mujer pidió el divorcio. La causa fue extrema crueldad mental; y supongo que estarán de acuerdo en que estaba justificada.

5. CONTEMPLAD EL ESPACIO

Fue una verdadera sorpresa descubrir, al levantar la vista, que el experimento más famoso que llevamos a cabo mientras estuvimos en la Luna tenía sus raíces en 1955. En aquella época, la investigación sobre cohetes de gran altitud sólo tenía diez años de existencia, realizada casi toda en White Sands, Nuevo México. 1955 fue la fecha de uno de los más espectaculares entre aquellos primitivos experimentos, relacionado con la expulsión de sodio hacia las capas superiores de la atmósfera.

En la Tierra, incluso en la noche más clara, el firmamento entre las estrellas no está totalmente negro. Siempre existe un tenue resplandor en él, parte del cual lo causa la fluorescencia de los átomos de sodio, a ciento cincuenta kilómetros de la Tierra. Como para llenar una caja de cerillas se necesitaría el sodio de muchos kilómetros cúbicos de la atmósfera superior, los primitivos investigadores pensaron que podrían crear unos buenos fuegos artificiales si utilizaban un cohete para soltar unos cuantos kilos de sodio en la ionosfera.

Tenían razón. El sodio arrojado desde un cohete por encima de White Sands, a principios de 1955, produjo un enorme resplandor amarillento en el cielo, que fue visible, como una especie de luz lunar artificial, durante una hora antes de que se dispersasen los átomos. Este experimento no fue un pasatiempo (aunque además resultó serlo), sino un serio propósito científico. Los instrumentos apuntados hacia el resplandor pudieron adquirir nuevos conocimientos, que se acumularon con la información sin la cual los vuelos espaciales nunca hubieran sido viables.

Cuando llegaron a la Luna, los americanos decidieron que sería una buena idea repetir allí dicho experimento, a una escala mucho mayor. Unos cuantos kilogramos de sodio disparados desde la superficie lunar produciría un resplandor visible desde la Tierra, con un buen par de prismáticos de campaña, cuando la fluorescencia ascendiera por la atmósfera lunar.

(A propósito, algunas personas aún no comprenden que la Luna *posee* una atmósfera. Es un millón de veces demasiado tenue para ser respirable, pero con los instrumentos adecuados es posible detectarla. Como protección contra los meteoros, es de primera calidad, ya que, aunque tenue, tiene una profundidad de varios kilómetros.)

Durante días, todo el mundo habló del experimento. La bomba de sodio había llegado de la Tierra en el último cohete de suministros, y parecía una pieza impresionante. Su manejo era extraordinariamente simple; una vez encendida, una carga incendiaria vaporizaba el sodio hasta crear una presión muy elevada; entonces, estallaba un diafragma y la materia era enviada al cielo a través de una boquilla de forma especial. Se dispararía

poco después del anochecer, y cuando la nube de sodio saliese de la sombra de la Luna a la directa luz solar, empezaría a brillar con resplandor inusitado.

El anochecer en la Luna es una de las visiones más estremecedoras de toda la naturaleza, de manera doble porque al contemplar el llameante disco solar arrastrarse tan lentamente por debajo de las montañas, se sabe que transcurrirán catorce días antes de volver a verlo, Pero no causa la obscuridad, al menos en este lado de la Luna. Siempre queda la Tierra, colgando inmóvil en el cielo, el único cuerpo celeste que no sale ni se pone. La luz que irradian las nubes y los mares inundan el paisaje lunar con un resplandor suave y verdeazulado, de modo que a menudo es más fácil hallar el camino de noche que bajo el feroz brillo del sol.

Incluso los que no estaban de servicio salieron a observar el experimento. Habían colocado la bomba de sodio en el centro de un gran triángulo formado por las tres naves, y estaba erguida con su boquilla apuntando a las estrellas. El doctor Anderson, astrónomo del equipo americano, estaba comprobando los circuitos de disparo, pero los demás estábamos a respetable distancia. La bomba parecía muy capaz de hacer honor a su nombre, aunque en realidad era tan peligrosa como un sifón normal.

Todo el equipo óptico de las tres expediciones parecía haberse reunido para registrar la representación. Telescopios, espectroscopios, cámaras de cine y todo cuanto quepa pensar estaban a punto de entrar en acción. Y esto, sabía yo, no era nada en comparación con la batería de instrumentos que debía estar observándonos desde la Tierra. Todos los aficionados a la astronomía que pudieran ver la Luna aquella noche estarían en sus patios, escuchando la radio que les informaría del progreso del experimento. Levanté la vista hacia el reluciente planeta que dominaba el cielo en lo alto; las zonas terrestres parecían libres de nubes, de modo que la gente tendría buena visibilidad. Esto resultaba justo; al fin y al cabo, ellos pagaban la cuenta.

Todavía faltaban quince minutos. No por primera vez, deseé que existiera una forma segura de fumar un cigarrillo dentro de un traje espacial sin que el casco se llenase de humo hasta impedir la visión. Nuestros científicos habían solucionado problemas mucho más difíciles, y era una lástima que se olvidasen de éste.

Para pasar el tiempo, ya que en aquel experimento yo no desempeñaba papel alguno, puse en marcha la radio de mi traje y escuché a Dave Bolton, que estaba haciendo sabrosos comentarios. Dave era nuestro jefe de navegación y un magnífico matemático. También tenía una lengua muy suelta y un modo de hablar sumamente pintoresco, y a veces sus grabaciones eran mutiladas por la BBC. Sin embargo, esta vez no podían hacer nada, ya que sus comentarios llegaban a la Tierra de viva voz.

Dave había terminado una explicación breve y lúcida sobre la finalidad del experimento, describiendo cómo la nube de sodio resplandeciente nos permitía analizar la atmósfera lunar al elevarse a más de mil kilómetros por hora.

—Sin embargo —continuó espetándoles a los millones de oyentes de la Tierra—, dejemos una cosa bien sentada. Cuando la bomba salga despedida, ustedes tardarán diez malditos minutos en ver algo... lo mismo que nosotros. La nube de sodio será completamente invisible mientras ascienda por entre la obscuridad de la sombra lunar. Luego, casi de repente, destellará al penetrar en los rayos del sol, que se extienden por encima de nuestras cabezas ahora al mirar al espacio. Nadie sabe exactamente cuál será su brillo, pero puede predecirse que podrá verse mediante cualquier telescopio de más de cinco centímetros. Y también dentro del alcance de unos buenos prismáticos.

Tenía que continuar de este modo durante diez minutos, y me maravilló cómo lo consiguió. Luego llegó el gran momento, y Anderson cerró el circuito de disparo. La bomba empezó a hervir, aumentando la presión dentro a medida que el sodio se volatilizaba. Al cabo de treinta segundos, surgió una humareda del largo embudo que apuntaba al cielo. Y entonces tuvimos que aguardar otros diez minutos mientras la nube invisible iba subiendo. Después de tanta preparación, pensé que el resultado debía de ser excelente.

Los segundos y los minutos fueron transcurriendo. Y, de pronto, empezó a propagarse por el cielo un resplandor amarillento, como una inmensa y constante aurora boreal que se hacía más brillante a medida que la contemplábamos. Era como si un artista estuviera dando pinceladas por entre las estrellas con un pincel llameante. Y mientras contemplaba aquellas pinceladas, comprendí súbitamente que alguien acababa de realizar el mayor *coup* publicitario de la historia. Porque las pinceladas iban formando letras, y éstas componían dos palabras: el nombre de cierta bebida suave y refrescante demasiado conocida para que necesite que le haga propaganda.

¿Cómo lo habían logrado? La primera respuesta era obvia. Alguien había colocado un patrón de calco en el embudo de la bomba de sodio, de modo que al salir el vapor formase las palabras. Como nada podía distorsionarlas, las letras habían conservado su forma durante su ascenso a las estrellas. En la Tierra ya había visto anuncios de esta clase, pero esta vez era a una escala muy superior. Mientras lo contemplaba, no podía por menos que admirar la habilidad de los individuos que habían imaginado aquel truco. Las O y las A les había costado un poco, pero las C y la L eran perfectas.

Después del asombro inicial me alegra proclamar que el programa científico tuvo el resultado planeado. Ojalá lograrse recordar los comentarios de Dave Bolton; debieron serle difíciles, incluso para su agudo ingenio. Por entonces, claro está, la mitad de la Tierra veía lo que él estaba describiendo. A la mañana siguiente, todos los periódicos del planeta ofrecieron la foto de la Luna creciente con la frase luminosa pintada en el sector en tinieblas.

Las letras fueron visibles, antes de dispersarse en el espacio, durante más de una hora. Por entonces, las palabras medían más de mil kilómetros de longitud, y empezaban a ser borrosas. Pero continuaron siendo legibles hasta que se perdieron de vista en el vacío final entre los planetas.

Entonces empezaron los verdaderos fuegos artificiales. El comandante Vandenburg estaba furioso, y no tardó en presionar a sus hombres. Sin embargo, pronto se puso en claro que el saboteador, si se le puede llamar así, pertenecía a la Tierra. Allí habían preparado la bomba, enviándola para su empleo inmediato. No tardaron mucho en descubrir, y despedir, al ingeniero que había realizado el truco. Le importó un comino, porque sus necesidades financieras estaban a cubierto para muchos años.

En cuanto al experimento en sí, fue un auténtico éxito desde el punto de vista científico; todos los instrumentos de registro funcionaron a la perfección al analizar la luz de la inesperada nube lumínica. Pero nunca dejamos tranquilos a los americanos, y temo que el pobre comandante Vandenburg fue el que más padeció. Antes de llegar a la Luna era un abstemio total, y casi todos sus refrescos procedían de cierta botella con talle de avispa. Pero ahora, por cuestión de principios, sólo bebe cerveza..., a pesar de odiarla.

6. CUESTIÓN DE RESIDENCIA

Ya he descrito la carrera (podemos llamarla así) para la posición antes del despegue del primer vuelo a la Luna. El resultado fue una llegada simultánea de las naves inglesa, americana y rusa. Nadie ha contado, sin embargo, por qué los exploradores británicos regresaron casi dos semanas después que los otros.

Oh, ya conozco la versión oficial; he de conocerla, pues ayudé a inventarla. Es cierta en parte, pero sólo en parte.

En todos los aspectos, la expedición conjunta había sido un éxito total. Sólo hubo una baja, y con su muerte Vladimir Surov había conquistado la inmortalidad. Había reunido conocimientos que mantendrían ocupados a los científicos de la Tierra durante generaciones y que revolucionarían casi todas las ideas respecto a la naturaleza del universo que nos rodea. Sí, nuestros cinco meses en la Luna no se perdieron en absoluto, y debíamos ser recibidos en la Tierra como los mayores héroes de la historia.

Sin embargo, todavía quedaba mucho por resolver. Los instrumentos esparcidos por la superficie lunar continuaban grabando y registrando, y parte de la información por ellos reunida no podía ser radiada simplemente a la Tierra. No servía de nada que los tres grupos expedicionarios se quedaran en la Luna hasta el último minuto; el personal de una bastaría para concluir el trabajo. Pero ¿quién se ofrecería voluntario para aquel sacrificio cuando los otros iban a volver para llenarse de gloria? Era un problema difícil, aunque debía solucionarse pronto.

Respecto a las provisiones no había problema alguno. Los cohetes automáticos de suministro podían proporcionar aire, comida y agua mientras estuviésemos en la Luna. Todos gozábamos de buena salud, padeciendo sólo un leve cansancio. No había surgido ninguno de los anticipados trastornos psicológicos, tal vez porque el ingente trabajo nos había impedido inquietarnos o volvernos locos. Pero, naturalmente, todos anhelábamos regresar a la Tierra y abrazar a nuestras familias.

El primer cambio de planes lo forzó la *Zilkovski* al quedar fuera de combate, cuando cedió de improviso el terreno que soportaba una de sus patas de alunizaje. La nave consiguió mantenerse en pie, pero el casco quedó retorcido y la cabina de presión se resquebrajó al menos en doce puntos. Se discutió la posibilidad de reparar la nave allí mismo, pero al final decidimos que sería demasiado arriesgado intentar el despegue en aquellas condiciones. A los rusos no les quedaba otra alternativa que repartirse entre la *Goddard* y la *Endeavour*; utilizando el combustible de la nave rusa, las nuestras resistirían la carga extra. No obstante, el vuelo de regreso resultaría muy apretujado e incómodo para todos, ya que habría que comer y dormir por turnos.

Por tanto, o la nave americana o la inglesa debía regresar antes a la Tierra. Durante las últimas semanas, en que la tarea de la expedición tocaba a su fin, las relaciones entre el comandante Vandenburg y yo fueron un poco tirantes. Incluso me pregunté si no sería mejor zanjar el asunto a pares y nones.

Otro problema llamaba mi atención: la disciplina de la tripulación. Tal vez sea una frase muy fuerte, y no me gustaba pensar que pudiera producirse un motín, pero todos mis muchachos estaban un poco distraídos y era fácil hallarlos por los rincones escribiendo furiosamente. Sabía exactamente qué pasaba, ya que me sucedía a mí mismo. No había un solo ser humano en la Luna que no hubiese vendido los derechos exclusivos a un periódico o revista, y todos nos relamíamos ya ante la visión de magníficos titulares. El radioteletipo a la Tierra funcionaba constantemente, enviando diariamente miles de palabras, mientras párrafos más largos en prosa eran dictados por los circuitos de palabra.

Fue el profesor Williams, nuestro astrónomo, de mente muy práctica, quien vino a mí un día con la respuesta al problema principal.

—Comandante —empezó, equilibrándose precariamente sobre la mesa desvencijada que usaba dentro del igloo como escritorio—, no existe ninguna razón técnica por la que debamos regresar antes a la Tierra, ¿verdad?

—No —respondí—, se trata tan sólo de una cuestión de fama, fortuna y volver a ver a los nuestros. Pero admito que no existen motivos técnicos. Podríamos quedarnos aquí otro año si la Tierra enviase provisiones. Si quiere sugerir esto, pese a todo, le estrangularía con sumo placer.

—No es tan malo. Una vez haya partido la expedición principal, los restantes podrán seguirles en dos o tres semanas. En realidad, conseguirán mayor fama por su sacrificio, su modestia y demás virtudes similares.

—Lo cual será una pobre compensación por llegar los segundos.

—De acuerdo..., por tanto, necesitamos algo más para que valga la pena. Una recompensa más material.

—Concedido. ¿Qué sugiere usted?

Williams señaló el calendario que colgaba en la pared, frente a mí, entre dos superdesnudos femeninos robados a la *Goddard*. La longitud de nuestra estancia estaba indicada por los días tachados con tinta roja; un gran interrogante sobre dos semanas indicaba la fecha en que la primera nave volvería a la Tierra.

—Aquí está la respuesta —continuó Williams—. Si regresamos entonces, ¿sabe qué sucederá? Se lo diré.

Me lo dijo y quise patearme los sesos por no haber pensado antes en ello.

Al día siguiente, expliqué mi decisión a Vandenburg y Krasnin.

—Nos quedaremos para recogerlo todo —dije—. Es cuestión de sentido común. La *Goddard* es una nave mucho mayor que la nuestra y puede llevar cuatro personas de más, mientras que nosotros sólo podemos incluir a dos más, y con muchas aperturas. Si ustedes no se van antes, Van, logrará que muchos de aquí acaben muertos de añoranza.

—Es usted muy generoso —dijo Vandenburg—. No quiero ocultar el hecho de que me encantará volver a la Tierra. Y admito que es lógico, ahora que la *Ziolkovski* está fuera de acción. No obstante, se trata de un gran sacrificio por su parte, y no me gustaría aprovecharme...

Gesticulé expansivamente.

—En absoluto —le interrumpí—. Con tal de que ustedes no se lleven toda la fama, ya nos llegará la vez. Al fin y al cabo, cuando regresemos, todo el espectáculo será para nosotros solos.

Krasnin me contemplaba con expresión calculadora, y hallé difícil devolverle la mirada.

—No me gusta ser cínico —me espetó—, pero me han enseñado a ser un poco suspicaz cuando la gente hace grandes favores sin una buena razón. Y, francamente, no hallo bastante buena la razón que usted nos ha dado. ¿No tendrá nada escondido bajo la manga?

—Oh, está bien —suspiré—. Esperaba que me creyeran, pero ya veo que es inútil intentar convencerle de la pureza de mis intenciones. Tengo un motivo, y pueden conocerlo. Pero, por favor, no lo pregonen; no me gustaría desilusionar a la gente de la Tierra. Todavía nos creen unos investigadores nobles y heroicos, por favor, dejen que sigan pensando lo mismo.

Entonces, mostré el calendario y expliqué a mis dos colegas lo que me había explicado Williams. Al principio me escucharon con escepticismo, y luego con simpatía creciente.

—No tenía idea de que fuese tan malo —murmuró al fin Vandenburg.

—Los americanos no lo saben —repuse tristemente—. Además, así ha sido durante más de medio siglo, y creo que no mejorará. Bien, ¿están de acuerdo conmigo?

—Naturalmente. Además, nos interesa. Hasta la próxima expedición, la Luna es suya.

Dos semanas más tarde recordé esta frase, cuando la *Goddard* despegó hacia la distante y añorada Tierra. Nos quedamos solos, cuando los americanos y todos los rusos menos dos se hubieron marchado. Envidiaba la recepción que obtendrían, y contemplé celosamente por televisión las procesiones triunfales por Moscú y Nueva York. Luego, volvimos a trabajar y a hacer tiempo. Cuando estábamos deprimidos, efectuábamos unas pequeñas sumas en pedazos de papel y volvíamos a sentirnos animados.

Las cruces rojas marchaban adelante en el calendario, a medida que transcurrían los días terrestres, días que parecían tener muy escasa relación con el lento ciclo del tiempo lunar. Al fin estuvimos listos; habíamos recogido todos los instrumentos de lectura, todos los especímenes y muestras se hallaban ya empaquetados con seguridad a bordo de la nave. Los motores cobraron vida, otorgándonos por un momento el peso que recuperaríamos al pisar otra vez la Tierra. Por debajo de nosotros, el escabroso paisaje lunar, que tan bien conocíamos, iba alejándose. En unos segundos no distinguiríamos ya las construcciones y los instrumentos que tan trabajosamente habíamos instalado y que algún día utilizarían los futuros exploradores.

Había empezado el viaje de regreso; volvíamos a la Tierra con gran incomodidad, y nos reunimos con la ya casi desmantelada *Goddard* al lado de la Tercera Estación Espacial, desde donde nos transbordaron al mundo que habíamos abandonado siete meses antes.

Siete meses: esto había señalado el astrónomo Williams, como cifra de vital importancia. Habíamos estado en la Luna más de la mitad de un año financiero... y para todos nosotros era el año más provechoso de nuestras vidas.

Supongo que más pronto o más tarde obturarán este agujero, repararán este fallo; el departamento de Hacienda de Inglaterra todavía intenta una acción de réplica, pero nosotros estamos cubiertos por la Sección 57, párrafo 8, del Acta de Ganancias de Capital de 1972. Escribimos nuestros libros y artículos en la Luna... y hasta que un gobierno lunar establezca un impuesto, cobraremos hasta el último penique.

Y si, finalmente, dictan algo contra nosotros..., bueno, siempre nos quedará Marte..»

VIERNES 13

Isaac Asimov

Tal vez convenga aclarar que en el ámbito anglosajón el día nefasto para los supersticiosos no es el martes 13, sino el Viernes 13. Lo demás nos lo aclarará Henry, el sagaz camarero de los ya tradicionales banquetes mensuales de las Viudas Negros.

Mario Gonzalo se quitó una bufanda carmesí y la colgó al lado de su abrigo con aire de descontento.

—Viernes y trece no es buen día para el banquete, y tengo frío —rezongó.

Emmanuel Rubin, que había llegado antes al banquete mensual de los Viudos Negros y que ya había tenido oportunidad de calentarse interna y externamente, replicó:

—Esto no es frío. En Minnesota, de niño, a los ocho años, salía a ordeñar la vaca...

—Y cuando volvías a casa la leche se había helado en el cubo. Ya hemos oído ese cuento —le atajó Thomas Trumbull—. Pero ¡qué diablos!, éste era el único viernes que teníamos libre este mes, considerando que el Milano cerrará durante dos semanas el próximo miércoles y que...

Pero Geoffrey Avalon, mirándoles desde su estatura de metro ochenta con cierta austeridad, murmuró con su voz profunda:

—No te excuses, Tom. Si alguien es tan idiota como para pensar que el viernes es un día más desgraciado que los otros de la semana, o que el trece es peor que los demás números, y que esta combinación ha de ejercer un mal influjo sobre nosotros..., propongo que a ese tal se le deje en las tinieblas exteriores, rechinando los dientes.

En esta ocasión era el anfitrión del banquete e indudablemente experimentaba el interés del propietario.

Gonzalo echó hacia atrás su cabello largo y pareció más contento con la mayor parte de su martini seco en el estómago.

—Esta tontería respecto al viernes y trece es muy común. Si eres tan ignorante como para no saberlo, Jeff, no es culpa mía.

Avalon juntó las cejas antes de hablar.

—Oír hablar de ignorancia al ignorante siempre es divertido. Vamos, Mario, si te esfuerzas por ser humano por un momento, te presentaré a mi invitado. Tú eres el único al que aún no conoce.

Charlando con James Drake y Roger Halsted al otro extremo de la mesa se hallaba un caballero esbelto, con una pipa de cazoleta grande; tenía un bigote amarillento y cabello ralo, casi descolorido, con unos ojos de color azul desleído, muy hundidos en su rostro. Llevaba una chaqueta de lanilla y unos pantalones que parecían haber estado cómodamente libres de las atenciones de la plancha por algún tiempo.

—Evan —le llamó imperiosamente Avalon—, quiero presentarte a nuestro artista residente Mario Gonzalo. Hará tu caricatura dentro de poco —durante la comida. Mario, te presento al doctor Evan Fletcher, economista de la Universidad de Pennsylvania. Bien, Evan, ya nos conoces a todos.

Y como si esto fuese una señal, Henry, el camarero perenne de todos los banquetes de los Viudos Negros, murmuró:

—Caballeros...

Todos tomaron asiento.

—En realidad —empezó Rubin atacando el repollo relleno al gusto—, todo este asunto del viernes y trece es muy moderno e indudablemente se remonta al tema de la Crucifixión. Esta tuvo lugar en viernes, y la Última Cena, claro, fue un caso de trece a la mesa, es decir, los doce apóstoles y...

Evan Fletcher trataba de detener aquel flujo de palabras, con muy poca eficacia.

—Un momento, Manny —intervino Avalon—. Creo que el doctor Fletcher desea decir algo.

—Me preguntaba —murmuró Fletcher, con una sonrisa de excusa— cómo se originó la discusión del viernes y trece.

—Hoy es viernes y trece —precisó Avalon.

—Sí, lo sé. Cuando me invitaste al banquete de esta noche, el hecho de que fuese viernes y trece me impulsó a acudir. Yo mismo habría sacado el asunto a colación y me sorprende que el mismo haya surgido independientemente.

—No hay de qué extrañarse —repuso Avalon—. Mario inició el tema. Es un triskaidecáforo.

—¿Un qué? —inquirió Gonzalo, con tono resentido.

—Sientes un miedo morboso por el número trece.

—Oh, no —negó Gonzalo—. Sólo me gusta ser precavido.

—¿A qué se refiere, doctor Fletcher —quiso saber Trumbull sirviéndose otro panecillo—, con eso de que usted hubiera sacado el asunto a colación? ¿Es también un triskai... lo que sea?

—No, no —sacudió la cabeza el doctor Fletcher—, pero tengo un interés personal en el hecho. Un interés personal.

—En realidad —intervino Halsted con su voz suave y vacilante—, existe un buen motivo para considerar de mala suerte al trece, y ello no tiene nada que ver con la Última Cena. Esta explicación se inventó después de aquel hecho.

Consideremos que la gente antigua, carente de sofisticación, encontraba el número doce muy manejable porque podía dividirse por dos, por tres, por cuatro y por seis con facilidad. Si se vendían objetos por docenas, era posible vender media docena, un tercio, un cuarto o un sexto de docena. Hoy en día todavía se vende por docenas y por gruesas por esta razón. Imaginemos ahora al pobre tipo que cuenta sus existencias y encuentra que posee trece artículos de algún producto. No es posible dividir trece por nada. Esto confunde su aritmética y exclama: "¡Maldito trece! ¡Qué mala suerte!... y ahí lo tenéis.

—Oh —masculló Rubin, pareciendo atiesársele la barba—, eso es muy retorcido, Roger, Esa clase de razonamiento convierte al trece en un número de la suerte. Cualquier comerciante ofrecería dar trece artículos con tal de cerrar el trato. Henry, este filete es excelente.

—La docena del panadero —proclamó James Drake, con su ronca voz de fumador.

—El panadero —aclaró Avalon coció una decimotercera hogaza para completar la docena del panadero con el fin de eludir los duros castigos por la falta de peso. Añadiendo la hogaza número trece estaba seguro de llegar al peso requerido, aunque algunos de los doce panes fuesen menos pesados. Podía considerar, por tanto, que el trece daba mala suerte.

—Pero el cliente debía considerarlo de buena suerte —objetó Rubin.

—En cuanto al viernes —Halsted hizo una transición—, se llama así por el nombre de la diosa del amor, Freia en los mitos noruegos. En las lenguas romances, el nombre se deriva de Venus, que, por ejemplo, en francés es *vendredi*⁽¹⁾, en español *viernes*. Por este motivo, debería considerarse como un día afortunado. Ahora, consideremos el sábado, nombre derivado del dios Saturno...

Gonzalo había terminado la caricatura y la exhibió en torno a la mesa para obtener la aprobación general antes de ofrecérsela al propio Fletcher. Gonzalo aprovechó aquella oportunidad para terminar su ración de patatas *soufflés*.

⁽¹⁾ Viernes, en inglés, es Friday.

—Todos vosotros —comentó— tratáis de razonar algo que se halla fuera de toda razón. Lo cierto es que a la gente le asusta el viernes y le asusta el trece, y aún más la combinación de ambas calamidades. El miedo en sí puede hacer que ocurran desgracias. Por ejemplo, yo podría temer tanto que este local se incendiase por ser hoy viernes y trece que, sin pensar, me clavase el tenedor en la mejilla.

—Si eso te hacía callar, no sería mala idea —exclamó Avalon.

—Pero yo no tengo miedo —continuó Gonzalo—, y no ocurrirá tal cosa porque vigilo mi tenedor y sé que Henry nos sacaría de aquí si se declarase un fuego, aunque ello significase quedarse él y morir entre las llamas... ¿No es cierto, Henry?

—Espero que no se presente esa contingencia, señor —sonrió el camarero colocando diestramente los platos de postre delante de cada comensal—. ¿Querrá usted café, señor? —le preguntó a Fletcher.

—¿No tienen cacao? —inquirió a su vez el economista—. ¿Es posible?

—Ciertamente que sí —intervino Avalon—. Henry, habla con el *chef*.

Poco después, con el café (o cacao en el caso de Fletcher) humeando felizmente ante ellos, Avalon golpeó su vaso de agua con la cucharilla.

—Caballeros, ya es hora de centrar la atención en nuestro invitado. Tom, ¿quieres iniciar la discusión?

Trumbull dejó su taza de café y compuso su rostro en un laberinto de arrugas.

—Corrientemente, doctor Fletcher, le preguntaría que justificase su existencia, pero habiendo tocado el tema de la superstición, prefiero preguntarle si tiene que añadir algo al asunto. Usted indicó antes de cenar que habría hablado del viernes y trece por propia iniciativa.

—Sí —asintió Fletcher, sosteniendo su gran taza de cerámica llena de cacao dentro del paréntesis de sus dos manos—, aunque no se trate de una superstición. Más bien es un enigma histórico, muy serio, que me preocupa y que gira en torno al viernes y trece. Jeff dijo, que a los Viudos Negros les encantan los enigmas, y éste es el único que puedo ofrecerles..., aunque temo que no tenga solución.

—Como todos saben —explicó Avalon resignadamente—, no me gusta que este club se convierta en una organización dedicada a la resolución de enigmas, pero creo que en este momento soy sólo una minoría. Por consiguiente, estoy de acuerdo en discutir el enigma.

Aceptó la copa de coñac servida por Henry con una mezcla de virtud y martirio en su expresión.

—¿Podemos enterarnos del enigma? —se interesó Halsted.

—Naturalmente. Por un momento, cuando Jeff me invitó a esta cena, pensé que se celebraba en viernes y trece en honor mío, pero eso fue una ráfaga de megalomanía. Tengo entendido que ustedes siempre cenan en viernes y, naturalmente, nadie sabe nada de mi obra, aparte de mí mismo y mi familia.

Hizo una pausa para encender la pipa, se echó hacia atrás y aspiró el humo lentamente.

—La historia se refiere a Joseph Hennesey, que fue ejecutado en 1925 por atentado contra la vida del presidente Coolidge⁽¹⁾. Fue procesado, declarado culpable y colgado.

»Hasta el final, Hennesey proclamó su inocencia y ofreció una buena defensa, con gran cantidad de testigos afirmando que estaba ausente del lugar de autos. Sin embargo, la corriente emocional contra él era muy fuerte. Hennesey era un líder sindicalista y

⁽¹⁾ Joseph Hennesey nunca ha existido y, por lo que sé, jamás intentó nadie asesinar a Calvin Coolidge. Las demás referencias históricas, que no se refieren a Hennesey, son auténticas. (Nota del autor.)

socialista, en una época en que el miedo al socialismo era terrible. Además, había nacido en el extranjero, lo cual tampoco le ayudó. Y quienes declararon en su favor eran, asimismo, de origen extranjero. El proceso fue un tinglado, y una vez colgado el reo y aplacadas las pasiones, muchos así lo entendieron.

«Después de la ejecución, no obstante, mucho después, salió a la luz una carta escrita de puño y letra por Hennesey que parecía convertirle, sin la menor duda, en una figura móvil detrás del complot de asesinato. Quienes habían querido verle colgado se asieron a dicha carta para justificar el veredicto. Sin dicha misiva, el veredicto todavía se consideraría un error de la justicia.

—¿Era una carta falsificada? —preguntó Drake, parpadeando detrás del humo de su cigarrillo.

—No. Naturalmente, quienes creían que Hennesey era inocente pensaron eso al principio. Sin embargo, un atento examen demostró que la escritura era suya, y otros detalles que apuntaban claramente hacia él. Era un hombre grandiosamente supersticioso y la carta estaba fechada un viernes trece, y nada más.

—¿Por qué grandiosamente supersticioso? —inquirió Trumbull—. Es un calificativo raro.

—Era un hombre grandioso —explicó Fletcher—, que a todo le prestaba su estilo grandilocuente. Investigaba sus supersticiones. En efecto, esta discusión respecto al significado del viernes trece, me recordó la clase de hombre que era. Probablemente sabía más sobre este asunto que todos ustedes.

—Yo diría —reflexionó Avakm—, que el investigar las supersticiones le libraba de su influjo.

—No necesariamente —objetó Fletcher—. Tengo un buen amigo que conduce con frecuencia un coche, pero jamás cogería un avión; los teme. Está enterado de todas las estadísticas que demuestran que, sobre la base hombre por kilómetro, viajar en avión es más seguro que en automóvil. Pero cuando le recuerdo este dato, replica: «Ni la ley ni la psicología me ordenan en absoluto que sea racional en este punto.» Y, no obstante, en todo lo demás es el hombre más racional que conozco.

»En cuanto a Hennesey, estaba muy lejos de ser un hombre racional, y ninguno de sus estudios sobre las supersticiones le impidió ser víctima de las mismas. En cuanto al miedo al viernes trece, era la mayor de todas sus supersticiones.

—¿Qué decía la nota? —quiso saber Halsted—. ¿La recuerda?

—Traje una copia. No es el original, claro. El original está en los archivos del Servicio Secreto, aunque en esta época de Xeroxing, esto apenas importa.

Sacó un papel de su cartera y se lo dio a Halsted, que estaba sentado a su derecha. El papel dio la vuelta a la mesa, y Avalon, que lo recibió en último lugar, lo pasó automáticamente a Henry, que estaba de pie junto al bufete. Henry lo leyó con rostro impasible y se lo devolvió a Fletcher, que pareció ligeramente asombrado de que el camarero tomara parte en la discusión, si bien no dijo nada.

La nota, con una escritura atrevida y legible, decía:

«Viernes, 13.

»Querido Paddy:

»Soy un tonto al escribirte este día, cuando debería estar en cama y a oscuras, por derecho. Debo comunicarte, sin embargo, que los planes ya están listos y que no me atrevo

a esperar un solo día para ponerlos en marcha. El dedo de Dios ha señalado a ese malvado y seguramente solucionaremos el asunto el mes próximo. Ya sabes qué has de hacer, y hay que hacerlo aun a costa de la última gota de sangre de nuestras venas. Le agradezco a Dios su misericordia por el milagro de los cuarenta años, que hace que el próximo mes no tenga ningún viernes trece.

JOE

—Realmente, no dice nada —observó Avalon.

—AL contrario —Fletcher sacudió la cabeza—, dice demasiado. Si éste era el prelude de un intento de asesinato, ¿lo habría escrito? Y en ese caso, ¿no habrían sido las referencias demasiado obscuras y esópicas?

—¿Qué significaba la carta, según la acusación?

Fletcher se guardó la nota en su cartera.

—Como dije, la carta no llegó a manos de la acusación. La nota se descubrió diez años más tarde de la ejecución, cuando Patrick Reilly, a quien iba dirigida la nota, falleció y la dejó entre sus efectos. Reilly no estuvo acusado en el intento de asesinato, aunque de haber salido antes a la luz la nota, lo habrían implicado.

»Los que mantienen que Hennesey fue ejecutado con toda justicia, afirman que la nota fue escrita el viernes 13 de junio de 1924. El intento de asesinato se llevó a cabo el viernes, 11 de julio de 1924. Hennesey debía de estar nervioso al tener que realizar el intento un viernes, pero por diversos motivos relacionados con el programa presidencial, era el único día posible durante algún tiempo, y Hennesey tuvo que darse por satisfecho de que no se tratase de un 13.

»La observación referente al dedo de Dios señalando al malvado es una referencia, según dicen, al presidente Warren G. Harding, que falleció de improviso el 2 de agosto de 1923, menos de un año antes de que el intento de asesinato tratase de eliminar al vicepresidente que había accedido a la presidencia.

—Parece una interpretación razonable —concedió Drake, con la cabeza inclinada a un lado—. Encaja.

—No, no encaja —replicó Fletcher—, Esta interpretación sólo se acepta porque de lo contrario la justicia saldría malparada. Pero para mí... —hizo una pausa y prosiguió—: Caballeros, no pretenderé estar libre de prejuicios. Mi esposa es la nieta de Joseph Hennesey. Pero si esta relación me expone a ciertas simpatías, también me concedió una considerable información personal respecto a Hennesey, a través de mi suegro, ya fallecido.

»Hennesey no albergaba un gran odio en contra de Harding o Coolidge. Naturalmente, no los amaba porque era un socialista furibundo, que apoyó siempre a Eugene Debs, cosa que no le ayudó en el proceso. De ninguna manera podía creer que el asesinato de Coolidge le beneficiaría en modo alguno. Tampoco podía creer que Harding fuese un "malvado", puesto que las pruebas referentes a la vasta corrupción que tuvo lugar durante la administración de Harding sólo se descubrieron gradualmente, y mucho después de haber sido escrita la nota.

»En realidad, si Hennesey odiaba a un presidente furiosamente, era a Woodrow Wilson. Hennesey nació en Irlanda y salió de allí muy poco antes de la entrada de las bayonetas inglesas. Por tanto, era un convencido antibritánico, y en el curso de la Primera Guerra

Mundial se convirtió en un gran pacifista, oponiéndose a la entrada de América al lado de Gran Bretaña..., lo cual tampoco le ayudó en el proceso.

—Debs también se oponía a la entrada en la guerra, ¿verdad? —intercaló Rubin.

—Exacto —asintió Fletcher—, y en 1918 encarcelaron a Debs por su oposición. Hennesey se libró de la cárcel, pero nunca se refirió a Wilson después de la entrada norteamericana en la guerra más que como el «malvado». Votó por Wilson en 1916, como resultado de la propaganda de la campaña «El nos preserva de la guerra», y se sintió traicionado cuando Estados Unidos entró en la contienda al año siguiente. —Entonces —observó Trumbull—, usted cree que en la nota se refería a Wilson.

—Estoy seguro. La referencia al dedo de Dios no me suena a muerte, sino a algo menos importante..., sólo un toque del dedo. Como probablemente sabrán, Wilson sufrió un ataque el 2 de octubre de 1919, quedando incapacitado durante el resto de su mandato. Esto fue el dedo de Dios.

—¿Quiere decir —preguntó Gonzalo— que Hennesey pensaba solucionar el asunto asesinando a Wilson? —No, no, no hubo ningún intento de asesinato contra Wilson.

—Entonces, ¿qué quiso decir con «solucionar el asunto» y con «aun a costa de la última gota de sangre de nuestras venas»?

Avalon se retrepó en su silla e hizo girar su copa de coñac entre sus dedos.

—No te censuro, Evan, por querer absolver a tu abuelo político, pero tendrás que darnos una explicación mejor. Si puedes hallar otro viernes trece en que se escribiera la carta, si pudieras demostrar que la fecha no fue el 13 de junio de 1924...

—Lo sé —asintió tristemente Fletcher—, y por eso estudié toda su existencia. He examinado su correspondencia, los archivos de la prensa y refresqué la memoria de mi suegro hasta llegar a saber, según creo, dónde estaba y lo que hizo en cada uno de los días de su vida. Intenté descubrir sucesos que pudiesen estar relacionados con algún cercano viernes trece, y hasta creo haber hallado algunos... Pero ¿cómo demostrar que uno de ellos fue el viernes trece que me interesa? De haber estado Hennesey menos obsesionado por la combinación del viernes y el trece, habría fechado la carta normalmente.

—Lo cual no le habría salvado la vida —observó Gonzalo.

—La carta, no obstante, no habría servido para manchar su memoria, otorgándole justicia al proceso. Bien, ni siquiera sé si he investigado todos los viernes trece. El calendario es tan irregular que no hay modo de saber cuándo surge una fecha...

—Oh, no —le interrumpió Halsted como una súbita explosión—. El calendario es irregular, pero no tanto. Es posible encontrar todos los viernes trece sin dificultad, tan atrás o adelante como uno quiera.

—¿De veras? —se asombró Fletcher.

—No lo creo —exclamó Gonzalo, casi simultáneamente.

—Es muy fácil —aseguró Halsted, sacando un bolígrafo del bolsillo y desdoblado una servilleta de la mesa.

—Oh, oh... —murmuró Rubin, con terror burlón—. Roger enseña matemáticas en un instituto, doctor Fletcher, por lo que es mejor que se disponga a ver unas complicadas ecuaciones.

—Nada de ecuaciones —replicó Halsted rápidamente—. Lo explicaré a tu nivel, Manny. Miren, el año tiene 365 días, lo que constituye 52 semanas y un día. Si el año tuviera sólo 364, se compondría exactamente de 52 semanas, y el calendario se repetiría

incesantemente. Si el 1 de enero cayese un año en domingo, pasaría lo mismo al año siguiente y al otro y así hasta el infinito.

»Ese día extra, no obstante, significa que cada año, el día de la semana en que cae una fecha particular se adelanta un día al año siguiente. Si el 1 de enero de un año es domingo, al siguiente será lunes, y martes al otro.

»La única complicación es que cada cuatro años tenemos uno bisiesto, con un 29 de febrero, sumando entonces 366 días. Esto forma 52 semanas y dos días, de modo que un día particular se adelanta dos al siguiente. Esto significa que si el 1 de enero cae en miércoles, por ejemplo, el siguiente 1 de enero caerá en viernes, saltando sobre el jueves. Y esto es igual para todos los días del año y no sólo para el 1 de enero.

»Naturalmente, el 29 de febrero tiene lugar cuando ya han transcurrido dos meses de un año, por lo que las fechas de enero y febrero saltan al año después del bisiesto, mientras que en los meses restantes saltan dentro del mismo año bisiesto. A fin de evitar esta complicación, supondremos que el año empieza el 1 de marzo del año anterior y que termina el 28 de febrero... o el 29 de febrero si el año es bisiesto. En esta forma, podemos disponerlo para que cada fecha salte un día a la semana en el año posterior al que llamamos bisiesto.

»Bien, imaginemos que el 13 de un mes cae en viernes..., no importa el mes, y que esto sucede un año bisiesto. Salta la fecha y al año siguiente cae en domingo. El año siguiente es normal con 365 días, lo mismo que los dos posteriores. De modo que el 13 avanza hacia el lunes, martes y miércoles, pero el año en que el 13 cae en miércoles también es bisiesto, por lo que al año siguiente cae en viernes. Dicho de otro modo, si el 13 de un mes cualquiera cae en viernes de un año bisiesto, según nuestra definición, cinco años más tarde volverá a caer en viernes...

—No lo entiendo en absoluto —le interrumpió Gonzalo.

—Está bien, haré una tabla —concedió Halsted—. Podemos enumerar los años como B, 1, 2, 3, B, 1, 2, 3 y así sucesivamente, siendo B el año bisiesto que ocurre cada cuatro años. Nombraremos a los días de la semana desde A a G, para domingo, B para lunes... hasta G para sábado. Al menos, esto nos dará una pauta. Aquí está.

Trazó números febrilmente y pasó en torno la servilleta. En la misma había escrito:

```
B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3
A C D E F A B C D F G A B D E F
B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B
G B C D E G A B C E F G A
```

—Como ven —continuó Halsted— en el año vigésimo noveno después del principio, A cae otra vez en bisiesto, y se inicia de nuevo todo el ciclo. Esto significa que el calendario de este año puede utilizarse otra vez al cabo de veintiocho años, y tras otros veintiocho más, y así hasta el infinito.

«Observen que cada letra figura cuatro veces en el ciclo de veintiocho años, lo que significa que cualquier fecha puede caer en cualquier día de la semana con las mismas probabilidades. Y esto también significa que el viernes trece sobreviene cada siete meses por término medio. En realidad, esto no es así porque los meses son de longitud diferente, irregularmente espaciados, de modo que en un año puede haber entre uno y tres viernes

trece. Es imposible que un año carezca por completo de viernes trece, e igualmente imposible que haya más de tres al año.

—¿Por qué un ciclo de veintiocho años? —quiso saber Gonzalo.

—La semana tiene siete días y cada cuatro años hay el bisiesto, por lo que siete veces cuatro da veintiocho.

—O sea, que si cada dos años hubiera uno bisiesto, el ciclo sería de catorce años.

—Exacto, y en caso de que fuera cada tres años, el ciclo sería de veintiuno. Habiendo siete días a la semana y un año bisiesto cada X años, y siendo X y siete primos entre sí...

—Esto no importa Roger —le atajó Avalon—. Ya tienes tu pauta. ¿Cómo la utilizas?

—Digamos que el trece cae en viernes de un año bisiesto, que, como recordarás que hemos convenido, empezaba el 1 de marzo en lugar del 1 de enero. Entonces, representálo por A, y verás que el 13 del mismo mes caerá donde esté la A cinco años después, y otros seis años más tarde, y al final once años más tarde aún.

«Estamos a 13 de diciembre de 1974, y según nuestra convención de los años bisiestos, éste es el año anterior al bisiesto. Esto significa que puede representarse por la letra E, cuya primera aparición es debajo del 3, el año anterior a la B. Bien, siguiendo la E vemos que habrá otro viernes 13 en diciembre de once años más tarde, luego de seis y después de cinco. O sea, que habrá un viernes trece en diciembre de 1985 en diciembre de 1991, y en diciembre de 1996.

»Esto cuenta para cada fecha de cualquier mes, utilizando la pequeña serie que he trazado, lo cual constituye un calendario perpetuo para un ciclo de veintiocho años, que se repite una y otra vez. Es posible así consultarlo atrás y adelante y calcular los viernes trece en ambas direcciones, o al menos hasta 1752. En realidad, es posible encontrar calendarios perpetuos en obras de referencia como el *Almanaque Mundial*.

—¿Por qué 1752? —inquirió Gonzalo.

—Se trata de un año especial, al menos para Gran Bretaña y lo que entonces eran las colonias americanas. El antiguo calendario juliano usado desde la época de Julio César se había adelantado en las estaciones a causa de los escasos años bisiestos que figuraban en el mismo. El calendario gregoriano, así llamado en honor del papa Gregorio XIII, fue adoptado en 1582, en casi toda Europa; y, por entonces, el calendario estaba retrasado diez días respecto a las estaciones, de modo que aquel calendario se adelantó suprimiendo diez días; durante algún tiempo, de cuando en cuando, se omitía un año bisiesto para impedir que ocurriera otra vez lo mismo. Gran Bretaña y las colonias no lo adoptaron hasta 1752, época en la que se había añadido ya un día entero más, de modo que ellos tuvieron que suprimir once días.

—Exacto —asintió Rubin—. Y por algún tiempo usaron ambos calendarios, refiriéndose a una fecha particular como VE o NE, es decir, Viejo Estilo o Nuevo Estilo. George Washington nació el 11 de febrero de 1732, del VE, pero en lugar de conservar esa fecha, como hizo mucha gente, la cambió al 22 de febrero de 1732, NE. Yo he ganado bastante dinero apostando que George Washington no había nacido el día de su cumpleaños.

—El motivo de vacilar tanto Gran Bretaña en adoptarlo —continuó Halsted—, fue que el nuevo calendario era obra del papado, y como los ingleses eran protestantes, preferían ir contra el sol que a favor del Papa. Rusia no lo adoptó hasta 1923, y la iglesia ortodoxa griega todavía se aferra al calendario juliano, por cuyo motivo la Navidad ortodoxa se celebra el 7 de enero, puesto que el número de días acumulados es ya de trece.

»Gran Bretaña lo adoptó el 2 de setiembre de 1752, pasando directamente al 14 de setiembre, renunciando a los días intermedios. Contra esto hubo revueltas, gritando la gente: "¡Devolvednos esos once días!"

—Lo cual no es tan estúpido como parece —exclamó Rubin, indignado—. Los propietarios cobraban toda la renta, sin rebajar dichos once días. Yo también me habría rebelado.

—De todos modos —prosiguió Halsted—, por esto el calendario perpetuo sólo sirve hasta 1752. Aquellos once días lo fastidiaron todo, y hay que calcular una disposición diferente para los días antes del 14 de setiembre de 1752.

—Ignoraba todo esto, señor Halsted —confesó Fletcher, que lo había escuchado todo con creciente interés—. No fingiré haberlo comprendido perfectamente, o que podría copiar lo que usted ha hecho, pero no sabía que hubiera un calendario perpetuo en el *Almanaque Mundial*. Esto me habría ahorrado muchas molestias... aunque, claro, saber dónde están todos los viernes y trece no me ayuda a aclarar qué viernes trece podría ser *mi* viernes trece.

—No estoy tan seguro —intervino la suave y cortés voz de Henry de modo imprevisto—. Señor Fletcher. ¿Podría formularle unas preguntas?

Fletcher le miró sobresaltado y calló por un momento.

—Evan, Henry es miembro del club —aclaró Avalon rápidamente—. Supongo que no te importa...

—Claro que no —asintió el economista al instante—. Adelante, Henry.

—Gracias, señor. Lo que quiero saber es si el señor Hennesey conocía esta variación de fechas que el señor Halsted nos acaba de exponer.

—No lo sé con seguridad —Fletcher pareció reflexionar—. Si estaba enterado, nadie me lo dijo. Sin embargo, es probable que sí. Se enorgullecía, por ejemplo, de poder hacer un horóscopo, y a pesar de lo necia que es la astrología, hacer un horóscopo significa saber algo de matemáticas. Ya entiendo. Hennesey no poseía una gran educación, pero era muy inteligente y le interesaban los números. En realidad, pensándolo bien, estoy seguro de que no pudo interesarse tanto por los viernes trece sin conocer esa pauta.

—En cuyo caso, señor —reanudó Henry—, si le preguntase qué hizo el señor Hennesey en un día dado, usted comprobaría sus notas y lo sabría.

—No estoy muy seguro —repuso Fletcher con incertidumbre—. Mi mujer está en casa, pero no sabría dónde buscar, y no me es posible darle indicaciones precisas. Aunque puedo probarlo. —Entonces, supongamos que me dice lo que hizo el señor Hennesey el viernes, 12 de marzo de 1920.

Fletcher echó atrás su silla, y durante unos segundos quedóse con la boca abierta»

—¿Por qué lo pregunta?

—Es lógico, señor.

—Claro que sé qué hizo aquel día. Fue uno de los más importantes de su existencia. Logró que la organización sindical, de la que era uno de los jefes» apoyara a Debs para la presidencia. Debs se presentó aquel año por el partido socialista, aunque todavía estaba en la cárcel, y obtuvo 900.000 votos... que era el máximo que los socialistas podían conseguir en Estados Unidos.

—¿No podía la organización sindical —inquirió Henry—, haber apoyado ordinariamente al candidato demócrata de aquel año?

—Fue James M. Cox, sí. Lo apoyaba Wilson.

—De modo que quitarle votos al candidato amigo de Wilson, de acuerdo con el estilo grandilocuente del señor Hennesey, podía ser la solución del asunto, el dedo de Dios.

—Sí, lo habría pensado de esta forma.

—En cuyo caso, la carta habría sido escrita el viernes, 13 de febrero de 1920.

—Es una posibilidad —admitió Fletcher—; pero ¿cómo puede demostrarse?

—Doctor Fletcher —prosiguió Henry—, en la nota del señor Hennesey da gracias a Dios porque no haya un viernes trece al mes siguiente, y hasta lo considera un milagro. De conocer la pauta del calendario perpetuo, ciertamente no lo habría juzgado un milagro. Hay siete meses con treinta y un días, o sea que tienen cuatro semanas y tres días más. Si una fecha particular cae en un día particular de la semana de uno de esos meses, caerá tres días más allá en el mes siguiente. O sea que si el trece cae en un viernes de julio, caerá en un lunes de agosto. ¿No es así, señor Halsted?

—Está en lo cierto, Henry. Y si el mes tiene treinta días, el día, cualquier día, sólo avanza dos puestos, o sea que si el trece cae en un viernes de junio, caerá en domingo el mes de julio.

—Y así, en cualquier mes con treinta o treinta y un días no es posible que un viernes trece de un mes, caiga también en viernes trece al siguiente, cosa que sabría el señor Hennesey sin considerarlo un milagro.

Se produjo una leve pausa.

—Pero, señor Fletcher —continuó Henry—, hay un mes que sólo tiene veintiocho días, el mes de febrero. Tiene exactamente cuatro semanas justas, de forma que marzo empieza en el mismo día de la semana que febrero, y repite todos los días las mismas fechas, al menos hasta el día 28. Si en febrero hay un viernes trece, tiene que haber otro en marzo... *al menos hasta el año bisiesto*. En dicho año, febrero tiene veintinueve días, lo que hace cuatro semanas y un día. Esto quiere decir que cada día de marzo cae un día más adelantado que en febrero. Si en febrero el día 13 es viernes, en marzo caerá en sábado, o sea que si en febrero el viernes es 13, en marzo será el día 12. Mi nueva agenda presenta calendarios para 1975 y 1976. El último es un año bisiesto, y veo que el día 13 de febrero cae en viernes, y el 12 de marzo también, naturalmente. El señor Halsted ha señalado que el calendario se repite cada veintiocho años. Lo cual significa que el calendario de 1976 es el mismo de 1948 y de 1920. Está claro que una vez cada veintiocho años el 13 de febrero cae en viernes, siendo distinto en marzo; por lo que el señor Hennesey, sabiendo que la asamblea de su grupo sindical estaba programada para el segundo viernes de marzo, algo que tal vez habría manejado la oposición para hacerle quedarse en casa, se alegró y se sintió aliviado ante el hecho de que al menos no se trataba de un segundo viernes y trece.

Todos los reunidos callaron unos segundos.

—Muy bien planteado —comentó Avalon—. Me ha convencido.

—Bien planteado —sacudió Fletcher la cabeza—, lo admito, pero no estoy seguro de que...

—Posiblemente haya algo más —le interrumpió Henry—. Me intriga que el señor Hennesey hablase del «milagro de cuarenta años».

—Oh, bueno... —exclamó Fletcher con indulgencia—, no es ningún misterio. El cuarenta es un número místico que surge constantemente en la Biblia. Por ejemplo, el Diluvio duró cuarenta días y cuarenta noches...

—Sí —asintió Rubin—, y Moisés estuvo cuarenta días en el monte Sinaí, Elías fue alimentado por los cuervos durante cuarenta días, y Jesús ayunó en el desierto cuarenta

días, y hay otras citas semejantes. Hablar de la misericordia de Dios debió grabarle en la mente el número cuarenta.

—Es posible —intervino Henry nuevamente—, pero yo tengo otra idea. El señor Halsted, al referirse a la conversión del calendario juliano en gregoriano, dijo que el nuevo calendario omitió casualmente un año bisiesto.

Halsted golpeó la mesa con el puño.

—¡Dios mío, lo había olvidado! Manny, de no haber sido por tu estúpida broma sobre las ecuaciones, no me habría sentido tan ansioso por simplificar la cuestión y no lo habría olvidado... El calendario juliano tenía un año bisiesto cada cuatro años sin falta, lo cual habría sido correcto si el año tuviese una longitud temporal de $365 \frac{1}{4}$, pero en realidad es ligeramente más corto. Para equilibrar esta diferencia, cada cuatro siglos hay que omitir tres años bisiestos, y en el calendario gregoriano toles omisiones tienen lugar en los años que acaban en 00 y no sean divisibles por 400, aunque tal año sea bisiesto en el calendario juliano. Y esto significa —volvió a aporrear la mesa—, que 1900 no fue año bisiesto. Que no hubo, en consecuencia, ningún año bisiesto entre 1896 y 1904. O sea que hubo siete años consecutivos de 365 días, en vez de tres.

—¿No trastorna esto —se interesó Henry—, el calendario perpetuo que ha descrito?

—Naturalmente. El calendario perpetuo de los 1800 parte a los del 1900 por en medio, hablando en plata.

—¿Cuál fue el último año antes de 1920 en que el viernes 13 de febrero cayó en año bisiesto?

—He de calcularlo —se ofreció Halsted, haciendo correr el bolígrafo sobre otra servilleta—. Ah, ah... —murmuró, dejando el bolígrafo sobre la mesa—. Dios mío, en 1880.

—Cuarenta años antes de 1920 —dijo Henry—, o sea que el día en que el señor Hennesey redactó su desdichada nota era un viernes trece de febrero que, por primera vez en cuarenta años, no sería seguido por otro viernes trece, en marzo, por lo que es correcto aceptar que, a causa de su estilo grandilocuente, escribiese «el milagro de los cuarenta años». Por tanto, opino que el 13 de febrero de 1920 es el único día de toda su vida en que pudo redactar la nota.

—Pienso lo mismo —asintió Halsted.

También yo —reconoció Fletcher. Gracias, caballeros. Y especialmente a usted, Henry. Si ahora logro presentar esto en la forma correcta...

—Estoy seguro —murmuró Henry—, que al señor Halsted le encantará aclarárselo por completo.

EL ATAQUE DEL BEBE GIGANTE

Kit Reed

Quienes recuerden otros relatos de Kit Reed publicados anteriormente en nuestras selecciones (La parra, Tengo un tigre en casa, Cinosura, etc.) descubrirán a continuación una nueva faceta de esta excelente autora, capaz no sólo de un inquietante dramatismo, sino también del humor más corrosivo.

Nueva York, 9 mañana, sábado, 16 set. 197...

El doctor Jonas Freiburg está en un momento delicado de su experimento con electrolitos, ciertos mohos y el hombre interior. Freiburg (que, como muchos científicos, insiste en ser llamado doctor, a pesar de no ser en realidad un doctor en medicina), también tiene a su cargo la custodia de Leonard, su hijito, mientras Dilys Freiburg asiste a su clase semanal de cocina Zen. El doctor Freiburg ha llegado en coche con Leonard desde Nueva Jersey, y ahora el bebé está sentado sobre una manta rosada en un rincón del laboratorio. Leonard, de catorce meses, tiene una cajita de Malomares y un sonajero de plástico, y se supone que ha de jugar tranquilamente mientras su papá trabaja.

9,20: Leonard se ha comido todos los Malomares y está cansado del sonajero; deja la manta y avanza por el suelo del laboratorio. En lugar de arrastrarse a gatas, prefiere empujarse con los brazos, apoyando todo el peso en las manos, avanzando en una postura semisentada.

9,30: El doctor Freiburg quita del plato petri un cultivo poco satisfactorio. No se entera de que parte del preparado no va a parar al cubo previsto para tirar tales experimentos fallidos, sino al suelo.

9,30 1/2: Leonard halla el mejunje y, como todos los buenos bebés que desean investigar un producto extraño, se lo lleva a la boca.

9,31: Al volver del autoclave, el doctor Freiburg tropieza con Leonard. El niño chilla y el doctor lo coge en brazos.

—¿Qué te has hecho, Lennie? ¿Qué te has hecho? Oh, ¿qué tienes en la boquita? — algo cruje—. Oh, Lennie, caca, caca... Tíralo... Aaaajjj... Aaaajjj..., Aaaajjj...

Al fin el niño imita a su padre:

—Aaaajjj...

—Buen chico, Lennie, escúpelo a la mano de papá.—Buen chico... —el doctor Freiburg saca algo de la lengua del bebé—. Oh, un Malomar. Bien, Lennie, bien.

—B...ieeeeimn... —repite el niño.

Leonard ingiere el mejunje marrón y luego coge la nariz de su padre y trata de metérsela en la boca.

Desesperando de poder trabajar, el doctor Freiburg cubre con una tela su experimento, mete a Leonard en su cochecito y se dirige al pasillo para insertar la llave en la cerradura del ascensor automático, para bajar y salir del laboratorio secreto. Aunque se halla a un bloque del Riverside Park, el día es magnífico, por lo que el doctor Freiburg cubre varios bloques al este para reunirse con otros padres y sus bebés respectivos en los bancos del Central Park.

10,15: Los Freiburg llegan al parque. Aunque ya tiene cierta dificultad en sacar al bebé del cochecito, el doctor no observa nada raro. Deja al niño sobre el césped. El pequeño se apodera de una pelota de tenis abandonada y casi le cabe en la boca.

10,31 ¡Leonard crece ostensiblemente! Todo lo que lleva le aprieta: la camiseta deportiva, el pañal, los pantaloncitos de goma, y estas ropas, desde lejos, todavía pueden engañar respecto a su talla. Su padre está sumido en honda conversación con una linda divorciada que lleva dos mellizos, y aunque mira hacia Leonard de cuando en cuando, está seguro de que su hijo está a salvo.

10,35: Leonard divisa algo brillante entre los arbustos del extremo más alejado del claro, y se arrastra hacia allí para examinarlo. Se trata, claro está, del resplandor del sol

sobre el guardabarros de una bicicleta que, cuando él se acerca, retrocede; por lo que ha de seguir aproximándose.

10,31: Leonard ha desaparecido. Lo cual tal vez sea un bien, porque su padre se habría alarmado ante la creciente expansión de carne rosada que se ve entre su encogida camisa y el tirante cinturón de sus pantaloncitos de goma.

10,50: El doctor Freiburg levanta la vista, descubriendo la desaparición de Leonard.
Grita:

—¡Leonard! ¡Lennie!

10,51: Leonard no vuelve.

10,52: El doctor Freiburg se disculpa ante la divorciada para buscar al bebé.

11,52: Al cabo de una hora de búsqueda, el doctor Freiburg llega a la conclusión de que Leonard no se ha alejado por sí mismo, sino que se ha extraviado o lo han secuestrado. Y avisa a la policía del parque.

1 tarde: Leonard sigue sin aparecer»

En otra parte del parque, un borrachín se acerca a su prado favorito. Ve algo grande y rosado, que casi llena la mitad del claro. Antes de poder echar a correr, el fenómeno rosa se levanta, asiéndose a un pino para sostenerse, vacila y por casualidad se sienta encima del borracho.

1,45: Dos enamorados se asustan ante los inexplicables ruidos que surgen de entre los árboles, sonidos de crujido de maleza y golpes sordos, acompañados de gritos inarticulados. Huyen al acercarse el monstruo, contándole lo visto a un policía incrédulo, el cual los detiene hasta que llega una ambulancia para conducirlos a Bellevue.

Al sonido de lo que creen un trueno, una familia que almorzaba al aire libre vuelve al lugar de su acampada y ven que les falta la comida, los platos y todo lo demás. Suponen que es obra de un ladrón en bicicleta, pero les extraña un trapo rosa dejado por el asaltante: es la camisa de un bebé, estirada hasta lo inverosímil y rasgada como por una mano gigante, colérica.

2 tarde: Nuevos agentes se unen a la búsqueda policial para encontrar a Leonard Freiburg, de catorce meses de edad. Llega la madre del bebé, y tras unos momentos para recriminar la falta de atención de su esposo, trata de mejorar la descripción oficial: había una barca pintada en la camisa, y unos cachorros de perro estampados en los pantalones de goma. La búsqueda se complica por el hecho de que los policías ignoran que el bebé que buscan no es el bebé que hallarán.

4,35: Leonard está hambriento. Distraído por la aventura, hasta ahora ha jugado y ha sido feliz con un perrazo extraviado que es del mismo tamaño relativo que su escocés disecado de casa, su juguete favorito. Pero el perrazo ha reunido las escasas fuerzas que le quedaban para largarse, y Leonard recuerda que tiene hambre. Más aún, está enfadado por no haber hecho la siesta. Empieza a gimotear.

4,45: Con rapidez preternatural, la angustiada madre oye algo.

—¡Es Leonard! —exclama.

Al oír el sonido, la policía se pone apresuradamente los impermeables y los gorros de lluvia. Un patrullero tiente el terreno por un temblor.

—En su lugar, señora —dice otro—, yo abriría el paraguas. Se avecina una terrible tormenta.

—No sea ridículo —le increpa la señora Freiburg—. Es Leonard. Le conocería en cualquier parte —grita—: ¡Leonard, soy mamita!

—No sé lo que es, señora, pero esto no parece la voz de un bebé.

—¿Cree que no conozco a mi hijo? —coge un altavoz—. ¡Leonard, soy yo! ¡Mamita! ¡Leonard! ¡Leonard!

Leonard oye los gritos al otro lado del parque.

5 tarde: El helicóptero de control del tráfico informa sobre una forma pálida y extraña que se mueve por un rincón remoto de Central Park. A causa de su tamaño aparente, ninguno de los ocupantes del helicóptero relaciona esto con el bebé extraviado de los Freiburg. Cuando los excitados locutores radian los detalles y los hombres de la sala de control sonríen ante lo que creen las primeras manifestaciones de una gran broma, la masa empieza a moverse.

5,10: En la principal zona de juegos, la policía examina sus armas mientras el aire se llena con el ruido de la maleza quebrada y la tierra empieza a temblar al aproximarse algo enorme. En las comisarías de ambos lados del parque, las centralitas no paran cuando los habitantes que viven por encima de la línea de árboles comunican la cosa increíble que acaban de ver desde sus ventanas.

5,11: La policía se agazapa y esgrime las armas contra algaradas; los Freiburg se abrazan anticipadamente; se extiende un espantoso hedor y un ruido como el de una tromba de aire, y una figura inmensa llega al claro, acarreando ramas de árbol y arbustos que devora con" alegría.

La policía se dispone a disparar.

La señora Freiburg pasa por entre los agentes, protegiendo a la enorme criatura con su frenético cuerpo.

—¡Deteneos monstruos, es mi bebé!

—Mi bebé Leonard —repite el doctor Freiburg—, y en aquel momento su alegría cede el paso a la culpa y la desesperación—. ¡El cultivo! ¡Dios santo, el cultivo beta! ¡Y yo creía que se comía los Malomares!

Aunque Leonard ha derribado varios árboles y dañado innumerables automóviles al correr para reunirse con sus padres, se muestra muy cariñoso con ellos.

—M...m...m...m...m... —gruñe, cogiendo en vilo primero a su madre y luego a su padre.

La familia Freiburg se abraza entre sí lo mejor que puede. Leonard mira a su padre con una mirada malévola que la madre reconoce.

—¡No, no! —le suplica—. ¡Déjalo en tierra!

El fenómeno deja en el suelo a su padre. Luego, riendo, agarra a un policía, lo examina y se mete la cabeza en la boca. Como Leonard tiene pocos dientes, el sargento emerge físicamente ileso, pero con las mejillas encendidas por el terror.

—¡Déjalo en el suelo! —repite la señora Freiburg. Luego se enfrenta con el teniente— : Será mejor que le den de comer. Y que me den algo para poder cambiarle —añade, refiriéndose oblicuamente al hedor. El teniente la mira extrañado hasta que ella le indica una masa sucia que está pegada al enorme pulgar del pie izquierdo—. El pañal está destrozado —se, vuelve hacia su esposo—. Ni siquiera se lo cambiaste. ¿Y qué hiciste con él en mi ausencia?

—El cultivo beta —confiesa Freiburg. Está pálido y estremecido—. Es excelente.

—Pues será mejor que halles algo para invertir los efectos de la fórmula —razona su esposa—. Y cuanto antes mejor.

—Claro, querida —asiente el doctor Freiburg con más confianza de la que experimenta. Sube al coche de la policía que aguarda para trasladarlo velozmente al laboratorio—: A lo mejor, esto me llevará toda la noche —advierte.

La madre contempla calculadoramente a Leonard.

—O quizá toda la semana.

Mientras tanto, el camión lleno a medias con paquetes de Pan Maravilloso y el tanque del agua ha llegado con la cena de Leonard. Una de las dotaciones cherokee que ayudó a construir el puente de Verrazano Narrows ha arreglado lo del pañal, con una limpieza preliminar del bebé a cargo de varias mangueras apuntadas hacia él y manejadas por el Departamento de Bomberos Auxiliares. Los funcionarios del Madison Square Garden han traído unas lonas para tapar a Leonard en su cuna apresuradamente construida con diversos objetos, y los grafistas trabajan fuera.

—Pinte un pato —le ruega la señora Freiburg a uno de los grupos minoritarios con latas de *sprays*—. Quiero que aquí sea feliz.

Leonard juega con los rinocerontes Steiff de tamaño natural prestados por FAO Schwartz, y se dispone a dormir.

Su madre está de guardia hasta medianoche, por si acaso Leonard llora, y al otro lado de la ciudad, en su laboratorio secreto, el doctor Freiburg ha convocado a algunos de los mejores cerebros de la ciencia contemporánea para que le ayuden en su búsqueda del antídoto.

Mientras tanto, las grandes emisoras de televisión han establecido diversos puntos de vigilancia, con diversos *cameramen* en el lugar para grabar los últimos sucesos.

Ante la insistencia materna, la policía antidisturbios se ha retirado a la vecindad del Plaza. En el parque reina un ambiente de sosegada confianza. Pese a las luces y el ampliado sonido de la pesada respiración, la fatiga se apodera de la señora Freiburg, y poco antes de amanecer se duerme.

5 mañana domingo 17 set.

Por desgracia, como casi todos los bebés, Leonard se despierta temprano. Seguro del amor de su madre, al despertarse sale de su cuna, encaminándose a la calle 79, saliendo del parque y dirigiéndose al río. Aunque la gente de la vecindad se despierta por el ruido que hace al deshacer la cuna y al chocar accidentalmente con un remolque que vuelca, y cuidadosamente el bebé vuelve a enderezar, ya es tarde para detenerle. Ha escapado del parque a tiempo, y todo el mundo se pregunta si cabrá entre los edificios de la calle 79 Este, dentro de unas horas.

5,11: Llega la madre de Leonard. No consigue atraer la atención de su hijo porque ha soltado el taxi y chapotea con las manos en el agua, volcando las barcas en varios kilómetros a la redonda.

En su laboratorio, el doctor Freiburg ha conseguido reducir un gato a la mitad de su tamaño, pero no halla el modo de multiplicar la dosificación sin vaciar todos los laboratorios de la nación a fin de componer bastante brebaje con el ingrediente primordial. Está frenético porque sabe que no hay tiempo.

5,15: A falta de otro modo de solucionar el problema, las mangueras de incendios propulsan leche a Leonard, acertándole o no. El bebé está furioso por los fallos y empieza a arrojar sus juguetes.

La Guardia Nacional, avisada cuando Leonard bajaba por la Calle 79 hacia el río, intenta disuadir al niño con artillería ligera.

Naturalmente, el bebé empieza a llorar.

5,30: Pese a los esfuerzos maternos para que calle, con el altavoz y los rinocerontes Steiff atados al extremo de una polea gigante, Leonard sigue chillando.

Llegan los jefes de personal é intentan examinar el problema. Leonard llena casi el río en el lugar donde está sentado. Sus lágrimas han elevado el nivel del agua, amenazando con inundar algunas zonas de la Autopista FDR. Los camiones anunciantes radian simultáneamente discos de *Chitty—Chitty Bang Bang*, lo cual ha reducido los sollozos, disminuyendo así la inminente amenaza de derribar los edificios colindantes; pero aún queda el problema de las embarcaciones, ya que el niño juega con los remolcadores y las barcas, pero, a causa de su edad, se aburre pronto, y ya ha arrojado varios juguetes al puerto, provocando desastres fluviales a lo largo de toda la *Eastern Seaboard*. Ahora ha levantado la techumbre de un edificio y examina su contenido, sacando varias partes que le parecen apetecibles, las cuales devora enteras. Tras un abreviado debate, los jefes de personal discuten la posibilidad de usar armas nucleares de tipo limitado. Hay descartado el cañón tranquilizante a causa de la magnitud del problema, y se preguntan si varias dosis masivas de veneno causarían efecto.

Al escuchar algunas de estas conferencias, la angustiada madre se apodera del equipo del Canal Cinco para efectuar un llamamiento nacional. Todas las madres militantes de los distintos distritos marchan hacia el lugar, amenazando con una venganza en masa si al bebé le sucede algo.

Los problemas de la contaminación son cada vez más agudos.

La ONU se halla en sesión permanente.

Los primeros ministros de todas las grandes potencias han enviado mensajes de inquietud, con timoratas ofertas de ayuda.

6,30: Leonard ha sacado los últimos pedazos del edificio, y como se ha cansado de jugar con la bomba de incendios, está aburrido. Cuando los tanques atruenan la Calle 79 Este, apuntando los cañones, y los bombarderos SAC despegan de su base secreta, el bebé se apoya sobre sus manazas y avanza hacia alta mar.

634: El bebé ya ha llegado a aguas profundas. Los aviones SAC comunican que Leonard, flotante gracias a las enormes cantidades de grasa de su cuerpo, se sostiene estupendamente; ha desayunado una ballena.

Llega el doctor Freiburg.

—Ingredientes substitutivos. He hallado el antídoto.

—Demasiado poco y demasiado tarde —sentencia la madre.

—Pero nuestro bebé...

—Ya no es nuestro bebé. Ahora pertenece a los océanos.

Los jefes aún discuten varias alternativas.

—Tal vez deberíamos ir a buscarle...

—En su lugar, yo no lo haría —interviene la señora Freiburg.

El comandante supremo pasa su mirada de la madre a los jefes de personal.

—Oh, bueno, ya está en aguas internacionales.

Los jefes intercambian una mirada de alivio.

—Entonces, ya no es problema nuestro.

Sofocado por la culpa, el doctor Freiburg mira hacia el mar.

—Pobre, ¿qué será de él?

Ciencia Ficción - Selección 28

—Allá donde vaya —exclama la madre—, mi corazón estará con él, pero me pregunto si el agua salada será buena para su delicada piel.

SHAKESPEARE DE LOS MONOS

Robert F. Young

Si nuestros lectores habituales se han sorprendido con el «cambio de línea» de Kit Reed, les advierto que no ha sido nada comparado con lo que les depara Robert F. Young. El lírico y «tradicional» (en la medida en que en la SF cabe hablar de tradicionalismo) autor de La doncella de Orleans y Las arenas azules de la Tierra, se lanza a continuación, con notable acierto, a un auténtico tour de force en la línea de la SF de vanguardia.

ESCENA 1

Lowery se despierta; es domingo por la mañana. Abajo suena el rumor del desayuno, pero no se levanta inmediatamente. Se queda debajo de la sábana de muselina escuchando adormilado el ruido de la vajilla, el grifo del agua, el ahogado sonido de las pisadas de Nora en el suelo enlosado de la cocina. El dormitorio está iluminado por el sol matinal, aromado por la respiración matutina de la hierba exterior.

Los muros de la celda de mi prisión son la trama del tiempo. La puerta es un tablero de noches y días. Al otro lado, una ventanilla da al mañana, pero está demasiado alta para poder mirar por ella. Los muebles consisten en una sola silla y una mesita. Encima de la misma hay una resmilla de papel de escribir; al lado, una pluma surge de un tintero seco hace ya tiempo...

Huele a café. Habrá huevos, al estilo del Oeste, con tostadas y tocino. Aparta la sábana, pone los pies en el suelo y busca las zapatillas que se quitó la noche antes. Ya dentro del fieltro, sus pies le conducen al cuarto de baño, donde alivia la tensa vejiga y se lava las manos y la cara. Se peina colocando en su lugar los mechones de cabello castaño que le cubren la frente mientras sueña, y examina sus mejillas comprobando que necesita un afeitado. No ahora mismo, pero sí dentro de poco; también ha de recortarse el minúsculo bigote. Es su única afectación física, que le otorga un aspecto académico.

Con su batín malva, desciende por la alfombrada escalera, cruza el amplio salón y penetra en la cocina con olor a café. Su naranjada brilla dentro del vaso de cristal que está encima de la mesa de fórmica; la toma de tres sorbos. A sus espaldas, Nora dice:

—Mamá y papá vendrán al salir de misa.

Lowery no hace ningún comentario. Nora, que fue a la misa de cinco, mete dos rebanadas de pan en el tostador automático. La mesa está preparada para dos; hay huevos y tocino en los platos y sirve el café. A los treinta y ocho años, no es tan descuidada como su cabello despeinado y su bata casera proclaman. Sus movimientos revelan una ligereza natural, una rotundidad muy agradable de caderas y muslos. Su cabello, una vez lavados los platos, quedará bien peinado hasta sus hombros, descendiendo en ondulaciones oscuras interminables con las trenzas en cascada separándose para revelar un rostro afilado, pero agradable, con unos ojos azules como flores silvestres debajo de la cornisa de unas cejas negras.

Al escogerla por compañera, habría podido elegir peor. Cierto que es casi insensible, pero también menos materialista que los otros miembros de su tribu; es duradera, aún más que sus contemporáneos genéticos. Las hembras de mi crono—tierra natal se desgastan antes de los treinta años. Y entonces... todo está bien. Pero aquí, en el pasado, es, *comme il faut*, vivir, con el jarro mucho después de que las flores se hayan mustiado; por tanto, es conveniente que el jarro sea duradero.

He de incluir esta profunda observación en el texto de la novela que nunca escribiré.

ESCENA 2

—La casa mira al este. En su patio trasero y sombrío, los diamantes de las gotas del rocío relucen sobre la hierba. En el patio con toldo, llevando pantalones cortos y, con una bolsa de diez libras de yescas, Lowery contempla su casa. No lejos del patio crece un álamo Schwedler. A la derecha de Lowery, una puerta posterior da un estrecho acceso al garaje contiguo que alberga su «Bonneville». Entre el álamo y el patio se levanta la chimenea exterior que construyó el verano anterior con sus propias manos. Es notablemente similar a la del patio posterior de su vecino, *Hambrienta* Jack (el apodo es del propio Lowery), quien también la construyó por sí mismo.

Lowery no puede encender el fuego sagrado tan temprano, pero sí colocar las sagradas yescas. Hace varios años, a finales de un ardiente verano, en respuesta a un impulso masoquista, ordenó a su clase de inglés escribir una composición titulada *Cómo pasa mi padre sus domingos*. Su masoquismo se vio ampliamente apaciguado: un noventa por ciento de los padres eran de la misma ralea sacerdotal que él y celebraban similares ceremonias carbonáceas.

No necesita podar el jardín, pues lo había hecho el día anterior, pero la hierba que rodea la base del álamo y flanquea el suelo del patio había escapado a la cuchilla, y resulta muy desagradable a la vista. Por consiguiente, va en busca de la podadera que está en el garaje y empieza a trabajar. En la otra casa, su vecino *Hambriento* Jack empieza a trabajar con su podadera mecánica; el silencio dominical, antinatural en principio, concluye. Jack maneja la podadora como si fuese una taladradora, sentado pesadamente en el diminuto asiento. Sale de la casa uno de sus siete hijos, frotándose los ojos. Corre hacia la pequeña taladradora colorada.

—Papá, ¿puedo conducir yo? ¿Puedo?

—¡No! —clama Jack por encima del clamor—. ¡Vuelve adentro y termina tu plato de cereales!

Jack saluda a Lowery con el brazo al efectuar el primer pase. Lowery le devuelve el saludo, levantando la vista de la base del álamo. Siete hijos...

Al revés del Bloque Parnasiano que los psicocirujanos cuatripartitos interpusieron entre mi inconsciente personal y mi esfera endopsíquica, la subsiguiente escisión electroquirúrgica de mis vasos deferentes por el equipo de médicos técnicos fue una rutina más que una medida punitiva. Los procronismos ocasionados por la retrodiseminación y el reajuste sólo crea trastornos insignificantes en el fluir del tiempo, pudiendo ser prudentemente ignorados (consideremos, por ejemplo, cómo muchos CRR se hallan involucrados en la instalación de un preso político en una celda del pasado); sin embargo, un solo procronismo introducido en la fórmula evolutiva de las especies es capaz de crear una perturbación lo bastante poderosa como para enviar el fluido por otro canal. Obviamente, pues, ninguna dictadura con su debida mente colectiva debería, al aprisionar a un enemigo político en el pasado, arriesgar la fecundación de una hembra que le haya precedido en la escala evolutiva, por parte del mismo por no hablar de la eventual preñez de uno de sus propios antecesores genéticos.

En ningún caso habría querido siete hijos. Ni siquiera uno.

—Vic —la voz de Nora sonó en la cocina— ha llegado el periódico dominical.

Lowery termina de podar en torno a la base del *Acer platanoides Schwedleri*, deja para más tarde la limpieza final del patio y entra en la casa. Después de servirse una segunda

taza de café, se retira al salón, donde le aguarda el *Sunday Journal* sobre la mesa que está al lado de su sillón favorito.

ESCENA 3

El *Journal* está alegremente envuelto en historietas cómicas; las descarta, se sienta y consume las mismas viandas intelectuales que deben de haberles servido a Jack, a Tom, a Dick y a Harry, en la misma calle.

Después de enterarse sobre la venalidad, la corrupción, las violaciones, los asesinatos, las mutilaciones y el tiempo, lee las críticas de libros. El *Journal* siempre les dedica toda una página. Hay una novela de Nabokov, otra trilogía de Barth. En un recuadro en el centro de la hoja hay una anécdota humorística de Mark Twain. Desde que dio un impulso a sus riendas literarias, el *Journal* ha publicado al menos mil anécdotas, la mitad respecto a la misma figura literaria. Lowery, que las ha leído casi todas, abandona ésta disgustado antes de llegar a la mitad de la primera frase.

La «Twainofilia» (invento humildemente el término) es una enfermedad común entre los simios actuales. Irónicamente, Clemens es más admirado por los que no lo han leído nunca, y para quienes lo han leído su prestigio se debe a una desaparecida figura literaria americana que aprovechó la campaña anti—impotencia que incesantemente ondeó contra sí mismo, al declarar a *Huckleberry Finn* el mejor libro de América. Es cierto que el Régimen Sarn reservará un nicho a Twain—Clemens, pero será muy inferior en comparación al reservado a Nabokov y a uno o dos gigantes del siglo xx, oscurecidos en su época por la troglodítica sombra del pasado, y deberá su existencia más a la nostalgia que a una calidad auténticamente literaria.

Viviendo en esta omnipresente sombra, a veces me pregunto si el Tribunal Cuatripartito, al imponerme mi sentencia, no pudo exagerar mi castigo, en lugar de ordenar que insertasen un Bloque Parnasiano entre mi inconsciente personal y mi esfera endopsíquica, que hubiera así permitido que la llama creadora que me consumió en mi época me consumiera en ésta: dejarme escribir con la misma salvaje disciplina con que escribí «antes»... sólo para ver cómo el oro que labré esperanzadamente quedaba empañado por el nostálgico resplandor que emanaba de aquella tumba superquemada...

El ruido del taladro de juguete de Jack ha quedado superado por el más débil de otra podadora mecánica calle arriba. Forma un fondo agradable contra los chillidos de los niños que celebran la mañana del domingo con expediciones ciclistas en torno al bloque de casas. Lowery maldice en voz baja y deja a un lado el periódico. En la puerta de la cocina, Nora observa por entre sus oscuras trenzas.

—Vic, dentro de un momento llegarán mamá y papá. ¿No crees que deberías cambiarte?

Arriba, Lowery se ducha, se afeita, se recorta el académico bigote. Se pone unos pantalones de verano y una camisa de manga corta. Los padres de Nora detienen en el sendero su «Imperial» mientras él se ata los zapatos, y oye cómo Nora los recibe con alborozo. Sin embargo, no baja al momento; prefiere entrar en su despacho al otro lado del pasillo, y se sienta al escritorio»

ESCENA 4

La superficie del escritorio está vacía, exceptuando una extensión telefónica y un cenicero. Debajo, a unos centímetros de sus pies, hay una caja de cartón polvorienta. En su interior se hallan una docena de libretas llenas de una escritura menuda y perfecta, un par de cuadernos también escritos, unas diez páginas escritas a máquina con el título «3.984», dos esbozos a máquina, de igual título, uno al natural, el otro muy corregido y revisado, hasta el punto de que las palabras contenidas en los añadidos e inserciones superan a las del texto original. No hay ninguna copia en limpio.

Junto a la mesa, una «Smith—Corona» portátil se halla encima de un soporte metálico. Su funda transparente está agrietada en tres sitios. Envolviéndolo todo hay un aura de desuso tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

Lowery contempla la máquina sin verla. Los estantes de libros cubren todo un muro desde el suelo al techo. Enciende un cigarrillo y sopla el humo hacia Emma, Tom Jones y Moll Flanders; a Becky Sharpe, a Jane Eyre y a lord Jim...

«Queridos papá y mamá:

»Una nota para haceros saber que estoy muy bien en las páginas del pasado. Mis cuñados acaban de llegar para el semanal rito tribal en el que la oferta ardiente de la barbacoa será presidida por vuestro hijo Víctor. Vivir entre los monos de la Era Técnica fue difícil al principio, pero ya he aprendido sus costumbres y me he situado en su sociedad. Como sabéis, incluso me casé con una de su especie. Naturalmente, hubo un gran obstáculo a causa del "Bloque Parnasiano, respecto a lo cual ya he escrito varias veces. Como sabéis por mis anteriores epístolas, esto era de esperar, y en vano he tratado de engañarme durante los primeros años de mi encarcelamiento; sin embargo, desde entonces, he aceptado mi papel de preceptor simplón, instilando errores, conceptos y cálculos equivocados en las mentes de mis alumnos, y espetándoles embustes clarísimos al rostro. A menos que dé la impresión de un estado de tremenda desdicha, permitidme añadir que he aprendido a mentir con bastante destreza y he llegado a gozar, dentro de lo que cabe, del común pasatiempo de coger chucherías en el bosque. Bien, como dije, es de nuevo la Hora del Ritual; de modo que he de concluir esta última de la larga serie de cartas que nunca escribiré.

»Esperando que estéis bien... vuestro amante hijo

»VÍCTOR.»

—¡Vic! —llama Nora al pie de la escalera—. Están aquí.

No puede demorarse más. Obedientemente, desciende al salón.

ESCENA 5

La estructura mesomórfica de papá soporta un traje gris de doble peto; mamá, mucho más delgada, luce un vestido azul—polvo. La colonia de papá es una miasma gruesa en el salón, el perfume de mamá una niebla transparente. Como siempre, se alegra mucho al ver a Lowery, besándole en la mejilla. Se considera su segunda madre. Papá permanece a cierta distancia. A sugerencia de Nora, todos se sientan, ella entre mamá y papá en el sofá, Lowery en su sillón. Papá trata con gran prolijidad de su reciente prostatectomía, y luego habla de temas más livianos, como el dolor que mamá acusa en su costado, en tanto que el doctor Kelp asegura que sólo son nervios. Inevitablemente, la conversación deriva en torno

a Tom, el hermano mayor de Nora, y papá tiene justamente unas fotos hechas con cámara polaroid de los tres adorables hijos de Tom y Bárbara, sacadas la semana anterior. Nora y Lowery estudian las fotos policromáticas, pasándolas ella a su marido, en tanto éste las va dejando sobre sus rodillas, devolviéndoselas después a papá.

Ya es hora de que éste mencione que Tom se abre paso en la construcción. Papá es un albañil retirado, y en su época ganó mucho en la construcción. Prueba de ello, su hogar a nivel partido en el campo; su «Imperial» 74 que está ahora en el sendero. Lowery se estremece en su sillón. Nerviosamente, Nora enciende un cigarrillo. Papá la mira enfadado. El dejó de fumar seis años atrás.

—Si todo el mundo fuese albañil —comenta mamá—, todos conduciríamos automóviles de ladrillo.

Es su chiste favorito, sólo reservado para estas ocasiones.

Nora se levanta y pone en marcha la televisión. Acaban de empezar las noticias de las 12. Se ha estrellado un avión en Chile. Sólo hubo 102 muertos, pero la cifra aún no es definitiva, por lo que puede aumentar. Lowery se disculpa alegando que ha de encender el fuego («¿encender? ¿relumbrar?») y sale de la estancia.

—Pobre chico —oye decir a mamá—. Cada vez que cae un avión, le trae el recuerdo...

Se refiere a un accidente de aviación de veinte años atrás, en que los padres putativos de Lowery se contaron entre los 114 muertos.

ESCENA 6

El delantal de cocina de Lowery está colgado en la alacena de la despensa. Desde el último Dum Dum que presidió ya lo han lavado, pero aunque se marcharon las manchas de grasa y carbón, quedaron los trazos consabidos (JEFE DE COCINA Y LAVABOTELLAS, ¡CÓGELO MIENTRAS ESTA CALIENTE! ¡HOLA, VECINO! ESPACIO RESERVADO). Masoquistamente, continúa. Hay un gorro de cocinero muy cómico, muy adecuado. También se lo pone, encasquetándose hasta que el borde le aprieta dolorosamente la frente abombada.

Coge una lata de carbón más ligera del garaje, desenrosca la tapa y realiza la libación; luego retrocede y echa una cerilla encendida hacia los carbones. La sagrada llama salta, los absorbe brevemente y disminuye. Luego, los carbones empiezan a enrojecer, como los tizones de Poe.

En el patio de Jack, los siete hijos del vecino juegan al béisbol. Jack, en su calidad de vigilante de fin de semana, se ha marchado hacia la luz lunar en el coche—patrulla. Papá sale al patio en mangas de camisa, con una lata de «Schlitz». Se sienta en el deslizador y apoya la lata en su regazo. Mamá y Nora disponen las freidoras. El sol ha llegado al cenit y su luz dorada cubre cada centímetro cuadrado del patio, salvo el sitio en sombra que deja el Schwedler. El cielo está sin nubes y debería ser azul, pero no es así, ya que ha adoptado un brillo metálico.

En el tribunal del condado, mi nacimiento está registrado oficialmente el 10 de julio de 1932. ¡Yo, que no naceré en dos mil años! Las inconveniencias del Cuatripartito se extienden a innumerables zonas, pero no tiene rival su proeza en la prolepsis física y metafísica.

Sin embargo, la falsificación de mi nacimiento sólo constituye la primera frase del cómico folleto sobre mi pseudopasado que de modo tan eficaz hicieron circular sus agentes. Los engaños relativos a mi ficticia existencia entre 1932 y 1958 se hallan a montones en las escuelas en las que yo presumiblemente enseñé, y en las mentes de los maestros y profesores que presumiblemente me enseñaron. A mis «condiscípulos» les fueron implantados recuerdos míos en sus cortezas; a las «antiguas novias», falsas memorias fálicas de mí en sus entrañas. Los «vecinos compatriotas» me recuerdan como el hijo único de una pareja que ardió entre llamas de diez octanos. Por Navidad, recibo tarjetas y/o regalos de completos desconocidos que pretenden ser mis tíos, y a los que yo finjo aceptar como tales. En algún archivo militar se halla el expediente de un tal Víctor Lowery, muerto en una «acción de policía» en la que nunca participé. Enterrada entre mis papeles tengo una «Licencia con Honor» sorprendentemente realista.

Cuando los científicos de Sarn inventaron el viaje en el tiempo durante los últimos años del Régimen, no soñaron siquiera en cuál sería su uso final. Ni los psicocirujanos de Sarn, cuando inventaron el Eslabón Parnasiano, soñaron que algún día podría ser cambiado por el Bloqueo Parnasiano.

Esta falta de previsión es casi una traición. ¿Por qué medios más eficaces podría una dictadura deshacerse de un genio que encerrándole en el pasado? ¿Y qué medios serían más eficientes para una dictadura que castigar a un impugnador del estado apagando la llama que hace posible la impugnación?

A veces, en mi agonía, grito no sólo contra las fuerzas del mal que me han robado el derecho a nacer sino contra las fuerzas del bien que han hecho practicable el robo...

Los tizones de Poe están en su apogeo. Papá marcha a la cocina en busca de una segunda lata de «Schlitz». Nora saca las cosas para freír y Lowery las deja sobre el asador con una horca de dos dientes. Mamá dispone la mesa en el patio. El resplandor de la tarde aumenta el color metálico del cielo.

El «Schlitz» encaja naturalmente en la mano cuadrada de albañil de papá. Mamá le entrega a Lowery una bandeja de «Rebozo Catalina» con la que rebozar los fritos. Lleva un delantal de cretona de Nora sobre su vestido azul y luce una cálida sonrisa maternal. En la casa vecina, la esposa de Jack deja una bolsa medio llena de carbones dentro de la chimenea, y los enciende con el mismo tipo de encendedor usado por Lowery.

—Después de comer —anuncia mamá— iremos a dar Un Agradable Paseo.

Papá bebe su «Schlitz». La grasa del pollo y el «Rebozo Catalina» chisporrotean sobre los tizones de Poe; surgen volutas de humo. Mamá coge la horca de manos de Lowery.

—¿Por qué no vas al patio y haces compañía a papá?

Atrapado, Lowery se quita el gorro y el delantal; en el deslizador, papá y el «Schlitz» dejan sitio para uno más. En la cocina, Nora pone a hervir el agua para el cereal. Papá vuelve a hablar de su prostatectomía, y recuerda algunos hechos de su época de albañil. Ocasionalmente, observa las manos afeminadas de Lowery. Inevitablemente, su hijo Torn vuelve a ser la figura central.

—La semana pasada llevó a su casa seiscientos sesenta y seis dólares con setenta y cinco centavos.

Lowery calla.

—Su prima sola ya es más elevada que el sueldo de otros individuos.

—Más que el mío —admite Lowery.

—Tal vez. Pero los profesores tampoco vais mal ahora. Y el empleo de la biblioteca en verano también te ayuda.

El Schwedler está directamente en la línea visual de Lowery. Contempla los arabescos del cielo formados por los fascículos rojo oscuros. Aquella visión centelleante le hiere en los ojos, y al fin baja la mirada. Los arabescos continúan un rato en su retina, y gradualmente desaparecen.

Es hora de comer. Papá coge otro «Schlitz» para acompañar sus bocados. Ñora, mamá, Lowery y papá se sientan en la mesa del patio. Lowery a un extremo, papá al otro. Papá amontona en su plato la ensalada de patatas; su freidora llena la mitad del mantel. Durante toda la comida no deja de picar el cereal. Lowery picotea su comida. El ruido de una podadora mecánica llega débilmente desde la otra manzana cuando un perezoso limpia su jardín. Hay un temblor apenas perceptible cuando el domingo cambia a segunda marcha.

Hay veces, que deseo poder aceptar los hechos tan falsos puestos en circulación por mis carceleros, en que deseo poder identificarme plenamente con los simios de las playas de esos cronocincontinentes oscuros a las que he sido arrojado. Pero no puedo. Una cosa es imitar a un mono; otra, serlo. Por esto he de andar solo, recordando, cuando me dirijo a las tierras verdes de Argo, los mares amarillos de Tant, las ciudades poderosas del archipiélago artificial de Guitridges, construido antes de que se derrumbase el Régimen de Sarn; soportar estoicamente las afrentas vertidas sobre mí cuando en poesía—prosaica me atreví a exponer las maderas carcomidas de la monstruosa estructura que se levantó de entre las ruinas del Régimen. Un gigante caminando entre pigmeos, robándole a sus crías los méritos literarios de otros pigmeos que no encajan con el brillo de sus zapatos...

El «Imperial», papá al volante, se abre paso a lo largo de la costa. Por entre los arcos verdeantes formados por los álamos de azúcar el coche pasa por viñedos, casas y graneros. Lowery está sentado al lado de papá, en el asiento delantero; mamá y Nora van en el de atrás. Lowery había sugerido coger su «Bonneville», pero papá no le ha hecho caso. El «Imperial» tiene Aire; el «Bonneville», no. Papá cree en el Aire. Con las ventanillas bien cerradas, el «Imperial» respira por entre las hileras de cepas que parecen girar como los radios gigantes y verdes de una maciza rueda horizontal. Las uvas son... serán en otoño, concordes. Este es el País Concorde.

Papá no conduce hasta muy lejos. El «Imperial» posee un PVC tenia, y el indicador de la gasolina decae visiblemente a cada milla. La gasolina va cara estos días. Pensándolo bien, Lowery se alegra de no haber sacado el «Bonneville». También posee un motor como una tenia.

Bueno, al menos no se ha desaprovechado el domingo.

Ha quedado de manifiesto que al llegar el otoño (prometido por una temprana brisa), habrá buena cosecha de Uvas.

Misión cumplida, papá se dirige a una Parada de Helados al Gusto para la *pièce de resistance* del día. Mamá pide un «Sundee», papá un doble, Nora un mediano y Lowery enciende un cigarrillo.

ESCENA 7

—Vic, me gustaría que no fumases en el coche —observa papá.

—¿Por qué? —pregunta Lowery—. No puedo incendiar nada. Está hecho de ladrillos, ¿verdad? Como tu cerebro.

Hay un silencio terrible. Papá pone en marcha el motor.

—Tienes suerte de ser el marido de Nora, de lo contrario...»

—*Tú* tienes suerte de que yo sea el marido de Nora... no yo. ¿Quién sino un tonto maestro de escuela te la hubiese quitado de encima?

—¡Vic! —exclama mamá.

Nora empieza a llorar.

Papá vuelve a la carretera, conduciendo con una mano. Lowery aplasta el cigarrillo contra el impoluto cenicero.

—Seguro que cuando ibas a colegio llevabas ladrillos en la cartera en vez de libros.

El paseo termina en completo silencio. La frialdad del coche tiene poco que hacer con el Aire. Incluso mamá deja de despedirse de Lowery cuando papá les deja, a él y a Nora, delante de la casa. Lowery se sirve una taza de café que se lleva al patio.

ESCENA 8

El cielo continúa con el resplandor metálico. Aún no hay la menor insinuación de noche. Nora se reúne con él, pero no habla. No le hablará en varios días. La última vez que él se enfadó con papá, no le habló en toda una semana.

Al fin, el color metálico se suaviza. Durante un rato, el horno del sol arde en color rojo más allá del Schwedler. Hay un débil temblor de los fascículos cuando el domingo se pone en la tercera y última marcha.

Nora y Lowery entran en casa. Ella pone en marcha el televisor y juntos contemplan el programa semanal de Lawrence Welk.

ESCENA 9

La película ABC la dan una hora antes. Ya la han visto dos veces, pero ninguno de los dos intenta sintonizar otro canal. Una vez más, Alec Guinness sufre noblemente por causa de la casta. Una vez más, los comandos de Jack Hawkins atraviesan la jungla. Una vez más, el Puente es volado para la Venida del Reino.

—¡Embrutecimiento! ¡Embrutecimiento! —grita el oficial médico, descendiendo por la pendiente...

Dan el noticiario. Lo contemplan y se van a la cama. Lowery yace inmóvil en la obscuridad hasta que la rítmica respiración de Nora le dice que duerme... Después, sin hacer ruido, lleva la única silla de su cronocelda a la pared debajo del ventanuco y sube al asiento. Levantándose de puntillas y estirándose en toda su estatura, logra asir el sillero de la ventana con las puntas de los dedos. Se va izando con suma práctica, apoya un codo en el alféizar, y luego el otro. Lentamente, asciende y pasa a través del campo del éxtasis, surgiendo por la base de una montaña llena de árboles. Después, empuja su cuerpo real a su propio través. El correlator dimensional construido en el campo emerge de dentro afuera.

Después se asienta a su alrededor, y él empieza a trepar por la montaña. Es de noche, pero la luz de las estrellas aligera la oscuridad, y se abre paso con facilidad por el familiar sendero que sube a través de las coníferas hasta el chalet. Una vez dentro del mismo, llama a un psicocirujano al que conoce y es aún leal al Régimen de Sarn, que está en el subsuelo. ¿Podría el psicocirujano venir al instante y quitar el Bloqueo Parnasiano a Lowery? El psicocirujano no sólo puede, sino que se alegrará mucho de prestarle un servicio a un compatriota tan leal como Lowery. Llegará dentro de unos instantes.

Lowery se pasea, fumando cigarrillos. Mantiene baja la luz y las persianas corridas porque en la zona hay agentes cuatripartitos. Al fin, el avión del psicocirujano aterriza en el claro que hay frente al chalet Lowery sale a recibirle, y los dos viejos amigos se cogen del brazo, hacia el chalet. El psicocirujano es ya anciano, pero nadie ha logrado superarle en su profesión. Lleva a Lowery al diván, donde éste se tiende. El psicocirujano abre su maletín negro y saca una caja rectangular cromada. Después enchufándola en una toma de corriente de la pared, la sostiene exactamente a veintiocho centímetros sobre la frente de Lowery, y la hace funcionar. Tres rayos finísimos de color azul surgen del fondo de la caja y convergen en el centro de la frente de Lowery.

—No tardará mucho —asegura el psicocirujano, inclinándose sobre su paciente para estar seguro de que los rayos convergen en el sitio exacto—. Estará fuera de aquí en un instante.

El aliento del psicocirujano huele fuertemente a *spaghetti* francoamericanos. Es una auténtica denuncia; sólo los leales cuatripartitos comen *spaghetti* francoamericanos. Lowery aparta de sí la caja y se pone en pie.

—¡Sé lo que intentas! —grita—. ¡Los cuatripartitos quieren privarme del Bloqueo! ¡Ellos te envían!

—En realidad, así es —afirma tranquilamente el psicocirujano. Una mosca surge de su nariz izquierda, se arrastra en diagonal por su despoblado labio superior y se detiene en la comisura de la boca—. Creen que al privarte de tu llama abusaron un poco y ahora desean rectificar su error. Si amablemente adoptas de nuevo tu posición en el diván, yo...

—¡No! —proclama Lowery—. ¡No me fio de tí! ¡Quiero volver al pasado!

Instantáneamente, la habitación se llena de agentes cuatripartitos.

Lowery consigue evitar sus garras y vuela hada la puerta. Corre colina abajo, eludiendo expertamente las manos que intentan apresarle por detrás de cada árbol. En la base de la montaña, penetra de nuevo por la cronoventana y se encuentra en su celda. Inserta el cuerpo a través del suyo propio, lo libera de un agente cuatripartito que ha conseguido cogerle por los talones, y se hunde placenteramente en el colchón de muelles interiores. Frenéticamente, se palpa el Bloqueo Parnasiano. Todavía está intacto, en su lugar. Suspira. Lowery se duerme.

EXILIO

Pamela Sargent

Pamela Sargent es la antologista de Women of Wonder⁽¹⁾, una antología de SF sobre mujeres y escrita por mujeres, excepcional en todos los aspectos. Nada menos sorprendente, por tanto, que el hecho de que el siguiente relato gire alrededor de una atormentada figura femenina. Lo sorprendente viene después...

⁽¹⁾ Mujeres y maravillas, colección «Nova», Ed. Bruguera, 1977.

Diane Lundberg no tenía apetito, pero intentó terminar la comida que quedaba en su plato. Miró a su madre a través de la mesa, y empezó a esconder los guisantes debajo de los huesos de pollo con el tenedor.

—¿Podemos contar contigo, Diane, este sábado en la tienda? —le preguntó la señora Lundberg.

—Hum..., he de trabajar en ese proyecto de investigación botánica —murmuró la joven.

Desvió la mirada, bajándola al mantel. A los dieciséis años, Diane Lundberg era una chica alta y delgada, con el cabello oscuro y los vividos colores de su madre, y los ojos grises de su padre. Habitualmente se inclinaba un poco, sintiéndose torpe con su estatura.

—Tienes dos meses para ese proyecto —le recordó su madre, mostrando el enfado en sus ojos pardos.

—No quiero dejarlo para el último momento —replicó Diane, mirando a su padre.

—Está bien, Diane —aprobó el señor Lundberg—. Creo que nos arreglaremos sin ti.

Diane suspiró quedamente, con alivio y culpabilidad. La última vez que fue a ayudar en la tienda, la señora Lundberg la destinó al departamento de ropas juveniles. Era un departamento agradable, con dos dependientas poco mayores que Diane, y otras dos de más edad. Le enseñaron a Diane las existencias y le dijeron que pidiese ayuda si la necesitaba. Diane se puso nerviosa ante el aplomo, la seguridad de la dependencia, y aún más delante de las clientes, casi todas jóvenes o niñas. Diane se sintió torpe al tratarlas. Cuando estaba enseñando unos jerseys a tres chicas, accidentalmente empujó unas cajas de suéters con el brazo. Los suéters se esparcieron sobre el mostrador y algunos cayeron al suelo. Las chicas rieron y a Diane se le encendieron las mejillas mientras recogía los suéters para meterlos en las cajas. Después, estuvo sin hacer nada detrás del mostrador, aguardando el momento de atender ella, o las otras dependientas, a las posibles clientes.

—Pensé que te vendría bien un poco más de dinero —observó la señora Lundberg, no queriendo, al parecer, abandonar aquel tema—. Y al menos —añadió, contemplando el plato de su hija—, deberías acabarte la comida. Estás demasiado delgada.

Diane cruzó los brazos sobre su pequeño busto. Sentía el estómago revuelto. Miró el plato, negándose silenciosamente a comer más.

—Esta tarde se comió dos barras de caramelo —la acusó Danny Lundberg.

El hermano de Diane tenía diez años, y era un chiquillo flaco con el pelo rubio. La joven le miró enojada y luego intentó darle un puntapié por debajo de la mesa, pero falló.

—Yo la vi —continuó Danny, devolviéndole la mirada—. Se comió dos barras graneles.

—No me extraña —gruñó la señora Lundberg—. Te pondrás enferma comiendo esas porquerías.

—Si pudierais dejar de discutir... —rezongó el señor Lundberg. Me gustaría tomar el postre en paz.

Se pasó una mano por su cabello ralo y gris.

—Tengo derecho a preocuparme, Eric —puntualizó su esposa—. Diane ha perdido dos Míos este mes. Si se nota con sólo mirarla.

—Por favor... —suplicó Diane.

Descruzó los brazos y los apoyó en la mesa. El derecho chocó con el vaso de vino de su padre; el vaso se tambaleó, cayó y derramó su contenido encima del mantel azul celeste. El señor Lundberg levantó el vaso calmadamente y secó la mancha con la servilleta.

—¿Por qué eres siempre tan torpe? —gruñó la señora Lundberg.

Diane se levantó. Tenía un nudo en la garganta y tuvo que esforzarse por hablar.

—Ah, dejadme tranquila... —murmuró.

Se apartó de la mesa, cruzó el salón y entró en su dormitorio, cerrando la puerta.

Se enroscó en la cama, a oscuras, desdichada y sola.

Diane se sentó al borde de la cama, mirando por la ventana la zona arbolada más allá del patio trasero de la casa. Los árboles estaban ya perdiendo sus hojas y pronto extenderían sus extremidades óseas hacia el cielo gris del otoño.

Diane odiaba Morriston. Se habían trasladado a Morriston desde Minneapolis en 1978, cuando ella tenía doce años. Se mostró tímida en la nueva escuela y esquivó con los niños que vivían en la comunidad. En Minneapolis todo era distinto. Allí tenía amiguitas. En Morriston, la única amiga era Marya Chung, y aun ésta iba pocas veces a verla a casa.

Diane fue hacia el teléfono y marcó el número de Marya. Se iluminó la pequeña pantalla situada encima del aparato y apareció la cara de su amiga.

—Hola, Di, ¿puedes esperar un momento? —la cara desapareció unos segundos y volvió a aparecer—. Mira lo que compré para Bert. —Marya enseñó un par de pendientes agujereados con diminutas *M* de oro balanceándose por los aros—. Esta tarde fuimos al centro, para que le atendieran las orejas, que estarán cicatrizadas el día de su cumpleaños. Y éste es el regalo, excepto que él ya lo sabe. —Marya se acercó más a su pantalla—. El me compró éstos.

Diane apenas logró ver las *B* de oro que colgaban de las orejas de su amiga.

—Estupendo —exclamó Diane. Sólo quería preguntarte si deseas que el sábado nos ocupemos del proyecto de botánica.

—No puedo. Bert y yo estaremos muy ocupados; además, tenemos *años* para lo de la botánica. Llama a Chris Reiner; ella siempre lo hace todo de prisa.

—Sí, claro.

Diane siempre se sentía intimidada ante la fría intelectualidad y los aires de superioridad de Chris Reiner.

—Oye, Di, he de colgar. Bert ha de llamarme.

Los ojos almendrados de Marya expresaban su impaciencia.

—Claro" —repitió Diane.

—Te llamaré mañana.

La pantalla se oscureció.

Diane soltó el teléfono. No pensaba llamar a Chris Reiner, y soportar su actitud condescendiente un día entero. Se puso en pie y fue hacia su escritorio. Se sentó y abrió el libro de historia.

Llamaron a la puerta con suavidad.

—¿Puedo entrar? —preguntó la voz de su padre.

—Sí —asintió Diane.

El señor Lundberg entró y tomó asiento en el borde de la cama, extendiendo las piernas ante sí. Diane frunció el ceño y bajó la vista al suelo.

—Cariño, tu madre no está enfadada —murmuró el señor Lundberg—, sino inquieta, aunque no sepa expresarlo adecuadamente. Supongo que a causa de su temperamento italiano.

Diane no respondió.

—Le he dicho muchas veces que no se inquiete por ti. A tu edad, me llamaban «el hueso», y aquí estoy ahora con esta barriga.

El señor Lundberg se aclaró la garganta. Diane levantó la vista.

—Vamos, ¿por qué no vienes el sábado a la tienda y yo te llevaré a almorzar? Tal vez podré deslizarle un vaso de vino por debajo de la mesa.

Diane intentó sonreír.

—Además —prosiguió su padre—, quiero que ganes el dinero suficiente para un vestido nuevo. Quiero que mi hija sea la más bonita de la fiesta escolar de octubre.

—No iré a la fiesta —declaró Diane—. No tengo a nadie que me acompañe.

—Bueno, eso no importa. Muchas chicas irán solas y allí hallarán compañía. Seguro que los chicos están más nerviosos que las chicas. Recuerdo que...

—No pienso ir para dar vueltas por allí —Diane sintió un color más encendido en sus mejillas—. No quiero estar contemplándome los pies toda la velada y volver a casa llorando. Tengo cosas mejores que hacer y tampoco deseo ir a la tienda y que la gente se ría por mis torpezas.

—Cariño, allí nadie se burla de ti. ¿Por qué lo piensas?

—Se rien —insistió Diane—. ¿No crees que puedo saberlo?

—Diane —suspiró el señor Lundberg—, has construido una muralla a tu alrededor y te ocultas detrás; no permites que nadie salte ese muro y, no obstante, te sientes defraudada cuando, pese a esto, nadie consigue llegar hasta ti —se puso en pie y agitó ambas piernas—. Oh, se me han dormido los pies —murmuró casi en son de excusa, pataleando. Durante un segundo pareció un muchacho patoso, sólo traicionado por el pelo gris y la abultada barriga—. Bien, supongo que ya eres mayorcita para poder tener ideas propias, pero si cambias esta vez, la oferta del almuerzo sigue en pie.

El señor Lundberg se dirigió a la puerta, ligeramente encorvado, y cerró la puerta a sus espaldas.

Diane, asíndose a su enterrada desdicha, volvió al libro de historia.

Cuando Diane se levantó el sábado, sus padres ya se habían marchado a la tienda de Minneapolis. La mayor parte de la gente de Morriston trabajaba en los comercios que rodeaban la comunidad. Iban a sus empleos a pie o en bicicleta por las calles curvadas y sinuosas de Morriston, y raras veces utilizaban el coche para ir siquiera a Minneapolis, puesto que el monorraíl les trasladaba allí en menos de una hora.

Diane se tomó una naranjada en la cocina mientras su hermano Danny miraba unas historietas cómicas en la sala de juegos. La joven fue hacia allí y se sentó.

—¿Saldrás más tarde? —preguntó.

—Iré a casa de Sam a almorzar y esta tarde jugaremos a fútbol.

—¿Tienes tus llaves?

Danny suspiró con exasperación.

—Sí, tengo mis malditas llaves —señaló la cadena de oro colgada de su cuello—. ¿Lo ves?

—Bien, voy a salir, de modo que no te olvides de cerrar las puertas. Comprobaré las ventanas antes de irme.

—No te olvides —dijo Danny haciendo una mueca.

—Lo hiciste la semana pasada; si no volviera pronto, mamá y papá te reñirían.

—No me olvidaré —prometió Danny.

Diane se puso en pie y fue a buscar su chaqueta. Recorrió rápidamente la casa comprobando las ventanas. Recientemente se habían producido varios robos; no era difícil que alguien cogiese el monorraíl en Duluth o Minneapolis y se apease en un lugar como Morriston, robase en unas cuantas casas o apartamentos y cogiese el próximo tren.

Diane salió de casa y enfiló por la calle que se curvaba ante ella. La casa de los Lundberg estaba situada en una loma con otras dos y un grupo de apartamentos. Cerca de los edificios había grandes siemprevivas, y próximos a la calle crecían unos arbustos. Diane se detuvo ante el buzón de la calle. Sólo había una carta de la abuela Tortonelli. Diane la cogió y la sostuvo contra la luz para ver si contenía dinero para ella y Danny. La abuela de Diane no creía en las cuentas corrientes ni en las tarjetas de crédito e insistía en enviar dinero por correo. En la carta no había nada. Probablemente, sólo algunas quejas por su vejiga urinaria, como siempre, pensó Diane, por lo que dejó otra vez la carta en el buzón para que Danny la llevara a la casa.

Diane descendió por la calle hasta un sendero que conducía al bosque. Morriston se hallaba rodeado por tres lados por un amplio bosque, y cuando lo construyeron, los diseñadores decidieron dejar en pie la mayor parte de aquella zona boscosa. Un par de años atrás se habló de edificar más casas en el bosque, pero algunos de los residentes más acaudalados de Morriston adquirieron aquella área del bosque. Al menos por ahora, los árboles estaban a salvo.

Diane fue hacia allí, llevando su cuaderno de botánica. Siguió un poco por el sendero hasta que oyó voces al frente. Del bosque, y en dirección a la joven, surgieron un chico y una chica. Los había visto en la escuela, pero ignoraba sus nombres.

El muchacho saludó a Diane, sonriéndole. Ella respondió al saludo y se encorvó al observar que la pareja era más baja que ella. Cuando pasaron por su lado y continuaron hacia la calle, Diane creyó oír una risita en labios de la chica.

Diane abandonó el sendero y empezó a hundirse en el bosque. Las hojas crujían bajo sus pies, mientras pasaba por entre los árboles y los matorrales. Anduvo hasta que llegó a una enorme roca, en el centro de un pequeño claro, donde se detuvo a descansar.

Diane había estado muchas veces en el bosque, pero nunca había visto aquel claro, o al menos no lo recordaba. Miró a su alrededor, tratando de orientarse. Así vio un añoso roble, y quiso calcular su edad: tenía un tronco muy grueso.

«¡Cuántas cosas habrá visto! —pensó Diane—, ¡Cuántas raíces habrá echado bajo esta tierra!»

Al fin, Diane se incorporó y abandonó el claro, en dirección, creía, a la senda que llevaba de nuevo a Morriston.

Cuando llevaba algún tiempo caminando se dio cuenta de que se estaba internando más en el bosque. Miró al cielo gris, calculando la posición del sol. El sendero que iba hacia su casa estaba al sudeste del bosque. Diane no estaba inquieta, puesto que allí era muy difícil extraviarse. Había un riachuelo que atravesaba el lugar por el norte, y cuando uno lo seguía llegaba al final del sendero que conducía a su casa. Yendo al revés, el río llevaba a los apartamentos situados cerca del centro comercial de la comunidad. Era un curso de agua sinuoso, y no podía tardar en encontrarlo.

Diane siguió avanzando hasta que llegó a una colina cubierta de arbustos espinosos. Miró hacia lo alto y pensó que debía trepar hasta allí. Una vez en la cumbre podría ver todo el bosque y saber dónde estaba. Después, se ocuparía de su proyecto.

Se metió la libreta en el bolso, y empezó a ascender. Los espinos le arañaban los téjanos. Diane fue subiendo por entre las matas, asiéndose a algunas ramas para no resbalar. Así llegó a un grupo de rocas y se escurrió sobre ellas, perdiendo casi el equilibrio. Por encima de las rocas había más arbustos. Los atravesó y llegó a la cumbre. Allí crecían diversas siemprevivas, rodeando un pequeño claro.

Diane se quedó junto a un árbol y miró a su alrededor. Divisó un arroyo que se curvaba entre los árboles, calculando que estaba a unos setenta metros del fondo de la colina.

«Puesto que estoy aquí, será mejor que dé un vistazo», pensó.

Echó a andar por el claro. Por entre las hojas de los arbustos correteaban pequeños animales.

El claro estaba extrañamente silencioso. Diane divisó un objeto grande en el centro de la zona. Sacó su libreta del cinto y fue hacia allí.

El objeto era medio metro más alto que ella. A cierta distancia, parecía una piedra cubierta de musgo, pero desde más cerca era como madera petrificada. En torno a los lados y encima del musgo había una especie de ramas retorcidas.

Diane se sentó sobre la hierba que rodeaba el objeto. Sintió una gran tristeza que parecía ir devanándose en su estómago. Contra su voluntad, se sintió tremendamente sola, con un velo como separándola del bosque.

«Estoy solo.»

Sobresaltada, Diane miró a su alrededor. No vio a nadie, pero las palabras habían sonado fuertes en sus oídos.

«Puedo ser el último.—»

No, no cerca de sus oídos, sino dentro de su mente. De repente, el bosque se desvaneció ante sus ojos y estuvo mirando a un vacío negro. Apartó rápidamente la vista.

Vio otra vez el claro y al objeto a su lado. Pero las ramas se había movido ligeramente, y no rodeaban ya el musgo tan apretadamente. Diane experimentó cierta aprensión, mas no estaba asustada. Vio cómo las ramas se extendían, dejando de rodear al musgo, en dirección al cielo.

«¿Qué eres?», preguntó Diane, y antes de poder hablar de nuevo, el bosque volvió a desaparecer. Entonces, Diane contempló unas llanuras verdes, unas pequeñas cúpulas y unas cuantas cuevas a lo lejos. Arriba, el cielo resplandecía de luz, pero no había sol.

«Mi casa. Allí no hay oscuridad, tan cerca del centro de la galaxia. Las estrellas están más juntas, millones y millones, unas al lado de otras.»

Diane no distinguía sombras, sólo colores brillantes, cúpulas rojizas contra la hierba verde, torres azuladas en lontananza apuntando hacia el iluminado cielo. Sintió cómo los bordes de un profundo pesar rozaba contra su mente, y luego una gentil súplica:

«No te asustes.»

«¿Cómo he llegado aquí?», se preguntó Diane.

Vio entonces cómo las torres azuladas abandonaban la superficie verde, una a una, en unos senderos rosados.

La superficie del extraño planeta se desvaneció y ella empezó a flotar, mirando a un sol muy brillante que destelló súbitamente ante sus ojos.

«Nuestro sol tenía que estallar, convertirse en una nova. Algunos se quedaron. Los demás nos diseminamos. Teníamos que reunimos más allá del centro galáctico para decidir...»

«...Adonde ir», finalizó Diane.

Vio cómo grupos de brillantes estrellas se apartaban de su mirada, rojas y azules, enanas blancas, amarillas y anaranjadas, colores brillantes contra la negrura del espacio. Desvió la vista y divisó un grupo de seres semejantes a árboles, sin musgo en el cuerpo. Estaban junto a ella, agitando suavemente las extremidades. La aprensión se apoderó de ella.

«Fue un largo viaje. Yo envejecí y me hice joven varias veces durante el trayecto. No puedo contar cuántas.»

Diane estaba intrigada.

«Dos están juntas las mentes se funden, una es más sabia, otra es un niño, libre para volver a aprender.»

Diane sacudió la cabeza.

«¿Dónde están los otros?», preguntó en un susurro. El dolor la golpeó con su puño. Reapareció el negro vacío, cegándola con sus tinieblas.

«Desaparecieron, desaparecieron antes de llegar al borde de vuestro sistema. También envejecieron y rejuvenecieron varias veces; pero no tuvimos crías y no había nuevas mentes con las que juntarse para revigorizarse, y al final permanecieron callados en nuestra nave.»

Diane los distinguió, a la deriva en una nave sumida en el vacío, con las extremidades rodeando ligeramente sus cuerpos.

Parpadeó y miró en torno al claro. El bosque estaba más frío, más oscuro. Diane se levantó entumecida, con los músculos doloridos. Se le había dormido un pie, y pataleó.

—Debo volver a casa.

Lo dijo en voz alta. El extraño ser enrolló sus miembros en torno a su cuerpo, adoptando la misma postura de cuando lo vio Diane. Esta recogió su libreta y empezó a marcharse del claro.

«Vuelve...»

El tentáculo de pensamiento rozó levemente su mente y calló.

Diane volvió al claro de la colina el sábado siguiente, con el cerebro convertido en un cúmulo de furor y tristeza. Trepó colina arriba con excesiva rapidez y resbaló un par de veces, lastimándose la rodilla.

«Molestándome, trastornándome constantemente —le gritaba con su mente al extraño ser—, mis padres, todo el mundo.»

Una idea estaba fija en su cerebro, y Diane la reconoció con suma dificultad como la amable risa del ser. La atrapó delicadamente, y al final su propia mente también sonrió.

«¿Has visto a muchos de nosotros?», preguntó al ser silenciosamente.

La joven vio el claro, pero junto a ella se hallaba un hombre cubierto de pieles, con una piedra manchada de sangre en su puño.

«Uno, un asesino de una tribu.»

El oscuro y colérico hombre desapareció, y Diane vio a tres niños indios danzando por el claro bajo el cielo de verano.

«Tres cuyas mentes no pude alcanzar.»

Los niños desaparecieron y Diane divisó un pequeño grupo de personas, envueltas en plumas y pieles, acercándose y soltando bultos de cuentas brillantes y cueros.

«Varios que me adoraban.»

El grupo se esfumó y la joven contempló un hombre iracundo, de ojos azules y helados, con las ropas raídas, que le arrojaba piedras a la cara.

«Uno que me maldijo y me gritó su locura cuando intenté aproximarme a él.»

De pronto, Diane se vio a sí misma, agachada contra un árbol, con la barbilla apoyada en las rodillas.

«Una que estaba sola y me llamó amigo.»

La imagen de Diane desapareció.

Miró al extraño ser y vio cómo extendía sus extremidades al cielo. Impulsivamente, alargó las manos y asió aquellos miembros.

«Mi único amigo», pensó.

Una idea la asaltó, regañándola amablemente.

¿Con tantos de tu raza? ¿No puedes alcanzarlos?»

—No —respondió ella en voz alta—. No.

«Yo tampoco podría, sus pensamientos violentas suelen asustarme, burbujeando bajo la superficie, o estallando como un destellante sol. Y tampoco puedo alcanzar esta vida que me rodea, que deja caer sus semillas y da nacimiento a los jóvenes, recordándome los hijos que no tuve. Pero tú eres mi amiga.»

—Sí —dijo Diane.

«Ansío volver a ser joven —pensó el ser—, y abandonar mi pena.»

Diane divisó la muerta nave, cansada y vieja, deteniéndose por fin al borde del sistema solar, con los petrificados cuerpos a bordo. Se vio a sí misma dentro de la pequeña nave, sólo útil para distancias cortas.

«He de encontrar aquí un hogar. Sé mi hija, ayúdame a ser otra vez joven, a sentir la alegría de vivir.»

«Sí», pensó ella, alargando las manos hacia el extraño ser.

De pronto, Diane volvió a distinguir su extraño mundo, y sus colores vividos hirieron su retina.

«¿Vuelvo a enseñarte nuestro mundo, lo que —fue nuestra patria?»

Diane apretó sus manos sobre las extremidades del ser, y su mente se vio inundada de imágenes brillantes, con las rocas violeta de las cuevas, los edificios rojos, las plantas verdes y amarillas agolpándose a sus pies. Una serie de ideas pasó por su mente, en un complejo código de conducta enraizado en generosidad y honradez absolutas, un sistema de matemáticas, teorías científicas, todo pasó por ella, de modo borroso, combinado en un sistema mayor que los armonizaba todos. Diane asía las extremidades del ser, ardiéndole la cabeza.

Por su mente pasó otra oleada de ideas, y empezó a temblar. Esta vez vio la apasionada juventud del ser, los rápidos tránsitos del delirio a la desesperación, la desidia y la crueldad. Soltó los miembros y trastabilló hacia atrás, chocando con un árbol. Las imágenes seguían presentándose a su mente, cambiando con tanta rapidez que apenas las distinguía.

—¡Basta! —gritó, tapándose el rostro con los brazos—. ¡Basta!

Divisó ante ella una cueva violácea, trató de huir hacia allí...

...Y cayó por la ladera de la colina, rodando, mientras los espinos la arañaban, hasta que una piedra la detuvo en su caída. Continuó descendiendo de pie, tropezando de cuando en cuando hasta llegar abajo.

Diane echó a correr por el bosque y al final cayó, incapaz de seguir adelante. El cielo giró cuando lo miró.

—¡Basta, basta! —chilló varias veces. Las voces sonaron en su mente:
«¡Basta, basta!»

Divisó dos rostros inclinándose hacia ella, apartó las manos del rostro y empezó a girar en un vacío muy negro.

Diane penetró inciertamente en la cocina y se sentó a la mesita del rincón. Su madre se apartó del fogón.

—Hoy tienes mejor aspecto, querida —comentó—. Debe de ser por el buen desayuno que te di; te lo comiste todo.

—Me siento mejor —asintió Diane—. Tal vez iré a dar un paseo.

—Bueno, no sé... —rezongó su madre—. Sólo hace un par de días que te levantaste, y el amable médico del hospital dijo que deberías estar descansando al menos unos días más —la señora Lundberg hizo una pausa—. Pero quizá te convenga el aire fresco —la señora Lundberg fue hacia su hija y le puso una mano en el hombro—. Escucha, si estás cansada, detente y llámame. Entonces iré a buscarte.

—Claro —asintió Diane.

La señora Lundberg la abrazó.

—Me alegro de que estés mejor, cariño.

Cuando Diane salió de casa, echó a andar por el sendero del bosque. De pronto, divisó a alguien que recogía hierbas más adelante. La figura se enderezó y Diane vio a Chris Reiner.

Chris enrojeció al murmurar el saludo. Diane, al verle la cara, se sorprendió.

«Ignoraba que pudiera ruborizarse», pensó.

—Me alegro de que hayas mejorado —dijo Chris—. Pero estarás un poco atrasada en la escuela. Yo incluso he estudiado horas extraordinarias.

Adelantó orgullosamente la barbilla.

Pero, por una vez, Diane no se sintió intimidada por Chris. La miró fijamente a los ojos azules y distinguió en ellos una gran tristeza detrás de un muro de frialdad. Echó a andar a su lado.

—Seguro que sí —admitió Diane—. Bueno, ¿quieres venir esta noche? Trabajaremos y luego comeremos *pizza*.

En la cara de Chris se esbozó una sonrisa.

—Sí —su rostro se ruborizó más—. Seguro, iré después de cenar.

—Entonces, hasta luego —se despidió Diane.

Siguió por el sendero, lo abandonó y trepó por la colina, hacia el extraño ser.

Cuando llegó a la cumbre, vio que el ser estaba como la primera vez, con los miembros rodeando su musgoso cuerpo. Se acercó cautelosamente y trató de captar su mente.

Sólo vio curiosidad y una alegría infantil. La mente del ser la rozó suavemente.

«¿También te gusta esto? Creo que te conozco. ¿No habías venido antes?»

El extraño ser volvió a ser joven y exploraba el claro con sus sentidos. Era ya el niño que había deseado ser, y Diane se alegró de haber podido penetrar en su felicidad, ahuyentando así su soledad.

«Sí —pensó—, volveré, fiero ahora debo irme.»

«¿Volverás?»

«Sí, pronto.»

Intentó bucear más profundamente en la mente del ser, pero éste ya había perdido todo interés por ella.

«Volveré —pensó, contemplando al niño, extraño y solo—. Este será nuestro secreto.»

Se acordaba con tristeza del prudente ser con el que había hablado anteriormente, y que ya no existía en aquel cuerpo raro.

«Tendré que ser una madre para él —pensó Diane—, guiarlo con cuidado.»

Diane dio media vuelta, encaminándose colina abajo.

«Gracias», le agradeció mentalmente al extraño ser.

Al llegar al final de la colina descansó un poco.

Cuando se incorporó, enderezó los hombros, ahora más viejos, y regresó a Morriston.

FIN

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>